MARTA FLORES

FUISTE, ERES Y SERÁS MI TODO



MARTA FLORES

FUISTE, ERES Y SERÁS MI TODO

Primera edición.

Fuiste, eres y serás mi todo

©Marta Flores

©diciembre, 2025

©Imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Epílogo

Capítulo 1



Taly

—¿Qué le debo, señorita? —me preguntó el pasajero cuando llegamos a su destino.

—Son doce euros, majete —le contesté sonriendo.

Cuando el hombre se bajó del taxi, giré el volante para dirigirme a la parada que todos los taxistas tenemos asignada para esperar a algún pasajero; bueno, si de camino hasta allí alguien levantaba su mano o se subía en un semáforo, también lo recogería. Mientras pasa una cosa u otra, ¿queréis que os cuente quién soy y un poquito de mi vida? ¿Sí? Pues vamos allá.

Me llamo Natalia, pero apenas nadie me llama así, todos me dicen Taly, tengo veintiún años y soy valenciana. Mi padre se largó con su secretaria cuando yo tenía apenas dos años y nunca más volvimos a saber de él, ni queremos tampoco. Mi madre, que en paz descanse, murió en un accidente de tráfico cuando yo tenía quince años; por aquel entonces mi hermano Óscar (que es taxista) y me saca catorce años vivía con su mujer Laura (que es enfermera), con la que llevaba de novios toda la vida. Ellos fueron los que se hicieron cargo de mí y me trasladé a su casa. Mi sobrino Neizan nació unos meses después de eso y fue mi salvación para salir de la tristeza en la que me sumí por la pérdida de mi madre, a la que adoraba.

Hace un mes que terminé mis estudios; he hecho la carrera de ADE y la de Económicas a la vez en solo tres años. ¿Que cómo es posible? Pues porque

soy lo que se conoce como un cerebrito, tengo un coeficiente intelectual de 135, no me digáis superdotada, eh, que esa palabra no me gusta, solo soy más inteligente que la mayoría o tengo altas capacidades, como se suele decir.

Mientras estudiaba, para ayudar a mi hermano y a mi cuñada con la economía familiar, hacía un turno en el taxi de mi hermano de lunes a viernes, de dos a ocho de la tarde, y sigo haciéndolo hasta que me decida en qué empresa entraré a trabajar. He obtenido las mejores notas de mi promoción, por lo que algunas empresas están deseando pillarme, pero aún no sé a cuál ir; así, hasta que llegue ese momento, sigo dándole a la rosca.

Físicamente soy pelirroja, de ojos grises, y tengo un cuerpo que no está nada mal; que no lo digo yo, lo dicen los tíos con los que ligo, que son bastantes. Soy impaciente, impulsiva, muy observadora y un culo inquieto. Mi hermano dice que tengo un imán para atraer los problemas, pero jolín, es que yo solo quiero ayudar a la gente y todo se tuerce.

Bueno, hasta aquí ya me conocéis un poco, ahora voy a seguir a lo mío, que no me ha dado tiempo a apagar el motor y se están montando dos personas.

—Buenas tardes, ¿dónde los llevo? —les pregunté al matrimonio que acababa de subirse al taxi, girándome en el asiento para sonreírles mientras lo hacía.

—Buenas tardes, a la Avenida Malvarrosa, por favor —me contestó la mujer, muy amable, devolviéndome la sonrisa.

Giré el volante y me incorporé al tráfico con precaución. Me gustaba este trabajo, solía conocer a gente de todo tipo y, si tenían ganas de charlar, yo encantada, así me distraía. Dicen que los camareros son algo así como confesores, pues los taxistas no nos quedábamos atrás, porque mucha gente, si le das un poco de cuerda, te cuenta hasta el día en que nació. Yo me lo pasaba bomba oyendo cada historia, que era para morirse de risa. En los tres años que llevaba en esto había oído tantas que podría escribir un libro, y ya no os cuento las que me pasaban.

—Niña, ¿pero tú tienes carnet de conducir? —me preguntó el hombre, receloso. Me mordí el labio para no reírme.

No sabría decir las veces que me preguntaban eso cuando la gente se montaba en el taxi y me veía. Que yo, en su lugar, lo mismo también lo hubiera hecho. Mis rasgos eran tan aniñados que no aparentaba la edad que tenía, por eso solían mirarme con desconfianza, como lo estaba haciendo este señor.

—¿Pero cómo no va a tener carnet? Si no, no podría conducir —le contestó su mujer.

Bueno, una cosa era no poder conducir y otra era que no se hiciera. Ejem, ejem, confesaré que sé conducir desde los doce años, aunque siempre había sido una chica responsable y nunca lo hice por la ciudad.

—Pueden quedarse tranquilos, que tengo carnet y licencia —les contesté, aunque por el retrovisor vi al hombre cómo torció el morro, no quedándose muy convencido.

—Es que parece que no tienes más de quince años, cuando tengas cuarenta vas a ser la envidia de muchas mujeres —me dijo la mujer, avergonzada. Y yo solté una carcajada.

—Guapa es un rato, ¿tú crees que a alguno de nuestros nietos le gustaría? —le preguntó el señor a su mujer. *Leche, que estos me querían endiñar al nieto.*

—Voy a mandarle un mensaje a mi hija y que nos esperen en el portal, a ver qué dice —le contestó ella, sacando un móvil del bolso que parecía un ladrillo.

—¿Van a visitar a su familia? —les pregunté, cambiando de tema, porque cuando llegáramos, si el nieto era un «coco», a ver qué hacía; que si estaba bueno, pues vale, me lo podría pensar.

—Vamos a pasar unos días a casa de mi hija, que ha estado pachucha con un cólico al riñón, así le echamos una mano con los chicos —me contestó ella.

—Vaya, pobrecilla, espero que se recupere pronto —le dije con sinceridad, porque eso de que la gente estuviera enferma o tuviera algún problema era mi

debilidad.

—Ya está mejor, pero viuda y con seis hijos, tiene mucho trabajo. —Joder, con la hija, era como una coneja, seis hijos, vaya locura.

—¿Y ellos no le echan una mano? Siendo tantos… —le pregunté extrañada.

—Los dos mayores trabajan y los otros cuatro todavía están estudiando —me contestó el hombre.

Seguimos todo el camino hablando; bueno, yo casi nada. Fueron ellos los que me pusieron al día de en qué trabajaban los dos mayores, los nombres de todos, cómo se quedó viuda la hija y muchas cosas más de aquella extensa familia.

Cuando llegamos a la calle en la que vivía la hija, paré el taxi y, cuando giré la cabeza, me quedé con la boca abierta; allí, en la acera, estaban los seis nietos, todos chicos, por cierto. Colocados por orden, del más mayor al menor, parecían a los niños esos de la familia Telerín.

—Baja, mujer, que te los voy a presentar a ver cuál te interesa de novio —me dijo la mujer, y yo tuve que apretar los labios para no reírme. ¿Por qué tenían que pasarme a mí estas cosas? Al final, mi hermano tendría razón y tenía un imán para los líos.

No quería ser maleducada y, para qué mentir, el mayor de los hijos tenía un repaso, así que me apeé del taxi y me puse al lado de la señora, esperando su próximo movimiento. Me fue presentando de menor a mayor a todos sus nietos; había un par de ellos que no estaban mal, pero demasiado yogurines para mí. Cuando llegamos al último, que se llamaba Jorge, me agarró de la cintura para darme dos besos y, antes de separarse, me susurró al oído.

—Tiene buen ojo mi abuela, tienes un *polvazo*. —Toma ya, directo y sincero.

Pues él también lo tenía y, como la vida está para vivirla, no había que desaprovechar las oportunidades que te brinda para pasar una buena noche. Porque de ahí no pasaría, eso lo tenía claro; no es que no quisiera una relación

o no creyera en el amor. Es que yo quería un hombre que me mirara como mi hermano miraba a mi cuñada y no solo con deseo, como lo estaba haciendo ese tío.

—Lo mismo te digo —le contesté, sonriendo.

—Ale, niños, los demás para casa, que la niña ya ha elegido. Muchacha, cuídamelo, que es un buen chico y muy decente. —Me tuve que contener la carcajada cuando dijo lo de buen chico; sí, claro que sí, señora, buenísimo era y, sobre todo, decente.

—No se preocupe, señora, que yo se lo cuido —le dije, poniendo mi cara de niña buena.

Todos se marcharon y el chaval y yo nos quedamos mirándonos unos segundos hasta que él dio el primer paso; me agarró de la cintura, pegándome a él, lanzándose a mis labios como si fuera un sediento que lleva días sin beber y yo fuera un oasis. Le devolví el beso de la misma manera hasta que tuvimos que separarnos para coger aire.

Me preguntó si tenía mucha prisa y, cuando le dije que no, agarró mi mano y me llevó al local que estaba debajo de los pisos en los que vivía, que en esos momentos estaba vacío. Cuando cerró la puerta tras nosotros, se desató la pasión entre los dos. Una hora después me despedía de él en la puerta del taxi, con un beso corto y con su número de teléfono apuntado, para cuando uno de los dos tuviera ganas de pasar un buen rato. Tenía que reconocer que no había estado nada mal; el chaval sabía lo que hacía y seguramente le llamaría en otra ocasión.

Mucha gente me tacharía de muchas cosas si supieran lo que acababa de hacer, pero me importaba lo que viene siendo una mierda. Era una mujer a la que le gustaba el sexo y no me importaba reconocerlo. Desgraciadamente, todavía hay muchas personas que, en sus mentes cerradas, no entienden que una mujer pueda decir libremente que disfruta de tales encuentros como lo haría un hombre, sin llamarla fresca, ligera de cascos o con otra palabrita mucho peor. Pues más vale que se den una alegría al cuerpo, como acababa de hacer yo, y no juzguen a los demás.

El resto de la tarde no se me dio nada mal, hice bastantes carreras y gané un buen dinerito; cuando eso pasaba, me marchaba muy contenta a casa. Me gustaba ayudar a mi hermano en todo lo que pudiera, tanto económicamente como en la casa o cuidando de mi sobrino.

Cuando llegué, Neizan se tiró a mis brazos, como hacía siempre, para que le diera un montón de besos y le hiciera cosquillas.

—Tía, ¿jugamos con los coches en el suelo? —me preguntó, besando mis mejillas, muy zalamero, que sabía que con eso me tenía ganada.

—Deja a tu tía, que vendrá cansada —le dijo mi cuñada Laura.

—Qué va, si vengo muy relajada —le contesté, guiñándole un ojo, y ella me entendió a la primera, soltó una carcajada y negó con la cabeza a la vez.

—Quiero todos los detalles después de cenar. —Yo asentí, riéndome, y al oírnos mi hermano, que estaba en el sofá leyendo una revista, preguntó:

—¿De qué detalles habláis? —dijo, frunciendo el ceño.

—No quieres saber cuáles son esos detalles, cariño —le dijo su mujer, riéndose aún más; al entender lo que pasaba, puso cara de horror y se fue corriendo, dejándonos allí riendo a carcajadas por su espantada.

Jugué con mi sobrino hasta la hora de la cena y, cuando mi hermano y él se fueron a la cama, Laura y yo nos quedamos un rato charlando. Para mí no solo era mi cuñada, sino también mi única amiga. Mi condición de «cerebrito» no me ayudó en mi etapa estudiantil y eso condicionó mi vida social. Pero no me importaba, era feliz teniéndoles a ellos tres, sin necesitar a nadie más.

Capítulo 2



Alex

Sentado con una copa de *whisky* en la mano, pasando mi dedo por el borde, miré por la ventana de mi despacho y solté un gran suspiro. ¿Cómo era posible que se hubieran torcido tanto las cosas? Si mi padre levantara la cabeza, seguramente estaría muy defraudado conmigo, pensé.

Me presentaré y os contaré por qué en esos momentos me sentía un fracasado, al no encontrar una solución mejor que la que tenía encima de la mesa para salvar el trabajo de toda una vida de mi padre y de mi abuelo.

Me llamo Alex, tengo treinta años y vivo en Valencia. Soy el CEO y uno de los tres dueños de la empresa Dulcisbon; en ella producimos a nivel mundial los bombones más exclusivos y mejores que os podáis imaginar. Mi padre nos dejó este legado a mis hermanos y a mí al morir, igual que mi abuelo lo hizo con él.

Hace cinco años nos dejó tras sufrir un infarto fulminante que se lo llevó mientras dormía. Mi madre también murió, pero hacía muchísimos años, tantos como tenía mi hermana pequeña, ya que falleció unas horas después de dar a luz por una hemorragia que no pudieron controlar. El único familiar que nos quedaba con vida era mi abuela Carmen, a la que adorábamos, puesto que fue ella quien hizo de madre para nosotros cuando la nuestra faltó.

Mi hermano Alonso, dos años menor que yo, era el encargado del departamento de ventas; aparte de ser mi hermano, también era mi mejor

amigo. Nuestra relación siempre había sido excelente desde que éramos niños y eso no había cambiado con el tiempo.

Lara era la benjamina de la familia, dos años menor que Alonso y cuatro menos que yo; era nuestra niña. Los dos la adorábamos, bueno, y cualquiera que la conociera también; su carácter apacible y dulce te hacía sentir en paz a su lado. Ella era la encargada del departamento de recursos humanos, tenía muy buen ojo para la gente que contrataba, aunque de esos teníamos pocos; la mayoría llevaba muchos años con nosotros, estando antes bajo el mandato de mi padre.

El motivo de mi frustración y de que me sintiera un fracasado era que los últimos balances de la empresa dejaron bien claro que las cosas no marchaban nada bien. Necesitábamos una inyección de capital o un milagro para que las ventas subieran, o la empresa se iría a pique, dejando a cientos de trabajadores en la calle. Aquí, en la central, éramos muchos los que luchábamos cada día para que la empresa funcionara, pero todos en despachos de distintas áreas. Donde más gente había era en la fábrica, que estaba a las afueras de la ciudad, en la que se producían nuestros bombones y desde allí se distribuían por todo el país y también a muchos sitios del extranjero.

Sabiendo todo esto, podéis entender por qué me sentía así. Siendo el máximo responsable de la empresa, si el barco se hundía, sería porque yo no había sabido hacer mi trabajo y muchas familias sufrirían por mi culpa al verse sin empleo.

Llamaron a la puerta y, cuando di paso, mis hermanos entraron juntos, negando con la cabeza al ver la cara que tenía.

—Alex, vámonos a casa, es muy tarde, mañana será otro día —me dijo mi hermana Lara, acercándose hasta mí y quitándome el vaso de la mano.

—Lara tiene razón, vámonos, hermano. Mañana entre los tres podemos intentar buscar una solución —añadió Alonso.

—Ya hemos repasado las cuentas mil veces y sabéis que mañana los números serán los mismos. Estamos al borde de la quiebra, solo podremos aguantar seis meses más y eso con suerte.

—Necesitamos una inyección de capital para renovar todo lo que hace falta y hacer una buena campaña de márquetin de cara a las Navidades —dijo Alonso.

—¿Quién estaría dispuesto a prestarnos el dinero hasta que nos recuperemos? —preguntó Lara al aire, sin dirigirse directamente a ninguno de los dos.

—Arnau Ballester. No sé cómo se ha enterado de nuestra situación, pero ha venido esta tarde a ofrecerme un trato —dije con resignación.

—Ese tío siempre quiso asociarse con papá y él nunca pasó por el aro. Decía que esta empresa siempre sería única y exclusivamente de los Ripoll y que antes muerto que otro apellido entrara a formar parte de ella —me dijo Alonso.

—Lo sé, y Arnau también lo sabe; por eso no me ha ofrecido una sociedad, sino prestarme el dinero necesario para sacar a flote la empresa —le contesté.

—Ese tío es un cabrón y un ambicioso, cualquiera que esté en el mundo de los negocios lo sabe —dijo Alonso, apretando los puños.

—¿Qué te ha pedido a cambio, Alex? Porque algo te ha pedido, estoy segura. Si no quiere asociarse con nosotros, ¿entonces qué quiere? —me preguntó Lara, preocupada.

Me separé un poco de ellos y fui hasta mi escritorio, donde Lara había dejado el vaso de *whisky* que me estaba tomando cuando entraron, y, cogiéndolo con rabia, lo acerqué a mi boca y me lo bebí de un trago.

—¿Alex? ¿Qué quiere Arnau? Tu actitud está encendiendo todas mis alarmas y sé que no nos va a gustar un pelo lo que te ha pedido —dijo Alonso, cada vez más cabreado.

—Tranquilos, es algo que solo me afecta a mí, nadie más se verá implicado en el trato —dije, dejándome caer en mi sillón.

—Dínoslo ya —me exigió Lara.

—A cambio del dinero, tengo que casarme con su hija —les dije, frotándome la cara por la desesperación y el cansancio que sentía.

—¿Cómo? —dijo Lara.

—¿Qué mierda? —añadió Alonso.

—Me prestará el dinero, pero a cambio tengo que firmar un contrato en el que me comprometo a casarme con Fabiola Ballester la próxima primavera. Estamos en agosto, así que será tiempo suficiente para que ella prepare una boda por todo lo alto, como es su sueño, que por supuesto pagará él.

—Ni de puta coña te vas a casar con esa tía. ¿Ese cerdo en qué siglo se cree que estamos? Quiere un matrimonio de conveniencia para su hija, ¿qué clase de padre es? —dijo Alonso, horrorizado por la situación.

—Un padre que consiente a su hija en todo lo que le pide. Porque te aseguro, Alonso, que esto ha sido idea de ella, no de Arnau —le contestó mi hermana, y yo no lo hubiera podido explicar mejor, porque esa era la pura verdad.

—¿En serio? Estoy flipando, de verdad os lo digo —dijo Alonso, dejándose caer en la silla que estaba enfrente de la mía, al otro lado de la mesa—. Explícame eso, Lara, ¿por qué crees que es idea de ella? —le pidió.

—Fabiola lleva toda la vida obsesionada o enamorada, llamadlo como queráis, de Alex. Lo ha perseguido hasta la saciedad en fiestas o eventos en los que hemos coincidido con ella. Como no ha conseguido nada de esa manera, porque Alex la ha ignorado siempre, al saber lo que nos pasa con la empresa ha visto su oportunidad para tenerle. Seguramente su pensamiento es que, si no ha querido por las buenas, ahora lo hará por las malas.

—Y no me extraña que Alex no haya querido nada nunca con ella, porque vaya estómago que hay que tener. Encima de fea, porque eso lo es un rato, es una pija estirada que mira a todo el mundo por encima del hombro, además de ser una soberbia y una prepotente que se cree que porque su padre tiene dinero, los demás tienen que besar el suelo por donde pisa.

Mi hermano hizo una descripción bastante acertada de Fabiola, aunque yo habría añadido algún adjetivo más y no precisamente a su favor. Era verdad todo lo que había dicho Lara; llevaba años persiguiéndome sin conseguir su objetivo, que era claramente cazarme, y ahora había visto su oportunidad, lanzándose de cabeza a por ella.

—Dime, por favor, que no has aceptado el trato —me rogó mi hermano—. Serás un infeliz toda tu vida al lado de esa arpía.

—Le he dicho que me lo tenía que pensar. Supongo que solo quería hacerme a la idea, porque desgraciadamente no hay otra solución y no tenemos a nadie más que pueda prestarnos el dinero, así que me tocará casarme con ella.

—Hay que buscar otra solución como sea —dijo Lara con determinación.

—Por supuesto que la buscaremos, aunque podrías decírselo a Bianca; pagaría por ver la cara de perro rabioso que va a poner cuando sepa que le van a quitar a su juguete —dijo Alonso, y eso me tocó los cojones, porque sabía que el tema de Bianca era algo de lo que no quería hablar con él, ya que no me entendía y nunca nos pondríamos de acuerdo.

—Alonso, no vayas por ahí, te lo pido, por favor. Bastante tenemos encima y no quiero acabar discutiendo contigo por este tema. Es mi decisión estar con ella y ya está.

—Es que te lo juro que no lo entiendo y no lo entenderé jamás. ¿Cómo puedes estar con una mujer que te saca diecisiete años y que lo único que hace es manipularte para que bailes a su son? —me dijo, poniendo los ojos en blanco.

—No tienes que entenderlo, solo respetarlo —le dije muy serio.

—Si hiciera bien su trabajo, en vez de estarse todo el día de paseítos hasta tu despacho para comerte la polla, lo mismo nos habría ido mejor —dijo entre dientes, pero le oí perfectamente.

Lo que me pasaba con Bianca ni yo mismo lo entendía. Llevaba dos años acostándome con ella, dentro y fuera de la empresa, pero no teníamos una

relación de pareja; eso era porque yo no quería, si fuera por ella, estaríamos hasta casados. Era verdad que en la cama era una fiera, pero hasta ahí; no estaba enamorado de ella, solo era atracción, deseo y comodidad. Durante esos dos años, como ella no conseguía que le pusiera un anillo en el dedo, habíamos tenido infinidad de peleas que luego arreglábamos con sexo, porque ella no cejaba en su empeño de que yo cediera en cualquier momento, cosa que no iba a pasar jamás.

—Dejadlo ya, ¿vale? —nos pidió Lara.

—Estoy deseando que se cruce en tu vida esa mujer a la que todos estamos destinados, que pondrá tu mundo patas arriba y te volverá loco, para que mandes a tomar por culo a Bianca de una vez por todas —dijo Alonso, riéndose por lo bajo.

—Yo también estoy deseando veros enamorados a los dos —dijo Lara risueña; se notaba quién era la romántica de la familia, ¿no? Porque hasta ese momento ni mi hermano ni yo habíamos tenido una relación seria nunca.

—Estamos hablando de Alex, a mí déjame tranquilo, que estoy muy bien así —le contestó Alonso, haciéndonos reír.

—Venga, vamos a casa, de camino cogemos *sushi* para cenar, ya veréis qué contenta se pone la abuela con lo que le gusta —les dije, poniéndome de pie.

Salimos los tres de la empresa y, como había dicho, cogimos la cena de camino a casa. Podíamos habernos independizado con la edad que teníamos, pero hasta ese momento ninguno había querido hacerlo; nos gustaba vivir con mi abuela y por eso no nos habíamos marchado.

Capítulo 3



Taly

—Buenos días —les dije a Laura y a mi sobrino, que estaban desayunando.

—Buenos días, tía, ¿vas a llevarme tú al cole de verano? —me preguntó Neizan, dándome un abrazo cuando me acerqué hasta él para hacer lo mismo.

Óscar y Laura ya habían agotado sus vacaciones en el mes de julio, así que ahora que estábamos en agosto, a Neizan lo habían apuntado todo el mes a lo que él llamaba el cole de verano. Era el mismo colegio al que acudía durante el curso, pero ahora los niños iban allí a jugar más que otra cosa, aunque también repasaban la materia del curso anterior. Era una alternativa muy buena para los padres que no podían coger todo el verano de vacaciones. Mi sobrino estaba encantado de ir; allí estaban casi todos sus amigos y decía que se lo pasaba superbién.

—Claro que sí, campeón —le contesté, revolviéndole el pelo, ese pelo pelirrojo al igual que el mío y el de mi hermano.

—Yo aprovecharé para ir a hacer la compra, nos hacen falta algunas cosas. ¿Tú necesitas algo, Taly? —me preguntó mi cuñada, que siempre estaba pendiente de todas mis necesidades.

—No necesito nada, Laura; cuando deje a Neizan en el cole te daré alcance en el súper y entre las dos traeremos mejor la compra.

—Genial, así no vengo cargada como una burra. —Se acercó y me dio un beso en la mejilla en agradecimiento.

Le había repetido mil veces que no me diera las gracias por ayudar. Yo no lo veía como una obligación por estar viviendo en su casa, lo hacía porque así me salía hacerlo. Me encantaba pasar tiempo con mi sobrino y jugar con él a lo que fuera. Acompañarla a la compra o colaborar en las tareas de la casa lo veía como algo natural, que cualquier persona normal hace cuando hay varias personas viviendo juntas.

En lo único que no ayudaba era en la cocina; ese era terreno vetado para mí. Era una negada en los fogones, por eso ni mi hermano ni Laura me dejaban acercarme; solo lo había intentado un par de veces y nos tocó pedir comida a domicilio. En mi lista de tareas pendientes tenía apuntado acudir a un curso de cocina cuando ya tuviera un horario establecido en la empresa en la que eligiera trabajar.

—Tía, ya estoy preparado, podemos irnos —me dijo, cogiendo la mochila que le ofrecía su madre con el almuerzo.

—Vamos, campeón —le dije, cogiéndole de la mano.

De camino al cole siempre hacíamos lo mismo, jugábamos al «veo, veo» o a las adivinanzas. Me encantaban esos momentos con mi sobrino, me hacía sentirme niña otra vez, aunque algunas veces recordaba cómo fueron esos días en mi niñez y una estela de tristeza se instalaba en mí. Yo no había tenido una infancia como el resto de los niños. Mi condición de ser más inteligente que los demás hacía que me sintiera un bicho raro al lado de los niños de mi edad; siempre iba a años luz de lo que ellos sabían y eso provocaba que me echara para atrás a la hora de participar en muchos de sus juegos, para evitar las burlas o comentarios dañinos.

Dejé a mi sobrino en el cole y me fui a buen paso para encontrarme con Laura en el supermercado. Hicimos bastante compra y, antes de llegar a casa, paramos en una cafetería que estaba cerca de donde vivíamos para tomarnos un café con un cruasán. No era algo que hiciéramos habitualmente, pero de vez en cuando nos gustaba darnos un capricho.

—Voy a hacer el baño y limpiar el polvo del salón mientras haces la comida. ¿O prefieres que lo hagamos al revés? —le pregunté a Laura, aguantándome la risa. Me miró con cara de horror antes de contestar.

—Ni se te ocurra acercarte a mi cocina, no he visto persona más negada que tú. El día que te independices no sé qué va a ser de ti —me dijo, negando con la cabeza.

—Por eso ni te preocupes, ya lo tengo todo pensado. Para las comidas me llevaré tus táperes y para cenar pediré comida a domicilio —le dije con una sonrisa, enseñando todos mis dientes.

—Mírala ella… no te molestes en estar llevándote nada, mujer, mejor vienes aquí directamente a comer y ya está —me dijo, poniendo los ojos en blanco.

—Leche, con lo lista que soy, ¿cómo no había caído yo en eso? Es que te tengo que querer, cuñada, tienes las mejores ideas del mundo. —Soltó una carcajada y me dio a la vez una colleja.

—Anda, zalamera, tira *pa'l* baño.

Así era nuestro día a día: yo la picaba mucho y ella me seguía el rollo. Con mi hermano era todavía peor, le vacilaba todo lo que quería, pero siempre desde el cariño. Sabía que ellos estarían para mí en todo lo que necesitara, como había hecho siempre, al igual que yo para ellos.

Estábamos poniendo la mesa para comer los tres a la una cuando apareció mi hermano, que se levantaba de la cama en esos momentos. Él solía hacer el turno del taxi de noche, desde las diez hasta las seis. Laura siempre tenía turno de tarde en el hospital, al igual que yo con el taxi; así era como nos habíamos apañado hasta entonces para no coincidir trabajando y que uno de los tres pudiera cuidar de Neizan.

—Buenos días, chicas —nos dijo Óscar, dándonos un beso a cada una en la mejilla.

—Espero que te hayas levantado con hambre, hermano, porque tenemos una sorpresa para la comida —le dije, sonriendo.

—Estoy famélico, la verdad. ¿Cuál es esa sorpresa? —me preguntó, frunciendo el ceño mientras se sentaba en una de las sillas.

—Hoy hemos cambiado los papeles en las tareas y he cocinado yo. Ya verás qué buenas me han quedado las lentejas. —Su cara de horror no tenía precio; tuve que morderme el labio para no echarme a reír.

—Laura, dime, por favor, que no la has dejado acercarse a las lentejas ni para comprarlas en el supermercado. —Mi cuñada y yo soltamos una carcajada al oírle.

—Tranquilo, cariño, que es una vacilada de las suyas. Ni de coña le dejo yo acercarse ni a las lentejas ni a la vitrocerámica siquiera. Valoro mucho nuestras vidas —le dijo ella, sentándose en su regazo antes de darle un beso en los labios.

—Gracias, Dios mío —añadió Óscar, levantando las manos al cielo.

—Cuando me apunte al curso de cocina que voy a hacer y me haga una chef famosa, ya vendréis suplicando —les dije, apuntándoles con el dedo.

—Mira, hermanita, sé que la vida te ha brindado una inteligencia superior; estoy seguro de que si te lo propusieras, viajarías a la luna, encontrarías vida y todo. A la vez estoy tan seguro como de que sale el sol a diario de que no cocinarás un plato decente, aunque hagas dos mil cursos de cocina —me dijo el muy capullo y se quedó tan ancho. Lo peor es que tenía razón.

—Arrieritos somos… con eso te lo digo todo —le contesté, fingiendo indignación.

—Venga, dejaos de darle a la lengua y vamos a comer, que al final se nos hace tarde —dijo Laura, levantándose de encima de mi hermano mientras negaba con la cabeza y se reía a la vez.

Comimos entre risas y pullitas lanzadas con cariño entre los tres. Al terminar, todos nos preparamos para salir. Óscar iría a recoger al niño caminando y yo llevaría a Laura al hospital antes de empezar mi turno dándole a la rosca.

—Taly, procura no liar ninguna hoy, ¿vale? —me dijo mi hermano cuando nos subíamos al taxi las dos.

—¿Yo? No sé de qué me hablas, nunca busco líos, ellos vienen a mí.

—En eso tiene razón, cariño, ella no tiene la culpa de la gente que se le monta en el taxi —añadió mi cuñada, defendiéndome.

—Lo sé, pero es que tiene un imán o algo. Solo en el último mes se le han puesto de parto tres mujeres dentro del taxi; una de ellas parió en él dejando todo perdido. A dos hombres les dio un infarto y del atracador de la joyería que se montó con todo el botín no quiero ni acordarme —dijo mi hermano, sacudiendo la cabeza mientras reía.

—Y eso es lo que le cuento o le dicen nuestros compañeros de la parada. Si supiera todo lo que me callo, no me dejaba volver a conducir el taxi en la vida —le dije a mi cuñada entre dientes y ella estalló en carcajadas.

—No quiero saber lo que ha dicho, ¿verdad? —le preguntó a Laura.

—No, no quieres —le contestó ella, sin parar de reír.

—Que tengas buen turno, amor —le dijo a Laura, tirándole un beso con la mano—, y tú que tengas buen turno igual, pero al final de este devuélveme el taxi limpio y entero —me dijo primero apuntándome con el dedo, pero lanzándome un beso al final.

Nosotras le lanzamos otro de vuelta y nos pusimos rumbo a nuestro destino.

Capítulo 4



Taly

Dejé a Laura en el hospital y me fui hasta mi parada correspondiente en la calle Colón. La verdad es que teníamos mucha suerte de que fuera en ese lugar, ya que era una de las calles más céntricas y con más negocios de la ciudad, por lo que el flujo de gente era bastante grande y eso significaba más posibles clientes. No había ni apagado el motor cuando paré y ya se me subió el primer pasajero.

Nada más cerrar la puerta, lo primero que hice, sin hablar siquiera, fue echar los pestillos traseros. Era una costumbre que cogí desde la segunda vez que el pasajero que llevaba abrió la puerta cuando paré y se bajó corriendo, largándose sin pagarme. Pues ya no me pasaría una tercera.

—A la Avenida de la Plata —me dijo el tío sin saludar ni nada. Qué rabia me daban estos pijos estirados que la educación la tenían junto al palo que llevaban metido en el culo.

Me quedé parada sin salir del aparcamiento, esperando su reacción. Ni diez segundos después llegó, con voz de medio enfado e impaciencia, como yo había esperado que pasaría.

—¿Estás sorda? He dicho a la Avenida de la Plata.

—Sí, un poco sorda sí que debo estar, porque no he oído ni los buenos días ni las palabritas mágicas —le contesté, volviéndome en el asiento para

mirarle a la cara.

Incluso con el ceño fruncido con el que me miraba, pude apreciar que era el tío más guapo y atractivo que había visto en mi vida. Dios mío, estaba buenísimo; qué pena que fuera un estirado. Un calor inesperado se instaló en mis partes bajas; vamos, que me excité pensando en cómo sería en la cama, si seguiría siendo un sieso o se transformaría en un empotrador.

—¿Palabritas mágicas? Mira, no tengo tiempo para tonterías, niña, o arrancas ya o me bajo. —Por ahí vas mal, majo, pensé; a mí tonterías las justas.

—Si es muy fácil, hombre, mira, son dos palabras que van acompañando la una a la otra. La primera es de tres letras y empieza por P y acaba por R; la segunda empieza por F y termina por R. Si las adivinas, te hago con los dedos el signo de la letra que va en medio de la palabra de cinco letras.

»Venga, piensa rápido, el que tiene prisa eres tú, yo hasta las ocho no termino. —Tuve que contener la risa al ver la cara que puso. Me miraba como si tuviera dos cuernos en la frente y mi piel fuera azul. Su boca estaba tan abierta como sus ojos.

Hizo el amago de agarrar el tirador de la puerta para bajarse y salir corriendo, pero antes de que llegara a tocarlo, me adelanté y le dije:

—Ni te molestes, está cerrado. —Me encogí de hombros y sonreí.

—Abre ahora mismo —siseó, enfadado.

—Mira, tienes dos opciones, a ver cuál te gusta más, escúchame bien. Primera opción, que creo que es la que deberías elegir: me pides con educación, esa que seguro te dieron en el colegio tan pijo al que fuiste de pequeño, dónde quieres ir y yo te llevo encantada. ¿Hasta aquí me has entendido bien? —Él asintió, pero no articuló palabra y yo seguí hablando.

»La segunda opción, que yo creo que no sería muy sensato elegirla, pero eso ya lo tienes que decidir tú, sería bajarte de mi taxi y esperarte ahí, a la solera, hasta que llegue uno de mis compañeros para que te lleve. Te aviso que a estas horas es cuando más trabajo tenemos y tardará bastante alguno en aparecer, pero tú mismo.

Observé cómo su mente trabajaba a toda velocidad y vi en su mirada el momento exacto en el que se rindió. Sabía que lo haría; qué remedio le quedaba, fuera había casi cuarenta grados. Sonreí triunfante para mí misma antes de que hablara.

—¿Puede llevarme a la Avenida de la Plata, por favor? —recalcó el *por favor* con retintín, pero bueno, lo dejaría pasar solo por esa vez.

—Claro que sí, bombón. ¿Ves qué fácil era usar las palabras mágicas? —le contesté sonriendo, y él apartó la mirada hacia la ventanilla sin decir nada más. En fin, de donde no había no se podía sacar. Qué pena, con lo bueno que estaba, que no quisiera charlar.

Salí del aparcamiento y giré a la derecha para incorporarme al tráfico y tomar la dirección correcta para llevarle donde me había pedido.

Cada vez que me paraba en un semáforo o detrás de un coche, porque a esas horas solía haber bastante tráfico, le observaba por el retrovisor. Había estado tecleando un montón en su teléfono y le habían llamado tres veces en diez minutos. Dios mío, qué estrés de vida tenía ese hombre, pensé. Se le veía más agobiado cada minuto que pasaba. Se tiró de la corbata tres veces, pasó el dedo por dentro de la camisa, a la altura de la garganta, dos, y la mano por el pelo hasta ocho veces conté.

A diez minutos más o menos de llegar al destino, paré en un semáforo y cuando le miré por el retrovisor, mis alarmas de *«tenemos problemas a la vista»* se encendieron. Su frente estaba perlada de sudor, daba miedo ver la palidez de su rostro, parecía un zombi, pero lo que más me preocupó es que parecía costarle respirar.

No me jodas, que el bombón la va a diñar en mi coche, me dije a mí misma. La madre que parió a mi hermano, que fue la misma que a mí; al final iba a tener razón y era verdad que tenía un imán para que todos los que tenían problemas se subieran al taxi cuando yo conducía.

—¿Oye, estás bien? —le pregunté, asustada.

No me contestó, solo me miró y negó con la cabeza, poniéndose una mano en el pecho. ¡La hostia! Que al tío le estaba dando un infarto; mira, un infarto

todavía no había tenido ninguno, en eso me estrenaba, otra cosa que apuntar a mi lista de anécdotas en el taxi. *Taly, deja de pensar gilipolleces y haz algo*, me reñí a mí misma.

Paré el coche en doble fila, me desabroché el cinturón y me giré entera hacia atrás para acercarme a él.

—Intenta respirar despacio, ¿te duele algo? —le dije, aflojándole la corbata y quitándosela por la cabeza con rapidez.

—El… el pecho, y no puedo respirar —me contestó con dificultad.

—Bien, intenta aguantar, ¿vale? Estamos a cinco minutos del hospital. Ni se te ocurra morirte en mi taxi. Joder, con lo bueno que estás y lo joven que eres, sería una pena que la cascaras; aún tienes que hacer babear a muchas mujeres.

Me coloqué al volante y giré rápido para volver a incorporarme a la carretera. No dejaba de subir la mirada al retrovisor y, dos minutos después, la sangre se me congeló en las venas: el tío se había desmayado o se había muerto, no lo sabía bien; solo vi que tenía los ojos cerrados y la cabeza ladeada.

Saqué el móvil de la guantera y marqué en marcación rápida el número de Laura. Sabía que mi cuñada siempre tenía el teléfono encima porque trabajaba en el hospital, en el servicio de urgencias, y tenía que estar localizable. Dos tonos después, la voz de mi cuñada llenó el interior del coche al salir por los altavoces.

—¿Qué te pasa, calamidad? No hace ni una hora que nos hemos visto y ya me echas de menos o es que ya has liado alguna —me dijo, riendo.

—Laura…

—¿Qué te pasa, Taly? —me preguntó por segunda vez, ahora ya sin reír y con voz preocupada.

—En dos minutos estaré en la puerta de urgencias, llevo en el taxi a un tío que o le ha dado un puto infarto o ha pasado a mejor vida en el asiento trasero

—le contesté, asustada.

—Joder, Taly, lo tuyo no es ni medio normal.

—Lo sé, coño, lo sé, ¿por qué me pasan a mí estas cosas? —le dije con voz lastimera.

—No lo sé, hija, pero Óscar tiene razón, tienes un imán para los problemas. Chicos, coged una camilla; en menos de un minuto llega mi cuñada por la puerta con un posible infarto. —La oí decir a sus compañeros cuando separó un poco el teléfono de su boca—. Taly, estamos saliendo, ahora te veo —me dijo antes de colgar.

Pisé el acelerador y subí la rampa que llevaba a la puerta de urgencias a toda velocidad. Paré sin ser muy brusca y me bajé rápidamente; rodeé el taxi para abrir la puerta del lado en el que estaba sentado el bombón. No le había tocado todavía cuando mi cuñada me tocó el hombro para que me retirara.

—Déjanos a nosotros, Taly, espera a un lado —me dijo mi cuñada mientras uno de sus compañeros metía medio cuerpo dentro del taxi para comprobar cómo estaba el hombre.

—Tiene el pulso muy acelerado, voto por una crisis de ansiedad tan fuerte que se ha desmayado. Vamos dentro para hacerle un electro. Laura, en cuanto esté en la camilla, prepárate para ponerle una vía, hay que bajar ese ritmo ya. —Oí que le decía el médico a mi cuñada.

Le sacaron rápido del coche y, mientras el médico seguía con el fonendoscopio en su pecho, ese que estaba al descubierto porque le había abierto la camisa, mi cuñada le cogía una vía mientras iban andando. Qué buena era en lo suyo, pensé. Me apoyé en el capó del coche y solté el aire que estaba conteniendo.

—¡Taly, aparca el coche y entra dentro, en cuanto pueda hablamos! —me dijo mi cuñada, alzando la voz para que la oyera antes de desaparecer de mi vista por la puerta de urgencias.

Ya podía haberse repetido una tarde como la del día anterior; por lo menos me llevé un par de orgasmos con el tal Jorge y no un susto de muerte

pensando que el bombón la había diñado en mi taxi.

Como me pidió Laura, me monté en el taxi y salí de la zona de urgencias. Busqué sitio por los alrededores y tuve la gran suerte de encontrar aparcamiento a dos calles del hospital. Antes de marcharme, recogí de la parte de atrás las cosas que había dejado el hombre tiradas en el asiento: la corbata, el móvil y un portafolios.

Llegué a urgencias y una de las compañeras de mi cuñada, en cuanto me vio, me dijo que Laura le había pedido que me llevara a la sala de descanso que tenían ellos. Me acompañó hasta allí y me dio un refresco antes de irse.

No es que fuera una cotilla de manual, pero sí muy curiosa, así que mientras esperaba a Laura, abrí el portafolios y le eché un vistazo a los papeles que había. Vaya, vaya, la empresa en la que trabajaba el bombón, que por cierto era de bombones y además mis favoritos, estaba a punto de irse a tomar por culo. Vaya mierda de gestión que tenían, y la campaña de márquetin que le habían presentado para la campaña de Navidad era una auténtica bazofia. No me extrañó que estuvieran en apuros. Oí que se abría la puerta y cerré la carpeta; si tenía tiempo, ya le echaría un vistazo después.

Laura se sentó a mi lado y me acarició el brazo con cariño.

—¿Estás bien? Ahí afuera tenías una cara de susto que parecías a punto de desmayarte tú también.

—Sí, ya estoy mejor. Ha sido el susto del momento; cuando he mirado por el retrovisor y le he visto con los ojos cerrados, pensé que se había muerto. Sabía que le pasaba algo, empezó a ponerse pálido y a respirar mal; cuando le vi así, cambié la ruta para venir hacia aquí sin ni siquiera preguntárselo.

—Hiciste bien, como predijo mi compañero, en la puerta ha tenido una crisis de ansiedad muy fuerte. Al no saber controlar la respiración, acabó desmayándose por hiperventilar.

—¿Está mejor? —le pregunté, preocupada.

—Sí, su ritmo cardíaco está controlado y ya respira a un ritmo normal. Pero mis compañeros le han puesto un sedante que le dejará KO hasta

mañana. Pasará aquí la noche en observación y mañana, con unas cuantas recomendaciones, le daremos el alta. —Respiré tranquila cuando me dijo que estaba bien.

—¿Sabéis cómo se llama y habéis avisado a su familia? —le pregunté.

—Sí, tenía la documentación en la cartera que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón. Se llama Alex Ripoll, hemos buscado en la base de datos y tenía a su hermana Lara como contacto de emergencia; una de mis compañeras la ha llamado y no tardará en llegar.

—Vale, ¿podrías avisarme cuando llegue? Quiero devolverle personalmente las cosas de Alex —le contesté.

—Claro, mientras tanto quédate aquí descansando. Yo tengo que volver al trabajo —me dijo, levantándose y dejando un beso en mi mejilla antes de salir por la puerta. Asentí, dándole las gracias.

Saqué el móvil y lo primero que hice fue buscar el nombre de Alex en internet. Tenía un montón de entradas que me hicieron saber un poco más de él. No era un simple trabajador de Dulcisbon, era uno de los dueños y el CEO. Leí algunos de los artículos que venían relacionados con él y después dejé el móvil a un lado por si tenía que buscar más cosas.

Volví a coger el portafolios y me puse a estudiar a conciencia toda la documentación que había allí dentro. Algo se me removió por dentro al saber que Alex tenía un problema bastante serio. Mi parte de salvadora, esa que no se podía resistir a ayudar a la gente que lo necesitaba, salió a relucir con fuerza y me hizo tomar la decisión de que intentaría ayudarle a salir del pozo en el que él y su familia estaban metidos.

Capítulo 5



Taly

Laura vino a buscarme cuarenta minutos después para avisarme de que los familiares de Alex habían llegado. Al parecer, su hermana Lara había venido acompañada por otro hombre. Recogí todas las cosas que tenía encima de la mesa, tanto las mías como las de Alex, y salí de la sala detrás de mi cuñada. Me acompañó hasta donde estaban los boxes, donde tenían ingresados a los pacientes que solo estarían allí unas horas, y me señaló con el dedo el box tres. Le di las gracias despidiéndome ya de ella, quedando en vernos más tarde en casa.

Me acerqué despacio y al llegar al otro lado de la puerta, que estaba entreabierta, le oí hablar.

—Tenemos que hacer algo, Alonso, esta situación está acabando con él. Hoy ha sido un ataque de ansiedad, pero puede que otro día sea algo más grave o que le dé estando solo y nadie pueda ayudarle —dijo una voz de mujer de la que supuse que sería Lara al tal Alonso, que ahora sabía que era el otro hermano de Alex, porque había leído un artículo que hablaba de los tres hermanos.

—No puede aceptar ese trato, eso acabaría con él. Esa mujer es insufrible, le haría infeliz para el resto de su vida. —¿Trato?, ¿mujer? Me pregunté al oírle; vaya, esto cada vez se ponía más interesante.

—Lo sé, pero ¿qué hacemos? Nadie quiere prestarnos el dinero para remontar y encontrar a alguien que nos ayude a dar un lavado de cara a la empresa para que las cosas cambien, no creo que la haya en ningún lugar. —Ay, Lara, en eso estás equivocada, le contesté mentalmente; está más cerca de lo que crees y piensa dejarse la piel para ayudaros.

Ser paciente no era una de mis virtudes, lo reconozco, así que no esperé más para entrar y presentarme. Llamé con dos golpes flojos a la puerta y, sin esperar respuesta, pasé y cerré tras de mí después de entrar. Los dos alzaron las cejas y fruncieron el ceño por mi descaro.

—Buenas tardes, soy Taly —les dije sonriendo, mientras ellos seguían mirándome con recelo.

—¿Quién eres tú? ¿Y qué haces aquí? —me preguntó Alonso, cruzándose de brazos.

—Soy la taxista que llevaba a tu hermano a su destino. A mitad de trayecto le dio el chungo y lo traje hasta aquí.

—¡Ay! Muchas gracias, le has salvado la vida —me dijo Lara, cambiando totalmente su actitud, lanzándose contra mí para abrazarme.

—Muchas gracias, de verdad, y perdona mi actitud, estamos un poco nerviosos. Soy Alonso Ripoll —me dijo sonriendo y ofreciéndome la mano.

—Encantada, yo soy Natalia Blasco, pero llámame Taly, por favor —le dije devolviéndole el apretón.

—Yo soy Lara Ripoll, encantada, Taly —me dijo dándome dos besos que le devolví encantada.

Solía calar a la gente a la primera; era una de mis muchas habilidades que me habían ayudado a lo largo de mi vida para separarme de la gente que no me convenía. Mi corazón y mi cabeza me dijeron que esos dos hermanos eran buena gente, otro punto a su favor para querer ayudarles.

—Aparte de sedarle, parece que le han sacado el palo que tenía metido en el culo esta tarde. Se le ve mucho más relajado —les dije moviendo la cabeza,

apuntando a Alex.

Alonso soltó una carcajada, pero cuando se dio cuenta de dónde estábamos, se tapó la boca para no seguir riéndose y Lara apretó los labios para no hacer lo mismo que su hermano.

—No solía ser así de sieso, pero está pasando una mala racha y eso le hace ser un borde. Por tus palabras supongo que se comportó así en el taxi, antes de ponerse enfermo —me dijo Lara acariciando el pelo de Alex.

—Lo intentó, pero le puse en su sitio —le contesté soltando una risita.

—No sé por qué, pero no me sorprende. Me da la sensación de que eres una mujer que tiene muchos talentos ocultos —añadió Alonso.

—Has acertado de pleno y voy a usarlos para ayudaros —le contesté.

—No entiendo, ¿qué quieres decir con ayudarnos? —me preguntó Lara, confundida.

—Alex tiene que quedarse aquí toda la noche a descansar, ahora os han dejado pasar a verle un rato, pero no os podéis quedar. ¿Tenéis tiempo para tomar un café? Me gustaría que habláramos —les dije directa.

Los dos se miraron confundidos, pero se encogieron de hombros a la vez, como si dijeran: *por qué no*.

—No sé de qué querrás que hablemos, pero has despertado totalmente mi curiosidad. Aceptamos ese café —me dijo Alonso y Lara asintió estando de acuerdo con él.

En el momento en que estaba contestándome, llamaron a la puerta y Laura entró con una bolsa de medicación en la mano.

—Chicos, no podéis quedaros más tiempo, mañana a las ocho de la mañana podéis volver. Seguramente el médico que le lleva tendrá preparado el alta a esas horas y os lo podréis llevar. Podéis marcharos tranquilos, aquí estará bien cuidado.

Laura y yo los vimos mirarse como si estuvieran reticentes a dejar a su hermano solo; las dos nos hablamos con la mirada y pensamos lo mismo. A todos los familiares les pasaba igual, se iban de allí con una sensación como si abandonaran a la persona que se quedaba allí sola.

—Tranquilos, Laura es la mejor aquí, Alex no podría estar en mejores manos, le cuidará bien —les dije para que se quedaran más convencidos.

—¿La conoces? —me preguntó Lara, más contenta; pareció que eso le gustó.

—Desde que nací, por aquel entonces ya era la novia de mi hermano. Ahora es mi cuñada, mi mejor amiga y la que hace las mejores croquetas del mundo —les contesté sonriendo.

—Eso mismo es lo que hay de cena esta noche —me dijo Laura y mis ojos brillaron, sus croquetas eran casi mejores que un orgasmo—. Nos vemos en casa, cariño, no tardéis en salir, solo cinco minutos más, ¿vale? —Los tres asentimos y Laura salió por la puerta despidiéndose de los hermanos.

Lara se acercó a Alex para besarle en la mejilla y Alonso hizo lo mismo cuando su hermana se retiró. Los tres salimos en silencio del box.

La cafetería del hospital solía estar a tope de gente, así que les propuse ir a una que estaba muy bien y tenía mesas bastante separadas entre sí para poder estar allí tranquilos y hablar sin que nadie pusiera la oreja y cotilleara lo que no debía. Solo tuvimos que andar cinco minutos porque estaba muy cerca del hospital, justamente en la misma calle donde yo había dejado el taxi aparcado.

Nos sentamos y Alonso se ofreció a pedir lo de los tres. Ellos pidieron dos cafés y yo un zumo; de acompañamiento trajo unos bocaditos de hojaldre que tenían una pinta estupenda.

—Bien, pues tú dirás, ¿de qué querías hablar? —me dijo Alonso, dando un sorbo a su café.

—Antes de empezar, quiero devolveros las cosas de Alex —le dije sacando de mi bolso el móvil, la carpeta y la corbata.

—Gracias —me dijo Lara cogiéndolas.

—Pensaréis que soy una entrometida, pero cuando acabemos de hablar espero que cambiéis de opinión —les dije un poco avergonzada.

—¿Y eso por qué? —me preguntó Alonso.

—He leído toda la documentación que contiene la carpeta, al principio solo por encima, por curiosidad. Pero cuando me he dado cuenta del gran problema que tenéis, lo he leído todo en profundidad.

Los dos me miraron con curiosidad, pero con un poco de recelo por haberme metido donde no me llamaban, y les entendí, por supuesto. La situación era muy delicada como para que una desconocida metiera las narices en sus cosas.

—El caso es que después de ver la que se os viene encima, aunque hay datos que aún me faltan y que espero que me contéis antes de irnos, he decidido ayudaros a intentar sacar la empresa de la bancarrota a la que se enfrenta. —Sus caras de alucine me hicieron morderme el labio para no reírme.

—¿Cómo podría ayudarnos una taxista? Ilumínanos, porque ahora mismo estoy alucinando —me dijo Alonso apoyando los codos en la mesa, muy interesado en mi respuesta.

—Os contaré un poco de mi vida para que os pongáis en situación. —Los dos asintieron y, sin palabras, me pidieron que siguiera.

Les puse al tanto de mi edad, lo que había estudiado en menos tiempo que el resto de las personas debido a mis altas capacidades. Les conté por qué trabajaba de taxista para ayudar en casa de mi hermano, que era donde vivía desde que mi madre murió. Puse en su conocimiento la lista de empresas que habían contactado conmigo, que solían ser las que pedían referencias a las universidades para pillar a los mejores cuando acababan las carreras, y que todavía no me había decidido por ninguna. Para que no me tomaran por loca, les enseñé en mi móvil mis títulos y la lista de la que les había hablado, así como mis notas, con las que se quedaron alucinados.

—Siendo un genio y pudiendo ir a cualquier empresa del país, incluso del extranjero, y ganar un pastizal, quieres venir a la nuestra, que está al borde de la ruina, ¿por qué? —me preguntó Lara, muy sorprendida.

—En esta vida no todo es el dinero, cosa que a mí me importa un bledo. Yo con tener para mis cosillas y poder ayudar un poco a mi hermano me conformo. Quiero ayudaros porque creo que es lo correcto; si mis conocimientos sirven para eso, prefiero ir a vuestra empresa y ayudar a que cientos de familias no se queden sin trabajo que ir a otra a hacer más rico al dueño de lo que ya es —les dije con sinceridad, porque era verdad que pensaba así. La gente, cuanto más dinero tenía, lo único que le pasaba es que sus problemas también eran mucho mayores, o yo al menos así lo veía.

—Por mi parte estás dentro, no tengo que pensar nada. Tengo un pálpito y sé que has llegado a nuestras vidas como si de un ángel de la guarda se tratara —me dijo Lara con lágrimas en los ojos por la emoción que sentía de que alguien les ofreciera su ayuda.

—Por la mía también, comparto opinión con mi hermana. Creo que alguien de ahí arriba nos quiere echar un cable y ha hecho que mi hermano se monte en tu taxi por una razón —me dijo Alonso, emocionado igual que Lara.

—Pues solo falta que vuestro hermano esté de acuerdo —les dije sonriendo.

—Lo está, ya te digo yo que sí —añadió Alonso, muy seguro.

—No estoy yo muy segura, en el taxi no empezamos con buen pie y… —les dije un poco nerviosa.

—Hasta ahora solo una persona se ha ofrecido a ayudarle y el precio que tiene que pagar por aceptar esa ayuda es venderse por el resto de su vida. Así que te aseguro que no rechazará cualquier otra, venga de quien venga —me dijo Lara, disgustada.

—Explicadme eso, me gustaría conocer todos los detalles por si esa persona que se ha ofrecido a ayudarle puede darnos problemas —les pedí, porque me gustaba trabajar sobre seguro y no encontrarme sorpresas por el camino.

Alonso empezó a relatarme cómo Arnau Ballester le había ofrecido a Alex darle el dinero para sacar la empresa adelante, pero a cambio tendría que casarse con su hija Fabiola. Por la cara de asco que pusieron los dos, estaba claro que no tenían en gran estima ni al padre ni a la hija. Y no me extrañó lo más mínimo, porque había que ser rastrero para aprovecharse de la desgracia de otra persona para salirse con la suya y concederle a su hijita el capricho de comprarle un marido. Porque eso era lo que quería hacer, ni más ni menos. Pues lo sentía mucho por ellos, pero eso no iba a pasar, porque habían tenido la desgracia de que Taly iba a interponerse en sus planes.

—Esa boda no se va a celebrar, así tenga que trabajar veinticuatro horas al día los próximos meses —les dije con seguridad, no pensaba permitir esa atrocidad, desde luego.

—Mañana mismo hablamos con Alex, cuanto antes podamos entre todos empezar a arreglar el desastre de empresa que tenemos, mucho mejor —dijo Lara.

—¿Puedes venir mañana a nuestra casa por la mañana? Allí estaremos más cómodos que en una cafetería y lejos de oídos indiscretos en la empresa —me preguntó Alonso.

—Sin problema, apunta mi número de teléfono y cuando estéis en casa, después de que le den a Alex el alta, me mandas un mensaje e iré allí.

Los tres nos pasamos los números de teléfono y, después de charlar un rato más, yo me marché a seguir con el turno del taxi y ellos a la empresa. Si cuando vi la carpeta estaba decidida a ayudarles, ahora que conocía todos los detalles y el famoso trato, lo estaba mucho más.

Capítulo 6



Alex

Parpadeé intentando abrir los ojos, me pesaban tanto que parecía que tenía dos piedras sobre ellos. Tenía el cuerpo totalmente relajado, no recordaba haber dormido tanto y tan bien desde hacía meses. Pero mi mente estaba un poco confusa, no recordaba apenas nada del día anterior. Intenté hacer un esfuerzo por recordar y aparecieron en mi mente dos preciosos ojos grises que me miraban con preocupación. Ese era el último recuerdo que tenía.

¿Qué me habría pasado?, me pregunté desconcertado.

Pestañeé varias veces y por fin conseguí centrar la mirada. Recorrí el lugar de derecha a izquierda y me di cuenta de que era una sala o habitación de hospital, no estaba seguro. Lentamente me incorporé para sentarme en la cama; no tenía mi ropa puesta, sino una bata de esas que por detrás vas con el culo al aire. En mi brazo tenía una vía puesta y un pulsioxímetro en el dedo índice de la mano derecha. Me quedé pensando, preocupado por qué me podría haber pasado para estar en esas condiciones, pero la respuesta no llegaba a mi cabeza. Así de pensativo me encontró la enfermera que abrió la puerta.

—Buenos días, señor Ripoll. No se levante, por favor, en dos minutos vendrá el médico y le explicará todo.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —le pregunté con impaciencia por saber.

—Desde ayer al mediodía más o menos, ahora son las ocho menos cuarto de la mañana —me contestó mirando su reloj de pulsera.

—¿Desde ayer? ¡Dios mío! ¿Mi familia sabe que estoy aquí? —le pregunté preocupado; esperaba que les hubieran avisado, si no estarían muy angustiados.

—Sí, claro, sus hermanos estuvieron ayer aquí con usted. Pero al estar ingresado en un box de observación, no está permitido que ningún familiar se quede a pasar la noche. Seguramente estén a punto de llegar, les dijeron que sobre las ocho le daríamos el alta. —Menos mal, pensé más tranquilo; seguramente habrían llamado a Lara, que era mi contacto de emergencia.

—Buenos días, señor Ripoll, ¿cómo se encuentra? —me preguntó un médico que entró por la puerta con una sonrisa amable.

—La verdad es que muy bien, es como si hubiera dormido un día entero, estoy totalmente descansado —le contesté devolviéndole la sonrisa.

—Tanto como un día no, pero casi. Ayer, cuando ingresó a las dos y media de la tarde, lo hizo inconsciente. Eso lo provocó la fuerte crisis de ansiedad que tuvo. El equipo médico que le trató ayer decidió sedarle para que su cuerpo recibiera el descanso que necesitaba y, por lo que veo, ha funcionado. —Cuando me dijo eso me quedé perplejo; había dormido casi dieciocho horas, normal que me encontrara tan descansado.

—¿Una crisis de ansiedad? —le pregunté confuso, aunque a mi mente volvieron otra vez esos ojos grises preguntándome si estaba bien.

—Así es. La sufrió dentro de un taxi. Fue la misma taxista la que le trajo hasta aquí, aunque ella pensó que le había dado un infarto. —Pobre mujer, pensé. Seguro que le había dado un susto de muerte. Apunté mentalmente intentar saber quién era para darle las gracias.

—Pero ahora ya estoy bien, ¿no? —le pregunté preocupado. Con la que tenía encima no podía permitirme caer enfermo.

—Sí, pero eso no quiere decir que lo que le ha pasado no vaya a repetirse. Necesita evitar situaciones de estrés y tomarse las cosas con más calma. Sería

bueno que hiciera deporte si no lo hace y, si duerme mal, vaya a su médico de cabecera para que le recete algo que le ayude.

»No tiene por qué ser un medicamento, hay cosas naturales que también van estupendamente en estos casos. Pero dormir bien y, sobre todo, las horas necesarias es fundamental. —Casi me eché a reír cuando me dijo evitar situaciones de estrés; con la que tenía liada con la empresa y el trato de Arnau, mi vida era un puto estrés constante.

—Muchas gracias por sus recomendaciones —le dije para que viera que le haría caso, aunque yo sabía de sobra que no sería así.

—Ahora le dejo con la enfermera, le quitará la vía que lleva puesta y después puede vestirse. Aquí le dejo el alta firmada y el informe de todo lo que hemos hecho —me dijo dándome los papeles y un apretón de manos antes de irse.

La enfermera me quitó el pulsioxímetro y estaba preparando las cosas para quitarme la vía cuando llamaron a la puerta. Sin esperar respuesta, se abrió y las cabezas de mis hermanos aparecieron por ella.

—¿Se puede? —preguntó mi hermana Lara con una sonrisa.

—Pasen, en dos minutos acabo y pueden llevárselo —les contestó la enfermera.

Mis hermanos pasaron y se quedaron a un lado sin hablar hasta que la chica terminó. Antes de salir me dio una bolsa que sacó de un armario, en la que estaban mis pertenencias y mi ropa. Se despidió deseándonos buen día y nosotros hicimos lo mismo, además de darle las gracias.

—Alex, ¿qué tal estás? —me preguntó Lara acercándose a mí para darme un abrazo.

—Estoy bien, el sueño que me he echado me ha venido de maravilla —le contesté intentando bromear.

—Ayer nos diste un susto de muerte. Cuando llamaron a Lara para decirle que estabas ingresado, nos temimos lo peor y, aunque al llegar nos quedamos algo más tranquilos sabiendo que había sido una crisis de ansiedad, eso es

algo que no hay que tomarse a la ligera, Alex —me dijo Alonso. En su voz noté que de verdad habían estado muy preocupados por mí y eso me hizo sentir mal.

Mientras hablábamos, saqué la ropa de la bolsa y empecé a ponérmela. También estaba mi reloj y la cartera con mi documentación, pero ni rastro del móvil. Eché en falta la corbata que sabía que llevaba el día anterior y, por supuesto, tampoco estaba el portafolios. Eso me puso en tensión, porque dentro llevaba toda la documentación de la empresa en la que estaban detallados parte de los problemas de liquidez que teníamos.

—Tranquilos, estoy mucho mejor. El médico me ha dado unas cuantas recomendaciones a seguir para que algo así no vuelva a pasar —les dije intentando calmarlos.

—Y las vas a seguir, de eso me voy a ocupar yo, avisado quedas —me dijo Lara, que aun siendo la pequeña, solía actuar con nosotros algunas veces como si fuera una madre. Asentí sonriéndole.

—Me faltan cosas —les dije preocupado.

—Toma, el móvil —me dijo Lara sacándolo de su bolso—. El portafolios y la corbata están en casa. —Menos mal, pensé aliviado.

—Taly nos los dio ayer, cuando salimos de aquí —dijo Alonso, y yo le miré confuso. ¿Quién sería esa mujer?

—¿Quién es Taly? —les pregunté. Mis hermanos se miraron sonriendo y eso me confundió todavía más.

—Taly es la conductora del taxi en el que te montaste. Te desmayaste mientras te llevaba a la Avenida de la Plata, según nos contó, y cambió la ruta para traerte hasta aquí.

Me quedé pensando unos instantes y entonces todo me vino a la memoria.

Ahora recordaba todo lo que había pasado, cómo la dueña de esos ojos grises que no salían de mi cabeza me había vacilado con lo de las palabras mágicas. Tenía que reconocer que me puso en mi sitio de una manera original,

pero lo hizo. No solía ser una persona borde y tenía buena educación, pero me pilló en un mal momento y lo pagué con ella. Si algún día volvía a verla, me disculparía.

—Si vuelvo a verla algún día le daré las gracias por todo —les dije a mis hermanos.

—Entonces podrás hacerlo dentro de un rato —me dijo Alonso dándome una palmadita en la espalda.

—¿Nos va a llevar en su taxi a casa? —les pregunté, porque era la única razón que se me ocurría para poder verla de nuevo.

—No, la taxista es una auténtica cajita de sorpresas. Te vas a caer de culo cuando te lo contemos todo —me contestó Alonso riéndose mientras salíamos de la habitación rumbo a la salida.

—Y tanto que sí. Vas a tener que agradecerle algo más que haberte traído ayer al hospital. Esa mujer va a ser tu salvación —añadió Lara muy contenta.

—No entiendo nada de lo que estáis diciendo —les dije a ambos.

—Vamos a casa, allí te lo contaremos todo con tranquilidad. Estarás deseando darte una ducha y ponerte cómodo. Hoy nada de ir a la empresa, en casa tendremos una reunión muy importante —asentí a las palabras de mi hermana, aunque con una curiosidad enorme dentro.

Salimos a la calle y nos dirigimos a la paralela al hospital, donde Alonso había aparcado su coche. Nos montamos y puso rumbo a casa.

Capítulo 7



Taly

Me levanté por la mañana con unas mariposas revoloteando en la barriga por los nervios que sentía al pensar lo que pasaría ese día.

La noche anterior, mientras cenábamos, les conté a Óscar y a Laura todo lo que había pasado la tarde anterior. Mi hermano, cómo no, volvió a bromear con lo de que de verdad tenía un imán para que la gente con problemas se cruzara en mi vida. Les puse también al tanto de la decisión que había tomado de ayudar a los hermanos Ripoll trabajando en su empresa.

Ninguno de los dos me cuestionó y, como siempre, me apoyaron en lo que iba a hacer. Sabían que mi vena salvadora se había instalado en mí y que no cejaría en mi empeño por intentar ayudarles.

Después de darme una ducha rápida, saqué del armario unos vaqueros de pitillo azules, una blusa de tirantes blanca y, por último, unas sandalias también blancas. Casi nunca llevaba tacones, no sabía cómo había mujeres que podían llevarlos todo el día. Qué necesidad había de sufrir dolor de pies o de espalda solo porque sí. Se podía estar igual de guapa o elegante con sandalias planas, pero en fin, allá cada cual con sus cosas.

Bajé a tomarme un café, aunque pensándolo mejor, hoy acompañaría a mi sobrino y me tomaría un vasito de leche con cereales; bastante nerviosa estaba ya como para meter más cafeína en mi cuerpo.

—Buenos días —dije al entrar en la cocina. Me acerqué hasta Neizan y le di un beso en la cabeza y después uno a Laura en la mejilla.

Saqué un vaso grande y me serví la leche, me senté a la mesa y le pedí a mi sobrino que me pasara su caja de cereales. A los dos nos pasaba lo mismo: si desayunábamos eso, no nos gustaba que la leche estuviera caliente, pensábamos que le quitaba la gracia de sentir cómo crujían los cereales al masticarlos.

Nos pusimos los tres a charlar mientras desayunábamos. Solo me faltaban un par de cucharadas para terminar cuando mi móvil sonó, avisándome de la entrada de un mensaje. Lo cogí con rapidez y vi que era Lara.

Lara: *Buenos días, Taly.*

Taly: *Buenos días, Lara, ¿qué tal?*

Lara: *Bien, vamos de camino a casa. A Alex ya le han dado el alta.*

Taly: *Me alegro mucho, ¿está mejor?*

Lara: *Sí, aunque seguro que su cabeza es como una olla a presión, dando vueltas a las cosas.*

Taly: *Es normal con el panorama que tenéis, pero espero que las cosas cambien pronto.*

Lara: *Con tu ayuda estoy segura de que sí.*

Taly: *Lo voy a intentar con todas mis fuerzas para que eso pase, te lo prometo.*

Lara: *¿Vas a poder venir ahora por la mañana a casa?*

Taly: *Sí, voy a llevar a mi sobrino al cole de verano, que entra a las nueve y media. Si os viene bien, me acerco después.*

Lara: *Perfecto, te paso ubicación y vienes cuando quieras.*

Taly: *Bien, en un rato nos vemos. Un beso.*

Lara: *Un beso.*

Miré la ubicación que me había mandado Lara y me sorprendió que la casa en la que vivían estuviera justo en la misma calle de la empresa. Qué suerte tenían, apenas tardaban cinco minutos en llegar al trabajo. El día anterior los hermanos me contaron que los tres vivían con su abuela; eso también me sorprendió con la edad que tenían y el dinero que manejaban, lo normal en su círculo era que vivieran independizados, cada uno en un casoplón distinto.

Eso me hizo pensar que no eran los típicos pijos de manual y me gustó mucho. Alonso y Lara me parecieron gente sencilla, con la que se podía hablar de cualquier tema y que no hacían diferencias con quienes no estaban a su nivel social o económico. Solo esperaba que Alex también fuera igual, aunque la primera impresión que me llevé de él en el taxi fue otra, para qué mentir.

Me pareció un hombre frío y distante, que no se rebajó a decir ni buenos días ni por favor a una simple mortal como yo. Esperaba que fuera porque le pillé en un mal día, porque si no, trabajar juntos iba a ser una auténtica lucha de titanes. A ese le educaba yo sí o sí, pensé riéndome para mis adentros.

—Laura, cuando deje a Neizan, iré a casa de los hermanos, no sé a qué hora volveré —le dije a mi cuñada.

—No te preocupes, cielo. Lo único que, si no vas a llegar a comer, me mandas un mensaje y te guardo la comida para cenar o para mañana.

—Sí, tranquila, yo te aviso con lo que sea. La charla será larga, eso seguro. Óscar me dijo ayer que no me preocupara por el turno del taxi de hoy, que me tomara el día de descanso.

—Es lo mejor, cuando acabes allí tendrás la cabeza como un bombo.

—Eso seguro —le contesté riendo.

Neizan y yo nos lavamos los dientes y nos echamos colonia. Me encantaba la colonia de niños que utilizaba mi sobrino, olía a golosinas y casi siempre

solíamos compartirla. Le di un repaso al pelo, ese que tenía indomable, y salimos a coger él su mochila con el almuerzo y yo mi bolso.

Por el camino me fue contando que ese día tenían en el cole una actividad que no había hecho nunca. Escribirían cartas para mandárselas a niños de un colegio de Londres y en unos días ellos recibirían las respuestas de vuelta, pero vendrían escritas en inglés. A mi sobrino le gustaban mucho los idiomas; en eso se parecía a mí.

Antes de entrar en la universidad, como el bachillerato me pareció de lo más fácil y no me hacía falta estudiar para sacar buenas notas, ese tiempo lo empleé en aprender idiomas. Dominaba a la perfección el inglés, chino, francés, italiano, alemán y ruso.

Nos despedimos en la puerta del cole con un beso y un abrazo, como hacíamos siempre. A dos calles de allí paraba el autobús que me llevaría a la calle Colón, que era donde vivían los tres hermanos. El trayecto apenas duró quince minutos; en pleno agosto y a esas horas de la mañana casi no había tráfico. No era igual que en plena época escolar, eso sí que era una locura: padres estresados porque llegaban tarde a llevar a sus hijos al cole, pitando y soltando improperios por la boca.

Bajé del autobús y fui directamente al número siete. Me conocía la calle como la palma de mi mano, ya que llevaba casi tres años trabajando en el taxi y, como ya comenté, allí estaba mi parada. La empresa, en cambio, estaba en la acera de enfrente, en el número cuarenta y dos.

Esa casa siempre me había llamado la atención desde el primer momento en que la vi. Tenía cuatro plantas y por fuera era preciosa, todo muy cuidado, con flores en las ventanas; era la única casa de toda la calle que las tenía y por eso me había fijado en ella con anterioridad. Llamé a la puerta y me abrió una mujer de unos cuarenta años con una sonrisa muy amable.

—Buenos días, soy Natalia Blasco y había quedado con los tres hermanos Ripoll.

—Buenos días, guapa. Pasa, ya me avisaron de que vendrías. Soy Celia, me encargo de la cocina y de que la casa funcione bien —me dijo

presentándose y acercándose a darme dos besos. Me gustó mucho la amabilidad con la que me trató, otra que ya me tenía ganada.

—Encantada —le dije devolviéndole los besos.

Pasamos al vestíbulo, que era grande, pero no en exceso; eso sí, estaba decorado con un gusto exquisito. Viendo eso, seguramente el resto de la casa sería igual, pensé.

—Lara, Alonso y la señora Carmen están en el salón tomando un café. Alex creo que se estaba cambiando, pero bajará en unos minutos —me dijo Celia, indicándome con la mano que la siguiera.

Abrió la puerta del salón y, después de decirles que había llegado, se despidió, diciéndoles antes que la avisaran si necesitaban cualquier cosa.

—Taly, bienvenida —me dijo Lara levantándose para darme dos besos.

Alonso también se levantó e hizo lo mismo que su hermana.

—Déjame que te presente a nuestra abuela Carmen. Abuela, ella es Taly —dijo Alonso retirándose a un lado para que pudiéramos saludarnos.

—Niña, muchas gracias por cuidar a mi chico ayer —me dijo emocionada mientras me daba un abrazo.

—Cualquiera habría hecho lo mismo, fue un placer poder ayudarle —le contesté devolviéndole el abrazo.

—Siéntate con nosotros, ¿quieres un café? —me preguntó Carmen.

—Sí, gracias, con mucha leche, por favor —le contesté.

La propia Carmen se encargó de ponérmelo y de acercarme también un platito con unas pastas que tenían una pinta estupenda.

—Ayer por la noche Lara y Alonso me pusieron al tanto de todo. Te agradezco mucho que intentes ayudarles con esta situación. Algo muy raro está pasando, es imposible que la empresa esté casi en la bancarrota.

»Mi marido y mi hijo hicieron una buena gestión y las cosas siempre fueron de maravilla. Estoy segura de que mi nieto, como máximo responsable, ha seguido sus pasos, por eso no me cuadra nada de lo que está pasando.

Cuando me dijo eso sonreí para mis adentros, porque era exactamente lo que yo pensaba: que había una mano negra que quería hundirles. La pregunta era por qué y quién.

—Después de leer ayer los informes que Alex llevaba en el portafolios, le he dado vueltas toda la noche y tengo las mismas sospechas que usted —le contesté.

—No me llames de usted. Por favor, tutéame —me dijo apretando mi mano con cariño. Asentí apretando la suya de vuelta.

Me encantó Carmen desde la primera mirada que cruzamos. Se le veía una mujer amable y cariñosa, que quería a sus nietos con pasión. Tenía una mirada limpia que me recordaba tanto a la de mi madre que me enterneció muchísimo.

—¿De verdad piensas eso? —me preguntó Lara, preocupada.

—Sí, no puedo decirlo con seguridad porque, llámalo pálpito o como quieras, pero esa idea me ronda la cabeza desde ayer. Necesitaré ver los balances y las cuentas de los últimos años y muchas cosas más para confirmarlo, como por ejemplo a qué países exportáis bombones y cosas así. Si hay algo raro, lo encontraré.

—Estoy segura de que lo harás. Te acabo de conocer, pero hay un brillo en tu mirada que me dice que confiar en ti es la mejor decisión que mi nieto podría tomar —me dijo Carmen con mucha sinceridad.

—Buenos días —dijo una voz a mi espalda que reconocí de inmediato.

Me giré un poco para mirarle y mi estómago dio un salto. Si el día anterior me había parecido guapo, en ese momento lo estaba todavía más. Traía el pelo húmedo, seguramente por la ducha que se acababa de dar. Vestía ropa deportiva que no le restaba atractivo en absoluto, pero desde luego lo que más

llamaba la atención eran los preciosos ojos azules que tenía y que me miraban con curiosidad y cautela. Como dije el día anterior, era un bombón, uno que no me importaría degustar de arriba abajo.

Capítulo 8



Alex

Llegamos a casa y, nada más entrar, mi abuela me envolvió entre sus brazos en cuanto cruzamos la puerta. Se le notaba la preocupación en los ojos, que estaban llenos de lágrimas. La rodeé con mis brazos y le susurré palabras tranquilizadoras. La entendía perfectamente: después de perder a su marido, a su hijo y a su nuera, cuando a nosotros nos pasaba algo era normal que se pusiera en ese estado; a cualquiera le pasaría lo mismo.

—Alex, hijo, ¿estás bien? —me dijo sin soltarme.

—Sí, abuela, quédate tranquila, que estoy bien de verdad —le contesté, limpiándole las lágrimas de las mejillas con mis dedos y besando su frente.

—Menudo susto nos has dado.

—Lo sé, pero no volverá a pasar —le dije sonriendo para tranquilizarla, aunque sabía que no sería así.

—Abuela, no te preocupes. Ya te contamos anoche que las cosas van a cambiar y Alex dejará de estar tan estresado —le dijo Alonso, sonriéndole también.

—Dios te oiga, hijo. Espero que esa ayuda que está por llegar arregle todo este estropicio —dijo mi abuela, que por lo visto estaba enterada de todo. Se ve que yo era el único que no sabía de qué estaban hablando.

—Lo arreglará, estoy segura —dijo Lara muy convencida.

—¿Me vais a contar ya de qué va todo esto? Al parecer soy el único que está totalmente en blanco con lo que está pasando y cada vez estoy más intrigado —les pregunté a todos.

—En un rato te enterarás de todo. La ayuda llegará en cualquier momento. La he avisado mientras veníamos en el coche de que estábamos a punto de llegar a casa y seguramente estará de camino hacia aquí —me contestó Lara.

—Será mejor que subas a darte una ducha y ponerte ropa cómoda mientras llega. Te esperaremos en el salón tomando un café —me dijo mi abuela, acariciándome la espalda con cariño.

Me despedí de todos y fui hacia las escaleras para subir a mi habitación. La verdad es que necesitaba una ducha con urgencia; sentía la piel pegajosa y con olor a hospital.

Debajo del chorro de agua, con la cabeza apoyada en los azulejos, no dejé de darle vueltas a las palabras de mi abuela y de mis hermanos. Habían hablado de alguien que iba a prestarnos su ayuda, pero también habían mencionado algo de la taxista que me llevó al hospital el día anterior. Podría ser que ella, al llevar a tantos pasajeros, conociera a alguien dispuesto a prestarnos la liquidez que necesitábamos.

Sí, seguramente sería eso, me dije. No se me ocurría de qué otra manera podría ayudarnos una persona como ella. No me malinterpretéis, no quería hacerla de menos, porque todos los trabajos son dignos, sean del tipo que sean. Pero una mujer que trabajaba de taxista y tan joven además —o eso me había parecido el día anterior—, aunque la verdad es que no me fijé mucho en ella, salvo en sus preciosos ojos grises, no creía que pudiera ayudarnos de otra forma. Seguramente no tendría estudios.

Quince minutos después salí de la ducha, que me sentó de maravilla. Me acerqué al lavabo después de secarme y me afeité como hacía cada mañana. Aunque siempre me pasaba lo mismo: a media tarde ya volvía a aparecer esa sombra de vello que mi hermana decía que me daba aire de malote. Me eché aftershave, me rocié con mi desodorante favorito y fui al vestidor a elegir la ropa que me pondría.

Como no iba a salir de casa ese día, decidí dejar la ropa formal colgada en el armario y ponerme algo cómodo. Unos pantalones deportivos grises, de los que usaba cuando salía a correr —cosa que hacía tres veces por semana—, y una camiseta blanca de manga corta. El pelo ni me molesté en secarlo; me pasé los dedos por él y quedó perfectamente colocado, como a mí me gustaba. Nunca me echaba gomina ni nada parecido, no me gustaba esa sensación pegajosa que se quedaba en las manos cuando me las pasaba por el pelo, cosa que solía hacer bastante cuando estaba nervioso o preocupado, y como os estaréis imaginando, últimamente lo hacía constantemente.

Por último, me calcé unas deportivas blancas para estar presentable. Si no fuera a venir nadie, me habría quedado descalzo, como solía hacer siempre en casa, pero no era plan de presentarme así delante de alguien que no conocía. Ante todo, había que tener decoro y educación.

Había oído la puerta mientras me vestía. La ayuda, según mi familia, había llegado y estaba ansioso por enterarme de todo, así que bajé las escaleras a toda prisa y me dirigí con pasos ligeros al salón, donde sabía que me estaban esperando.

Entré y ninguno se percató de mi presencia. Estaban los cuatro enfrascados en una conversación y no me habían oído llegar. Me quedé observando la escena unos segundos antes de hablar.

De espaldas a la puerta estaba sentada una mujer con una larga melena pelirroja a la que no podía verle la cara. A su derecha estaba mi abuela, que la miraba, ¿con cariño? ¿Cómo podía ser eso posible?, pensé, si acababa de conocerla. A su izquierda estaba Alonso, que también la miraba de una forma extraña, como con admiración. Por último, dos asientos más allá estaba Lara, que la miraba igual que mi abuela. ¿Quién coño sería esa mujer que se había ganado a mi familia en tan pocos minutos?, me pregunté cada vez más intrigado.

—Buenos días —dije para hacerme notar.

Mi familia me miró sonriendo, dándome la bienvenida con la mirada, y la mujer se giró un poco en la silla para mirarme. Cuando vi esos ojos grises que no habían salido de mi cabeza desde el día anterior, mi cuerpo se estremeció como si un rayo me hubiera atravesado. Se levantó lentamente de la silla y me

dio un repaso de arriba abajo con una sonrisa preciosa en el rostro. Su mirada era como un libro abierto; no hicieron falta palabras, solo con eso me dijo que lo que estaba viendo le gustaba, y mucho. Vi cómo se relamía los labios, como si quisiera degustarme, y mi miembro dio una sacudida.

No era plan que el resto notara que me estaba poniendo a tono solo con verla, así que carraspeé y me acerqué un par de pasos, manteniendo las distancias antes de hablar.

—Tú eres la taxista, ¿verdad? —le dije con un tono serio y frío.

—Así es, señor Ripoll. Me alegro de que esté mejor —me contestó, perdiendo la sonrisa al notar mi tono.

—Gracias por su ayuda de ayer.

—De nada, soy Taly, por cierto —me dijo, extendiendo su mano hacia mí.

Me quedé pensando un par de segundos antes de levantar la mía para estrechársela y, cuando nuestras pieles se tocaron, una descarga nos hizo separarnos rápidamente, como si nos hubiéramos dado un calambrazo.

—Yo soy Alex, pero eso creo que ya lo sabes. Tutéame, *por favor*. —Hice hincapié en el «por favor» para que viera que me acordaba de lo del día anterior.

Vi que iba a soltarme una réplica, pero la intervención de mi abuela me dejó con las ganas de saber qué me habría dicho.

—Alex, ¿quieres un café? —me preguntó, que como mujer notó la tensión que se había producido entre Taly y yo.

—Sí, claro, pero quédate donde estás, que ya me lo pongo yo —le contesté, y me dirigí a la silla vacía que estaba a su lado para sentarme y servirme de la jarra que había sobre la mesa.

Mientras me servía el café, Taly volvió a sentarse y miró hacia todos los sitios menos hacia mí. Cuando tuve la taza en las manos, cogí aire e hice la pregunta que me estaba carcomiendo por dentro.

—¿Me vais a explicar ya qué hace ella aquí? —dije mirando a mis hermanos.

—Creo que lo mejor es que te lo explique ella —me contestó Alonso.

—Tú dirás —le dije a Taly, indicándole con la mano que hablara.

Tomó aire antes de empezar y yo apoyé los codos en la mesa para prestarle toda mi atención.

—Lo primero que quiero hacer es pedirte disculpas por haber leído los papeles de tu portafolio sin tu permiso; sé que eso no estuvo bien.

—¿Leíste mis papeles? ¿Con qué derecho te crees para hacer algo así? —le pregunté cabreado.

—Alex, déjala hablar hasta el final —me pidió Lara.

—Al principio solo les eché un vistazo, pero algunas cosas me llamaron tanto la atención que decidí estudiar todos los papeles a fondo. Tenéis un buen marrón encima, pero, como les he dicho a tus hermanos, quiero ayudaros a intentar salir de este bache y que la empresa vuelva a ser lo que era. Para eso necesito más datos.

Cuando dijo eso no me pude contener y solté una carcajada.

—¿Qué te hace tanta gracia? —me preguntó mi hermana molesta.

—¿Pero vosotros la estáis oyendo? No sé qué clase de cuentos os habrá contado, pero no quiero saber nada de esto. ¿Una taxista que es una cría nos va a salvar de la ruina? Como chiste no ha estado nada mal para pasar el mal trago de ayer, pero no tengo tiempo para gilipolleces —les dije levantándome de la silla.

—¡Siéntate! —me dijo mi abuela muy enfadada, haciéndome parar en seco. No me quedó más remedio que obedecer; si mi abuela me hablaba así era por algo.

—Taly, todo tuyo. Dale a mi nieto en todos los morros contándole un poquito de ti, que estoy deseando verle la cara de tonto que se le va a quedar —le dijo mi abuela.

Taly asintió sonriendo y, un segundo después volvió su mirada hacia mí, transformándose en seriedad antes de hablarme solo a mí.

—Tengo veintiún años y hace poco terminé la carrera de Económicas y la de ADE. He hecho las dos en tres años, con una nota media de matrícula de honor. Te estás preguntando cómo es posible, ¿verdad?

»Te lo aclaro: tengo un coeficiente intelectual de 135. Sabiendo esto creo que ya resuelve parte de tus dudas, o eso espero. Entre mis muchas habilidades, de las cuales te irás enterando con el tiempo, te adelanto una: hablo seis idiomas a la perfección. ¿Lo has entendido todo o necesitas un esquema?

Miré a mis hermanos cuando terminó de hablar y los dos asintieron, confirmándome que todo lo que había dicho era verdad.

La madre que me parió. Me quedé mudo y con cara de tonto, tal y como había dicho mi abuela. Joder con la niña, encima de estar buena era un genio. Podía haber esperado cualquier explicación por su parte, pero no esa. Tenía muchas preguntas en la punta de la lengua y creo que solté la más estúpida de todas, por el gesto de mis hermanos poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué coño haces conduciendo un taxi?

Pensé que no me contestaría, pero lo hizo.

—Primero, para ayudar a mi hermano en la economía familiar de su casa, que es donde vivo. Segundo, porque me gusta. Y tercero, porque aún no me he decidido por ninguna de las empresas que se están peleando para que me vaya a trabajar con ellas.

—Y pudiendo elegir dónde trabajar, ¿quieres hacerlo en nuestra empresa, que está al borde de la ruina? ¿Por qué? —le pregunté alucinado.

—Porque creo que es lo correcto. Siempre he pensado que la inteligencia que se me ha concedido es para ayudar a gente que lo necesita. Están en juego

vuestros puestos de trabajo y vuestro legado. Por eso estoy dispuesta a ayudaros, si tú quieres, claro.

Me sentí fatal por haberla tratado como lo había hecho. Con esas últimas palabras, que me parecieron muy sinceras, me quedó claro que tenía un gran corazón y que de verdad quería ayudarnos. Sin conocernos de nada, al ver el problema tan grande que teníamos, iba a renunciar a un puesto seguramente buenísimo en cualquier empresa del mundo. ¿De dónde había salido este ángel?, me pregunté.

—Lo primero que quiero hacer es pedirte disculpas por mi comportamiento. Te he prejuzgado y me avergüenzo de ello. Y lo segundo es darte las gracias por ofrecerte a ayudarnos. Me pongo a tu disposición para facilitarte todos los datos que necesites.

—¿Eso significa que aceptas mi ayuda? —me preguntó con los ojos brillantes de alegría y esa sonrisa preciosa que tenía.

—Por supuesto que acepto, sería un idiota si no lo hiciera —le contesté.

—Joder, menos mal —dijo Alonso resoplando.

—Hermano, estoy deseando ver la cara de Arnau y de Fabiola Ballester cuando les digas que no aceptas el trato de casarte con ella —dijo Lara sonriendo.

—No —dijo Taly, y los cuatro nos miramos confundidos.

—¿No qué? —le pregunté.

—Tienes que aceptar ese trato.

Capítulo 9



Taly

Desde que Alex me vio en el salón de su casa estuvo receloso con mi presencia; se mostró frío y distante. Su parte borde, esa que yo había conocido en mi taxi el día anterior, salió a relucir en varias ocasiones.

Cuando le dijimos que yo sería la persona que le ayudaría, se rio en mi cara, cosa que me sentó como un tiro. Aunque, gracias a su abuela, que le exigió que se sentara en la silla y cerrara el pico, pude contarle algo sobre mí. La cara de tonto que se le quedó cuando supo la clase de mujer que tenía delante fue digna de enmarcar. No le quedó más remedio que recular y disculparse.

Terminó su disculpa, una que me pareció sincera, y me dio las gracias por ofrecerme ayudarles. Fue entonces cuando le pregunté:

—¿Eso significa que aceptas mi ayuda? —le pregunté con los ojos brillantes de alegría mientras sonreía.

—Por supuesto que acepto, sería un idiota si no lo hiciera —me contestó.

—Joder, menos mal —dijo Alonso resoplando.

—Hermano, estoy deseando ver la cara de Arnau y Fabiola Ballester cuando les digas que no aceptas el trato de casarte con ella —dijo Lara sonriendo.

—No —dije tajante, y los cuatro me miraron confundidos.

—¿No qué? —me preguntó Alex alzando una ceja, expectante por saber qué quería decir con ese no.

—Tienes que aceptar ese trato —le dije muy convencida.

—¿Por qué? —me preguntó Lara con los ojos abiertos por la sorpresa.

—Creo que el trato que Arnau le ha propuesto a Alex esconde mucho más que solo el capricho de una niña rica que quiere casarse con el hombre que desea —contesté convencida de mis palabras.

—Explícame eso —me pidió Alex, muy interesado en saber por qué pensaba así.

—Tengo una teoría que se ha ido formando en mi cabeza desde ayer. No digo que sea lo que está pasando realmente, pero mi instinto me dice que por ahí van los tiros.

»Para comprobarlo necesito estar en la empresa y conocer a la gente que trabaja allí, sobre todo a los que ocupan puestos de mayor responsabilidad. Ver los balances, las cuentas, saber con quién tenéis tratos, especialmente fuera de España.

—Cuéntanos tu teoría, estoy deseando oírla —me pidió Lara, interrumpiendo mi explicación.

—Creo que Arnau Ballester y alguien más que trabaja con vosotros han cooperado para que la empresa se vaya a pique, o eso es lo que quieren que parezca. ¿Por qué? Eso será lo que pienso descubrir. Aunque uno de los motivos de Arnau ya lo sabemos: dar el capricho a su queridísima hija.

»Pero creo que hay algo más. Es un hombre ambicioso y estoy segura de que con ese trato espera sacar un beneficio mayor. En cuanto a la persona o personas que lo ayudan, eso aún está por ver; también tendrán que ganar algo con todo esto, ya sea dinero u otra cosa que por el momento desconocemos.

—Joder, eso es muy enrevesado, ¿no? —me dijo Alonso.

—Yo estoy con la niña. Aquí hay una mano negra moviendo los hilos para que la empresa se hunda. La pregunta es quién y por qué —dijo Carmen, apoyando mi teoría.

—Supongamos que tienes razón y Arnau, junto con alguien más, está intentando jodernos. ¿Por qué tiene que aceptar Alex casarse con su hija? ¿Eso no sería dejarle ganar? —me preguntó Alonso preocupado.

Miré a Alex, que todavía no había dicho ni una sola palabra. Desde donde estaba sentada pude observar cómo los engranajes de su cabeza intentaban encajar y dar forma a mis palabras, hasta que algo hizo clic y vi que había entendido por dónde iban mis intenciones.

—Porque si no acepto, sabrá que sospechamos de sus intenciones ocultas. Pero si le digo que sí, iremos un paso por delante, haciéndole creer que he caído en su trampa —contestó, dirigiéndose a todos, pero mirándome directamente y sonriendo.

—Exactamente. Pero antes de firmar nada, le pedirás el contrato que te propone para poder estudiarlo en profundidad. Estoy segura de que ahí está la clave de lo que quiere. Aunque, si es listo —y creo que lo es—, lo habrá redactado de tal manera que, a simple vista, sus intenciones pasen desapercibidas.

—¿Tú qué crees que quiere, Taly? —me preguntó Lara.

—Quedarse con la empresa —le contesté convencida.

—¿Ayudar a hundir una empresa para luego quedarse con ella? ¿Cómo se come eso? —me preguntó Carmen confundida.

—Porque la empresa no está en la ruina ni lo estará. Eso es lo que esos informes quieren haceros creer. La realidad es muy distinta; me atrevería a decir que las cosas van mejor que nunca —les contesté, y los cuatro me miraron con la boca abierta, muy sorprendidos.

—Pero las cuentas de la empresa están casi en números rojos —me dijo Alex.

—No lo están. Tú solo estás viendo lo que quieren que veas —le contesté muy segura.

—Tendría cojones que tuvieras razón y lleváramos meses preocupados pensando que pronto estaremos en la ruina y angustiados porque todos nuestros empleados se quedarán en la calle, cuando en realidad se quieren quedar con nuestra empresa tomándonos por tontos —dijo Alonso enfadado.

—Tanto como tomaros por tontos no, pero sí os están haciendo ver y creer algo que no es cierto —le contesté.

—No voy a permitir que ningún hijo de mala madre se quede con nuestra empresa, una por la que tanto mi padre como mi abuelo lucharon toda su vida para que fuera lo que es hoy —dijo Alex enfadado, dando un golpe sobre la mesa que nos sobresaltó a todos.

—Alex, tranquilo, no queremos que te dé otro chungo —le dijo Lara preocupada.

—No me dará. La mala hostia que tengo ahora mismo no tiene nada que ver con el estrés que sentía días atrás —le contestó—. ¿Por dónde empezamos y cuándo? —añadió, mirándome a mí.

—Primero quiero ver las cuentas de los últimos años. ¿Y cuándo? Cuando quieras.

—Vamos a mi despacho; desde allí tengo acceso a todos los archivos de la empresa —me dijo levantándose de la silla, y yo hice lo mismo.

—¿Ahora? Después de lo que te pasó ayer, ¿no quieres descansar? —le preguntó Carmen preocupada.

—Abuela, voy a estar sentado en una silla bastante cómoda, por cierto. He dormido casi un día entero y estoy más descansado que nunca. Necesito hacer algo o me volveré loco pensando —le contestó antes de besarle la cabeza y dirigirse a la salida del salón, conmigo detrás siguiendo sus pasos.

—Si nos necesitáis y podemos ayudar en algo, avisadnos —dijo Lara antes de que saliéramos.

—Lo haré. De momento solo vamos a revisar todo lo que podamos —le contestó para tranquilizarla.

Caminé detrás de Alex hasta las escaleras y subimos al primer piso. El buen gusto de la decoración que había visto en el vestíbulo y en el salón estaba presente en todas partes. Abrió la tercera puerta a la derecha del pasillo y me cedió el paso con la mano para que entrara delante de él.

El despacho era enorme, con una mesa de caoba antigua que era una maravilla. En las paredes había varias estanterías con libros y archivadores, y debajo del gran ventanal, por el que entraba muchísima luz, había un sofá de cuero blanco que invitaba a tumbarse y disfrutar de un buen rato de lectura.

Oí cómo se cerraba la puerta lentamente, pero también cómo Alex daba una vuelta de llave, dejándonos allí encerrados. Volví la cabeza despacio por encima del hombro y vi cómo hacía un escaneo completo de mi cuerpo por detrás, fijándose sobre todo en mi culo, que —no es por ser egocéntrica— lo tenía muy bien puesto, de esos respingones que con el pantalón se marcan muchísimo.

—¿Te gusta lo que ves? —le pregunté mordiéndome el labio.

—Bastante. Igual que sé que lo que tú ves también te gusta. Ayer, antes de desmayarme, oí cómo decías que estaba bueno y me llamabas bombón. Además, nada más entrar en el salón me has devorado con la mirada. No lo niegues —me dijo mirándome con intensidad.

Anda, mira, y yo que pensé que no me había oído. Lo mismo tenía suerte y, además de ayudarles, me llevaba una alegría para el cuerpo.

—No tengo por qué negarlo. Cuando veo algo que me gusta, lo digo y punto. Estás para hacerte un traje de saliva y no me importaría ser yo la que te lo hiciera con mi lengua —le contesté, pasándome la lengua por el labio inferior.

Le vi tragar saliva a la vez que sus pupilas se dilataban por el deseo, pero lo bueno tenía que hacerse esperar, al menos un poco más. Estaba segura de que no íbamos a salir de ese despacho sin abalanzarnos el uno sobre el otro.

—¿Empezamos? —le pregunté acercándome al escritorio, donde me senté en una esquina a la espera de que él lo hiciera en su sillón.

—Yo empezaría por otra cosa, pero si te empeñas —me contestó, soltando un suspiro antes de sentarse.

Encendió el ordenador y, pasados unos segundos, se conectó al servidor central de la empresa, algo que solo él podía hacer por ser el CEO. Me enseñó el programa que utilizaban; era uno que yo conocía, así que le dije que se ahorrara la explicación de su funcionamiento. Empezó a abrir archivos con las cuentas de años anteriores.

Me incliné un poco sobre la mesa porque, aunque había girado la pantalla, no lo veía bien. Entonces hizo algo que no esperaba: apartó varias cosas del escritorio, me agarró por la cintura y me atrajo hacia él para bajarme y sentarme en su regazo, quedando ambos de cara a la pantalla, con su pecho pegado a mi espalda.

—Así lo verás mejor —me susurró al oído.

Claro que sí, chato, pensé. Que tuviera mi culo apoyado sobre su miembro, que a los dos segundos ya noté duro, no tenía nada que ver.

—Verlo lo veo mejor, pero también noto muy bien otra cosa —le contesté.

—Y más que la vas a notar cuando esté dentro de ti —me respondió, pasando la lengua por mi cuello antes de darme un pequeño mordisco.

—¿Ya no te importa que sea una cría? —le pregunté, soltando un jadeo mientras apretaba mi culo contra su miembro.

—Ahora mismo me importa todo una mierda, como si se cae el mundo. En lo único que puedo pensar es en hacerte mía. Estoy tan cachondo que no puedo pensar con claridad y mucho menos trabajar.

—¿Y a qué estás esperando? —le contesté, volviendo la cabeza para mirarle con lujuria.

No me respondió. Me dio la vuelta y se lanzó a comerme la boca como si se le fuera la vida en ello. Dios mío, qué fogosidad tenía ese hombre; solo de pensarlo mis braguitas se empaparon.

Sin dejar de besarme, desabrochó mis pantalones y tiró de ellos con fuerza para bajármelos, arrastrando mis bragas de paso, y volvió a acercarme a él. Pasó la mano por mi sexo y, cuando notó mi humedad, un gruñido salió de su garganta. Separó mis pliegues para tocarme bien y, sin esperármelo, introdujo dos dedos en mi interior. Empezó con movimientos lentos, pero cuando notó que mis caderas iban a su encuentro, aceleró el ritmo.

Separó sus labios de los míos y con la mano libre tiró de mi blusa, sacándomela por la cabeza. Bajó las copas de mi sujetador y, al ver mis pezones duros por la excitación, se lanzó a por ellos: los lamió, besó y mordisqueó, pasando de uno a otro sin descanso. Aceleró aún más el ritmo de sus dedos, frotando también mi clítoris con el pulgar. Dos minutos fue todo lo que pude aguantar antes de que mi cuerpo se tensara con el orgasmo que me sacudió.

No tuve tiempo ni de recuperarme. Con un movimiento rápido me dio la vuelta y me tumbó sobre el escritorio, apoyando los pechos en la madera. Oí cómo se bajaba los pantalones de un tirón. Agarró mis caderas y, con una fuerte estocada, se introdujo dentro de mí. Sus embestidas eran rápidas y firmes, sin tregua ni descanso; entre los dos solo había lujuria y pasión.

—Taly, tócate, necesito que te corras conmigo —me pidió entre jadeos.

Acerqué los dedos a mi clítoris para aumentar el placer y, cuando notó que mi orgasmo se acercaba por la manera en que mi cuerpo lo apretó, aceleró aún más sus movimientos hasta que los dos llegamos al clímax.

Capítulo 10



Alex

Desde el primer momento que la vi delante de mí en el salón la deseé de una manera irracional; jamás en la vida me había sentido tan atraído por una mujer. Era tan joven y bonita que, mientras hablábamos, tuve que apartar varias veces de mi mente todas las maneras en las que pensé hacerla mía. Deseaba saborearla, besarla, adorar su cuerpo hasta el agotamiento, pero, sobre todo, deseaba hundirme en ella.

Pensé que sería una mujer tímida e inexperta por su corta edad, pero no podía estar más equivocado. La forma en la que me miró cuando entramos en mi despacho, cómo me provocó con sus palabras, su sinceridad al decirme que también le gustaba y me deseaba… Me dejó claro que le gustaba el sexo tanto como a mí y que de recatada y tímida no tenía ni un pelo.

Verla sentada en mi escritorio me puso como una moto, imaginándola desnuda, abierta de piernas para mí, esperando a que la devorara antes de hacerla mía. No pude resistirme; necesitaba tocarla, sentir su cuerpo pegado al mío y saber a qué sabía su piel, esa que olía a dulce y a pecado al mismo tiempo.

La arrastré para sentarla en mi regazo con la excusa de que allí vería mejor la pantalla del ordenador. En cuanto se acomodó encima de mí sentí un aguijonazo en el pecho, como si ese fuera su lugar, como si hubiera nacido para estar pegada a mí.

—Así lo verás mejor —le dije susurrándole al oído, notando cómo se estremecía y movía su culo contra mi miembro, que estaba tan duro y con tantas ganas de salir de mis pantalones que dolía.

—Ver lo veo mejor, pero también noto muy bien otra cosa —me contestó.

—Y más que la vas a notar cuando esté dentro de ti —le respondí, pasando mi lengua por su cuello antes de darle un pequeño mordisco.

—¿Ya no te importa que sea una cría? —me preguntó, soltando un pequeño jadeo mientras apretaba su culo contra mi miembro.

—Ahora mismo me importa todo una mierda, como si se cae el mundo. En lo único que puedo pensar es en hacerte mía. Estoy tan cachondo que no puedo pensar con claridad y mucho menos trabajar —le contesté, frotándome contra ella.

—¿Y a qué estás esperando? —me replicó volviendo la cabeza para mirarme con lujuria.

Hasta ahí llegó mi contención. Con esa pregunta, mis instintos más animales tomaron posesión de mí. Le di la vuelta y no paré de tocarla, besarla y adorar sus tetas y su boca hasta que se corrió en mis dedos, pero necesitaba estar dentro de ella; era como si mi vida dependiera de ello. Apoyándola bocabajo en mi escritorio, la follé por detrás sin descanso, embistiéndola una y otra vez, con prisas, fuerte, como a mí me gustaba, y por sus gemidos y por cómo me apretaba, supe que a ella le estaba gustando tanto como a mí. Los dos llegamos juntos al clímax, jadeantes, sudorosos, pero sabiendo que aquello no había hecho más que empezar, porque ni de lejos nos habíamos quedado saciados el uno del otro.

La levanté del escritorio y la giré entre mis brazos para poder besarla. El beso empezó lento, pero pronto subió de intensidad; nos devoramos el uno al otro hasta que necesitamos separarnos para coger aire. Apoyé mi frente en la suya, con la respiración agitada, al igual que la suya.

—Eres puro fuego, no creo que pueda cansarme nunca de quemarme contigo —le dije jadeante.

—Tú eres pura tentación, una a la que no creo que pueda resistirme nunca —me contestó con la respiración aún acelerada.

Me agaché a sus pies y le quité las deportivas que llevaba para poder sacarle los pantalones y las braguitas, que todavía estaban en sus tobillos. Una vez hecho eso, me levanté y con agilidad la despojé del sujetador. Con rapidez me deshice de mi ropa y, cuando nos observamos mutuamente, lo hicimos con ganas, con hambre y con una lujuria difícil de ocultar.

Pasé mis manos por detrás de ella y, agarrando su trasero, la alcé en brazos para que me rodeara con las piernas. Caminé con ella en esa posición sin dejar de mirar esos ojos grises que se habían metido en la cabeza sin permiso y que, por lo visto, no tenían intención de abandonarme pronto, o quizá nunca.

—¿Dónde me llevas? —me preguntó, lamiendo el lóbulo de mi oreja y alternándolo con suaves lametazos en mi cuello.

—A refrescarnos un poco y, de paso, volver a hacerte mía. ¿Te parece bien? —le contesté mordiendo su cuello.

—Me parece una buenísima idea. Pese a tu edad, veo que vas a poder seguirme el ritmo —me respondió la muy cabrona, riéndose y llamándome viejo de paso.

—Cuando te tenga una noche entera en mi cama y te folle durante horas, a ver si al día siguiente te atreves a llamarme viejo —le dije fingiendo enfado, sabiendo de sobra que lo había dicho para picarme por haberla llamado cría.

—Lo creeré cuando lo vea; hasta entonces, permíteme que lo dude —me replicó para seguir provocándome.

—Lo verás, te prometo que lo verás —le dije con determinación.

Abrí la puerta del baño que tenía dentro de mi despacho, que por la cara de sorpresa de Taly no se había dado cuenta de que estaba allí, y no la culpaba. La puerta estaba decorada con el mismo papel de la pared y pasaba totalmente desapercibida.

Sin bajarla, abrí el grifo de la ducha y nos metí a los dos dentro. La apoyé contra la pared y empecé a besarla con urgencia, pero al poco tiempo ella se separó para que dejara de hacerlo. Fruncí el ceño, confuso por su reacción, pero enseguida mis dudas se resolvieron cuando me habló.

—Bájame —me pidió.

Acojonado por su petición, por si la había hecho sentir incómoda o no quería repetir por algún motivo que yo desconocía, obedecí sin rechistar.

—¿Pasa algo? —le pregunté, separándome un poco de ella, pero cuando le miré a los ojos, mi estómago dio un vuelco. Me dedicó una mirada juguetona antes de hablar.

—Que no pienso salir de aquí sin saber a qué sabe el relleno de este bombón —me dijo, pasando su mano por mi pecho y bajándola hasta mi miembro para acariciarlo de arriba abajo.

Cuando comprendí sus palabras y vi que se arrodillaba a mis pies, cogí aire, apoyé la cabeza hacia atrás contra los azulejos y la dejé hacer.

Lamió y succionó sin descanso mi miembro; vaya boca tenía la niña. Esa boca estaba hecha para dar placer, pensé, pero solo a mí, añadió mi lado más primitivo, ese que ya había decidido que esta mujer iba a ser mía y que no quería que ningún otro hombre la tocara nunca más.

Intenté retirarme cuando me fui a correr, pero lejos de dejarme separar, apretó mis nalgas para introducir aún más mi miembro en su boca, tocando su garganta, donde me derramé sin remedio. Cuando se levantó, me miró relamiéndose los labios y me dijo algo que se me instaló dentro del alma.

—Nunca había probado el relleno de nadie, pero desde hoy no creo que haya ninguno que pueda gustarme más. Siempre serás mi bombón favorito.

—Estoy en desventaja; yo también necesito saber a qué sabe tu relleno y tenerlo en mi boca —le dije, arrodillándome a sus pies y pasando una de sus piernas por mi hombro antes de hundir mi cabeza entre ellas.

No le di tregua; hasta que no conseguí probar su sabor no paré de comérmela como si estuviera famélico. En los pocos minutos que estuve devorándola, mi cuerpo se recuperó para un nuevo asalto y, cuando me levanté del suelo, estaba otra vez duro y preparado para otra ronda.

—Agárrate fuerte, que te voy a follar duro —le dije, cogiéndola por las piernas para que volviera a rodearme con ellas.

En los siguientes minutos solo se oyeron nuestros jadeos, mientras el vaho del agua de la ducha nos envolvía. Allí dentro hubo algo más que sexo; hubo una conexión brutal entre dos personas que parecía que se habían estado esperando toda la vida.

Esos pensamientos me acojonaron un poco, no lo voy a negar, porque nunca me había enamorado y pensé que, si eso pasaba algún día, sería muy fácil hacerlo de Taly, y eso era algo que no me podía permitir. En cuanto notara el más mínimo cambio en mi interior, la apartaría de mí sin pensarlo.

Había visto la tristeza en los ojos de mi padre desde que mi madre murió y también la nostalgia en los de mi abuela al recordar a su difunto marido. Solo se sufre cuando se ama y se pierde ese amor, y yo no estaba dispuesto a pasar por algo así.

Salimos de la ducha en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos; nos secamos y volvimos al despacho para vestirnos.

Capítulo 11



Taly

Algo cambió en Alex justo en el momento en que los dos llegamos juntos al clímax en la ducha. No fue algo inmediato ni brusco, sino una sensación sutil, casi imperceptible al principio, como cuando notas que algo se rompe por dentro antes de llegar a escucharlo. Como si un sentimiento de miedo se hubiera instalado en su interior, o de rechazo, pero no hacia mí, sino hacia algo más grande, más poderoso.

Vi cómo, cuando me bajó al suelo y salió de mi interior, levantó un muro invisible entre los dos. Un muro para protegerse de lo que podía llegar a sentir si me dejaba entrar, y eso dolió. Dolió más de lo que esperaba, porque no venía acompañado de palabras ni de reproches, solo de un silencio que lo decía todo.

No hizo falta que dijera nada, ni que se apartara con brusquedad.

Fue un cambio en su forma de tocarme, en la manera de mirarme, en la distancia que empezó a marcar sin darse cuenta. No porque estuviera locamente enamorada de él —cosa que estaba segura de que, en poco tiempo, si yo no levantaba ese mismo muro, acabaría pasando sin remedio—, sino porque vi que era algo que él no estaba dispuesto a permitir, ni tan siquiera como posibilidad.

Durante toda mi vida, por el rechazo de la gente de la que me había rodeado, por envidia, miedo o simplemente porque no entendían que era

diferente, me hice una experta en ocultar el dolor que eso me producía, y esta vez no sería distinto. Alex ya había tomado su decisión: jamás me vería como algo más que una mujer con la que disfrutar un buen rato, no porque no pudiera, sino porque no quería. Y lo supe con una claridad que no dejaba lugar a duda, de esas certezas que llegan sin pedir permiso y se instalan en el pecho aunque no quieras aceptarlas.

Nos vestimos en silencio, uno que pesaba como si una losa hubiera caído sobre nosotros. Cada movimiento parecía torpe, fuera de lugar, como si ninguno de los dos supiera muy bien qué hacer con sus manos ni con lo que acababa de pasar. El ambiente se volvió tenso. Podía notar cómo esa tensión se instalaba en su cuerpo igual que lo hacía en el mío, pero por motivos muy distintos. No se atrevía ni a mirarme; solo parecía querer salir corriendo lo más lejos posible. Decidí ponérselo fácil, igual que había hecho toda mi vida con la gente que no me quería cerca.

Cogió las toallas que habían quedado en el suelo y se fue a llevarlas al baño. Él quería distancia y estaba dispuesta a dársela, y ese fue el momento que aproveché para hacer mi siguiente movimiento.

Me acerqué a mi bolso y saqué de uno de los bolsillos interiores una memoria USB que siempre llevaba conmigo; nunca se sabía cuándo se podía necesitar una, y mira tú por dónde, en ese momento me alegré de ser precavida. Me acerqué al ordenador, seleccioné todos los archivos que quería revisar en primer lugar y le di a copiar. No lo hice con rabia ni con prisa, sino con una calma extraña, la misma que siempre me acompañaba cuando tenía claro lo que debía hacer.

—¿Qué haces? —me preguntó sin mirarme a los ojos cuando me vio quitar la memoria del ordenador, que ya había terminado de copiar todo lo que necesitaba.

—Darte lo que necesitas —le contesté guardándola en mi bolso y colgándomelo al hombro mientras me acercaba a la puerta.

—¿Qué sabrás tú lo que necesito? —me preguntó en tono borde, y ahí estaba lo que yo esperaba. Esa era su manera de protegerse, sacar ese lado de él que, en esta ocasión, ya no me pilló por sorpresa porque estaba preparada.

—Distancia, Alex. Eso es lo que necesitas y es lo que te voy a dar —le dije.

Me miró sorprendido al verme tan segura de lo que estaba sintiendo.

—No te sorprendas tanto. Llevo toda mi vida sintiendo el rechazo de la gente hacia mí. Sé de inmediato cuándo alguien se siente incómodo en mi presencia o cuándo me piden a gritos silenciosos que me aleje porque necesitan espacio.

—No lo entiendes —me contestó pasándose las manos por el pelo, visiblemente nervioso.

—Te entiendo mejor de lo que crees. Te contaré otra cosa sobre mí. Una de las muchas capacidades que tengo es la alta empatía. Eso quiere decir que soy capaz de sentir las emociones de los demás de una manera muy intensa. Algunas veces incluso las comprendo mejor que ellos mismos.

No era algo que soliera contar, pero en ese momento me pareció necesario que entendiera por qué estaba actuando así.

—No sé ni qué decir —me dijo bastante afectado.

—No tienes que decir nada. Descansa, Alex, creo que lo necesitas. Mañana me pasaré por la empresa y le pediré a Lara o a Alonso que me proporcionen lo que necesito. Ni siquiera tendrás que volver a verme si no quieres.

—Claro que quiero volver a verte, solo necesito descansar. Creo que lo que ha pasado… esa conexión que he sentido hace un rato me ha dejado fuera de juego.

No esperaba que reconociera en voz alta que algo inusual había pasado entre los dos.

Me acerqué a él porque no quería irme con un mal sabor de boca después del rato tan bueno que habíamos pasado, ni quería que él se sintiera mal. Me puse de puntillas y posé mis labios sobre los suyos, dejándole un beso suave.

—Hasta mañana, bombón —le dije antes de salir, llamándole así para que viera que, por mi parte, todo estaba bien.

No esperé a ver su reacción. Preferí marcharme con esa imagen, antes de que volviera a levantar el muro.

Bajé las escaleras en silencio, llevándome sobre los hombros el peso de los dos. Unas voces se oían lejanas, distorsionadas, pero distinguí por el tono que eran de mujer. Seguí el sonido hasta una puerta que, por la distribución de la casa, supuse que sería la cocina. Tras tocar con los nudillos y darme paso, confirmé que no me había equivocado.

Allí, junto a los fogones de los que salía un olor maravilloso que envolvía el ambiente, estaba Celia, removiendo con una cuchara de madera lo que prometía ser un guiso delicioso. A su lado, apoyada en la encimera con un vaso de agua en la mano, estaba Lara, y sentada en una silla de la gran isla central, que daba un toque moderno a aquella cocina de ensueño, estaba Carmen tomando lo que parecía una infusión.

—Taly, ¿ya te marchas? —me preguntó Lara extrañada al ver que había estado menos de una hora en el despacho de su hermano.

—Sí, me llevo deberes para casa —le contesté sonriendo—. Prefiero hacerlo así; además, tu hermano tuvo ayer un día complicado y seguro que necesita descansar.

—¿No quieres quedarte a comer, cielo? Celia está haciendo uno de sus guisos estrella —me preguntó Carmen mirándome con cariño.

—Tentador, y mucho por cómo huele, pero no puedo. Quiero sorprender a mi sobrino yendo a recogerlo al cole hoy que puedo.

—Está bien, pero el próximo día que vengas no te libras —me dijo, comprensiva.

Se me encogió un poco el estómago al oírla, porque sabía que seguramente no volvería a pisar esa casa. O al menos, no de la misma manera.

—Claro, la próxima vez no me quedo con las ganas de probar tu comida, Celia. Huele maravillosamente bien —respondí sonriendo.

—Alonso ya se ha ido a la empresa y yo me iba ahora mismo. Si me esperas cinco minutos, cojo el bolso, me calzo y salimos juntas —me propuso Lara.

—Por supuesto, ve. Yo te espero aquí.

Mientras esperaba que regresara Lara, hablé con Carmen y Celia de comida. Les conté que era una negada total en la cocina y que mi hermano y mi cuñada me tenían prohibido acercarme a los fogones.

Nos dirigimos a la salida y, nada más poner un pie en la calle, Lara me miró muy seria.

—¿Qué ha pasado ahí arriba con mi hermano?

Me quedé descolocada por su perspicacia, pero su siguiente comentario me sacó de dudas.

—No es que sea adivina ni nada, es que salta a la vista.

—¿Cómo? —le pregunté frunciendo el ceño, y ella se echó a reír.

—Has subido al despacho con el pelo suelto y seco, y has bajado con él mojado y recogido. Eso me da una pista bastante clara.

Mis mejillas se pusieron del mismo color que mi pelo, delatándome por completo.

—Dios mío, qué vergüenza —me tapé la cara—. ¿Tu abuela se habrá dado cuenta?

—No lo creo. Si no, te lo habría dicho. Cuando la conozcas mejor, sabrás que no tiene pelos en la lengua.

—Menos mal —suspiré, pero al apartar la mirada vi que su sonrisa desaparecía.

—No te vas porque prefieras trabajar en casa, ¿verdad? —me preguntó preocupada.

—Tu hermano necesitaba distancia —me limité a decir.

—Comprendo.

Mi sorpresa debió de ser evidente porque enseguida añadió:

—Conozco a mi hermano mejor de lo que él cree. Voy a arriesgarme a sacar mis propias conclusiones. Os habéis acostado y, cuando se ha dado cuenta de la conexión y la química que tenéis, se ha cagado de miedo y ha levantado un muro, encerrándose en su caparazón.

—Joder, eres buena —dije boquiabierta—. ¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—He visto cómo te miraba durante todo el tiempo que hemos estado en el salón. Nunca le había visto mirar a una mujer así. Ni siquiera a Bianca. Apostaría a que tiene miedo a sentir algo más por ti que solo deseo.

—¿Quién es Bianca? No me digas que tiene pareja porque me caigo muerta aquí mismo.

—Eso es lo que ella quiere ser. Pero él no quiere eso y se lo ha dejado claro mil veces. Aun así, sigue insistiendo. Llevan cerca de dos años acostándose juntos.

—Dios bendito… Tú no te acuestas con alguien durante dos años si no la consideras tu pareja.

—Ninguno lo vemos así. Si lo fuera, mi abuela la conocería, y no es el caso. Nunca ha pisado esta casa. Es más, ella ni siquiera sabe quién es.

—Pero tú y Alonso, sí.

—A la fuerza. Trabaja en la empresa.

Ahí estaba la madre del cordero.

—Me mantendré lo más alejada posible de Alex cuando esté allí. No quiero problemas con esa chica.

Lara soltó una risita.

—¿Qué te hace gracia?

—Lo de «chica».

—¿Por?

—Prefiero que lo veas por ti misma. Cuando la conozcas, lo entenderás.

Decidí cambiar de tema.

—¿Ya habéis pensado cómo hacerlo para que pueda trabajar en la empresa sin levantar sospechas?

—Sí. La mejor manera es que seas su COO. Su mano derecha. Tendrás el mismo poder que Alex para meterte en todos los departamentos. Nadie hará preguntas.

Me pareció una idea brillante.

Antes de despedirnos, quedamos en que al día siguiente estaría allí a las ocho de la mañana.

Me fui hacia la parada del autobús perdida en mis pensamientos. No sabía en qué acabaría todo aquello, pero sí tenía claro algo: el destino había hecho que Alex se subiera a mi taxi el día anterior, y eso cambiaría mi vida para siempre. Y, para bien o para mal, nada volvería a ser igual a partir de ese momento.

Capítulo 12



Taly

Un sonido lastimero salió de mi garganta cuando abrí los ojos; Dios mío, tenía más sueño que un canasto de gatitos. Me dolía hasta pestañear, como si la noche me hubiese pasado por encima con tacones. Necesitaba un café doble o triple para poder ponerme en funcionamiento, porque mi cerebro iba con retraso y mis pensamientos se arrastraban igual que yo.

Miré el reloj de mi muñeca, que marcaba las siete menos cuarto de la mañana. Solo había dormido dos horas y no es que fuera de esas personas que necesitaban dormir ocho para poder funcionar, pero qué menos que cuatro o cinco. Con dos horas lo único que podía hacer era sobrevivir, y ya.

Fui arrastrando los pies hasta el baño para darme una ducha. Cada paso me pesaba como si llevara sacos de arena en los tobillos, y lo peor era esa sensación de tener la cabeza llena de algodón. Cuando me miré en el espejo, pude ver las consecuencias de mi falta de sueño: tenía unas ojeras que parecían los ojos de un oso panda. Eso ni el mejor corrector del mundo sería capaz de ocultarlo. Ni corrector, ni magia, ni una bofetada de realidad. Me eché agua en la cara, me miré otra vez y me salió una mueca resignada. *Bien, Taly, hoy vas a ser productiva… pero por pura cabezonería*.

El día anterior fui a recoger a mi sobrino al cole, como dije que haría. Como era algo que no solía hacer habitualmente, quise hacerlo todavía más especial y, avisando a mi cuñada de que Neizan y yo no volveríamos a casa a la hora de comer, me lo llevé a almorzar al centro comercial que estaba cerca

de casa. Neizan iba feliz, de esos días en los que se te engancha a la mano como si fueras su plan favorito del universo. Pasamos una tarde de tía y sobrino maravillosa. Estuvimos en una librería que a los dos nos encantaba y salimos de allí, cómo no, cargados de libros. Él iba señalando portadas como si fueran tesoros y yo fingía que no me moría de amor por dentro.

Recorrimos las tiendas de juguetes hasta que dimos con un puzle que llevábamos tiempo buscando. Se le iluminó la cara cuando lo vio, como si le hubieran dado un premio. Y, como colofón, entramos en el cine a ver la última película que habían estrenado la semana anterior de superhéroes. Yo me sabía medio argumento por el tráiler, pero me daba igual: lo que me gustaba era escucharlo reírse y verlo emocionarse como si fuera real.

Llegamos a casa pasadas las siete de la tarde y, entre ducharme, charlar un poco con mi hermano y ayudar un rato a Neizan con el puzle, no pude ponerme a mirar los archivos que me había llevado del ordenador de Alex hasta pasadas las nueve de la noche.

Por eso me habían dado las tantas, porque cuando me concentraba con algo, todo lo demás desaparecía a mi alrededor. El reloj dejaba de existir, el mundo se apagaba y yo me metía en mi propia burbuja, una que daba miedo de lo bien que funcionaba… y de lo cara que se pagaba al día siguiente.

Vaya desastre de cuentas que tenía la empresa. Bueno, no desastre en sí, porque lo que había visto no era lo que debería ser. Esas cuentas estaban manipuladas, y muy bien, por cierto. La persona que lo había hecho, desde luego que se había empleado a fondo. No era un chapuzas: era alguien con cerebro, paciencia y práctica. A lo largo de los dos últimos años habían hecho que pareciera que las ventas habían ido bajando, teniendo menos ingresos y que los que había fueran más pequeños, todo ello progresivamente para que no fuera algo demasiado evidente. Una caída lenta, medida, con cuidado… lo justo para que nadie saltara a tiempo. La pregunta que me hacía era: ¿dónde coño estaba el dinero?

Para que me entendáis, la situación era la siguiente: a la hora de recibir un pago, dos euros iban a la empresa y uno al bolsillo de alguien. Es un ejemplo lo que he dicho del euro, porque en una empresa de esas características

tendríamos que hablar de miles o de millones. Y ahí estaba lo verdaderamente indignante: no era un robo puntual, era una sangría constante.

En cuanto llegara a la oficina, tendría que reunirme con los tres hermanos y ponerles al tanto de cómo estaban las cosas, algo que no sería plato de buen gusto. A nadie le haría gracia enterarse de que seguramente alguno de sus empleados, o varios, les estaban robando ante sus narices. Ni a ellos, ni a la abuela Carmen, ni a nadie con un mínimo de dignidad.

Después de la ducha fui al armario. No era una persona que se tirara las horas muertas pensando qué ponerse; con estar cómoda y fresquita, porque ese día apretaría el calor, me valía. Elegí un vestido blanco de tirantes que me llegaba por encima de la rodilla, pero no de esos ajustados, sino de los que la falda tenía un poco de vuelo. Ni demasiado elegante ni demasiado informal; era lo justo para ir a trabajar y sentirme bien. Además, tenía ese punto de «vengo seria, pero no me apagues la chispa», que era exactamente como me sentía.

Fui a la cocina sin hacer ruido. Toda mi familia estaba durmiendo a esas horas y no quería molestarles. Mientras me preparaba el café, recordé la conversación que había tenido el día anterior con mi hermano, en la que le había dicho que no podría hacer el turno del taxi desde las dos porque saldría de la empresa más tarde.

Me llamó loca y me dijo que ni desde las dos ni desde ninguna; que si ahora tenía un nuevo trabajo, el taxi se acabó para mí. Le dije que aceptaba con la condición de que me dejaran aportar parte del sueldo que me pagarían en la empresa de los hermanos. Me costó convencerle, pero al final aceptó a regañadientes. Ni por asomo iba a estar allí viviendo sin ayudarles; vamos, eso sería lo último. Demasiado hacían ya por mí y yo no sabía vivir sintiéndome una carga.

Dejé recogida la cocina, me lavé los dientes, cogí el bolso y la carpeta con todos los apuntes que había hecho durante la noche y me marché, no sin antes dejarles a los tres una nota en la encimera de la cocina deseándoles buen día. Una nota simple, pero con cariño, porque al final eso era casa, aunque yo no hubiera nacido en ella.

El trayecto en autobús duró veinte minutos en los que me dediqué a recordar el rato que había pasado con Alex en el despacho de su casa. Madre mía, solo con pensarlo me ponía tontorrona. Y también me ponía alerta, porque una cosa era el deseo y otra el lío en el que estaba metida. Aun así, mi cuerpo recordaba demasiado bien ciertas cosas y mi mente se iba sola a donde no debía.

Llegué a la parada de la calle Colón a las ocho menos veinte. Como aún era temprano, me acerqué a una de las cafeterías que conocía muy bien por el tiempo que llevaba trabajando allí, en la que hacían un café buenísimo. Pedí uno para llevar con leche y caramelo, que era de los que más me gustaban. Ese era mi pequeño vicio y mi salvavidas: dulce, caliente y con el poder de resucitar muertos.

Cuando entré por la puerta, el vigilante de seguridad que estaba allí me paró. Era un hombre de unos cincuenta años, bastante más alto que yo y que imponía con su sola presencia, pero que tenía una mirada amable y confiable. De esos hombres que te inspiran respeto sin necesidad de levantar la voz.

—Buenos días, señorita. ¿Dónde se dirige? —me preguntó muy amable.

—Buenos días, mi nombre es Natalia Blasco y hoy es mi primer día de trabajo aquí.

—Encantado, Natalia. Yo soy Alberto. ¿Sabe dónde tiene que ir? ¿O necesita que le indique?

—Lo primero, llámame Taly, por favor, y respondiendo a tu pregunta… no tengo la más remota idea —le dije sonriendo.

—Alberto, no te preocupes, nosotros nos encargamos —dijo una voz detrás de nosotros, una voz que me hizo estremecer.

Me giré y allí estaban los tres hermanos, cada uno con una mirada diferente. En la de Alonso, aparte de haber sueño, también había picardía; seguramente su hermana le había puesto al tanto de todo lo que había pasado el día anterior. La de Lara era de complicidad, pero también había diversión; *capulla* la llamé en mis pensamientos, pero con cariño, eh.

Pero la mirada que más me desconcertó fue la de Alex: me miraba de una manera ardiente, como si fuera un lobo y yo su presa a la que saltaría encima en cualquier momento. Tragué saliva y aparté de mi cabeza todas esas imágenes que se me vinieron a la mente, en las que me dejaba comer… y mucho más por él. Me obligué a respirar normal, a poner cara de profesional y a recordar que estábamos en una empresa, no en su maldito despacho.

—Buenos días, chicos —les saludé.

—Buenos días —me contestaron los tres a la vez.

—Muchas gracias por tu ofrecimiento de ayudarme, Alberto, pero creo que ya tengo quien me guíe y me diga dónde tengo que ir.

—De nada, cualquier cosa que necesite ya sabe dónde estoy. Que tengan un buen día —contestó Alberto y volvió a su mesa para seguir haciendo su trabajo.

—Vaya ojeras que me traes. ¿No has dormido o qué? —me preguntó Lara preocupada cuando se fijó bien en mi cara.

—Apenas dos horas; he tenido una noche emocionante —le contesté guiñándole un ojo.

—Pues la compañía sería estupenda, porque si solo has dormido dos horas no me importaría a mí lucir unas ojeras como esas y haber sido yo el que te acompañara —añadió el muy cabrón de Alonso, mirando de reojo a Alex, que estaba apretando los dientes tan fuerte que, si seguía así, se le romperían en cualquier momento.

—La próxima vez te llamo, así a la mañana siguiente podremos lucir ojeras a juego —le contesté, siguiéndole el juego—. Ahora en un rato os contaré todo lo que hice anoche, os vais a quedar alucinados —añadí sonriendo.

—No creo que nos interese conocer tus andanzas nocturnas —dijo Alex con ese tono borde que, en vez de hacerme sentir rechazo hacia él, me ponía cachonda.

—Ya lo creo que os interesa saberlo todo, más que nada porque ya sé lo que está pasando aquí o, al menos, una parte —le dije sonriendo.

—No entiendo —dijo Alex confundido.

—Mi noche ha sido emocionante porque he conseguido revisar todos los archivos que me llevé ayer de tu ordenador y he conseguido averiguar cosas importantes.

Su cara de sorpresa cuando dije eso no tenía precio: sus ojos y su boca se abrieron a más no poder. Alonso y Lara soltaron una risita y me miraron asintiendo, como dándome la enhorabuena por haber dejado a su hermano sin palabras.

Me acerqué hasta Alex y, con la mano que tenía libre —porque en la otra seguía el vaso de café que aún no me había terminado—, la subí hasta su cara y con dos dedos en su barbilla hice que cerrara la boca antes de susurrarle para que solo él me oyera:

—Cierra la boca, bombón, que en verano hay muchas moscas y se te puede meter una. —Y, como punto final, besé mi dedo índice y le di un toque en sus labios para que se quedara aún más descolocado.

—Deberíamos subir a tu despacho para hablar y que Taly pueda explicarnos todo; este no es un buen sitio para hablar de esto —le dijo Alonso a su hermano.

—Tienes razón, subamos —nos dijo Alex a todos, dándose la vuelta para dirigirse al ascensor.

Entramos en el ascensor y Alex se puso al final, pegado a la pared; yo, delante de él, y Alonso y Lara delante de mí, de cara a la puerta. La empresa tenía ocho plantas y, al ver que Lara pulsaba el número ocho, imaginé que el despacho del CEO estaría allí.

Nada más ponerse en marcha el ascensor, la mano de Alex agarró mi cintura y me pegó a él. Pude notar perfectamente el bulto en sus pantalones, el cual frotó contra mi trasero. Se separó un poco para meter su mano bajo mi

vestido y llegar hasta mi centro desde atrás, el cual acarició y apretó, pero no con fuerza; lo justo para prometer. Acercó su boca a mi oído.

—Vas a pagar muy caro el haberme hecho creer que habías pasado la noche con otro tío; en cuanto nos quedemos solos te voy a arrancar las bragas y voy a follarte tan duro que después no vas a poder sentarte —me dijo a la vez que dejaba un mordisquito en el cuello.

Con que esas teníamos, ¿eh? Bien, pues a ver quién podía más. Metí mi mano libre entre los dos y acaricié su miembro por encima del pantalón, dándole de paso un par de apretones. Volví mi cara hacia él y acerqué mi boca a la suya; saqué la lengua y lamí sus labios con una pasada rápida.

—Estaré ansiosa esperando que llegue ese momento; hoy me apetece mucho volver a saborear el relleno de mi bombón favorito —le dije entre susurros.

Sus pupilas se dilataron tanto que apenas se distinguía el azul de sus ojos; la lujuria se había apoderado de él al darse cuenta del alcance de mis palabras. Estaba segura de que si hubiéramos estado solos en el ascensor, no habría salido de allí sin llevarme un par de orgasmos, por lo menos.

El ascensor paró y tuvimos que separarnos, aunque antes de salir vi por el rabillo del ojo cómo Alex agarraba su miembro por encima de los pantalones para colocarse la enorme erección que tenía. Eso me hizo sonreír; me gustaba ser la culpable de que estuviera en ese estado. Me gustaba demasiado, y ese «demasiado» era exactamente lo que iba a meterme en problemas.

Capítulo 13



Alex

Me senté en la cama con la toalla envolviendo mis caderas y suspiré. Tenía la cabeza como un bombo desde la tarde anterior, justamente desde que Taly se había marchado de mi casa. Me porté con ella como un imbécil, sacando mi lado borde, ese que siempre salía a la luz cuando me ponía a la defensiva. Después de darle muchas vueltas durante horas, llegué a la conclusión de que mis miedos eran irracionales.

Mi padre había sufrido cuando perdió a mi madre, sí, pero también habían sido muy felices todos los años que estuvieron juntos. No arriesgarse a estar con alguien por miedo a perderla y sufrir haría que me perdiera todo lo bueno que se puede vivir al lado de la persona que amas. Que no es que amara a Taly ni mucho menos, pero me di cuenta, por la conexión que tuvimos, de que sería muy fácil enamorarme de ella. No solo la deseaba, que eso lo hacía y mucho, es que también me gustaba todo de ella. Era inteligente, simpática, tenía carácter, pero lo mejor es que tenía un gran corazón y daba sin pedir nada a cambio.

Durante las horas que pasé en vela durante la noche pensando en ella, decidí que, por una vez en la vida, bajaría ese muro que me había impuesto yo mismo y, si ella quería —que esa era otra, lo mismo me estaba yo montando una película en la cabeza y ella no quería conmigo nada más que pasar un buen rato—, la dejaría entrar en mi corazón. Vamos, que me dejaría llevar a ver hasta dónde me llevaba la vida y si ella se quedaría en ella.

Con esa decisión tomada me sentí mucho mejor. Estaba deseando llegar a la empresa para verla; tendría que hablar con ella y ver qué pensaba al respecto de lo que sentimos juntos el día anterior, porque tenía claro —o al menos eso esperaba— que ella también había sentido lo mismo que yo.

También tenía claro que debía poner fin a lo que fuera que tenía con Bianca, porque aquello no podía seguir así. Sabía que no iba a ser fácil y que ella no me pondría las cosas sencillas. No era una mujer que aceptara un no por respuesta y, con lo celosa que era, estaba seguro de que montaría uno de sus numeritos en cuanto se enterara de que no quería verla más porque estaba interesado en otra mujer.

Una mujer que, además, la superaba en casi todo: en belleza, en carisma y, sobre todo, en juventud. Que Bianca no estaba mal para la edad que tenía; a sus cuarenta y siete años no aparentaba más de cuarenta, aunque gran parte de ello se debía a las veces que había pasado por el quirófano para hacerse esos arreglitos que ella llamaba «retoques». En fin, tendría que lidiar con ella lo mejor que pudiera.

Me levanté de la cama y volví al baño para dejar la toalla en el cesto de la ropa sucia antes de meterme en mi vestidor para elegir qué ponerme. Opté por un pantalón de traje gris marengo y una camisa azul cielo; no me pondría la chaqueta, hacía un calor de mil demonios. Lo que sí que cogí fue una corbata, también gris. No es que me entusiasmara ponerme trajes a diario; prefería mil veces unos vaqueros, pero siendo el CEO de la empresa, tenía que dar una imagen.

Vestido, perfumado y de buen humor —ese que esperaba que nadie me tocara las narices y me lo cambiara—, bajé a desayunar.

Sentados en la isla de la cocina estaban mis hermanos charlando y riendo mientras Celia les servía el desayuno. Mi abuela seguiría durmiendo; no solía levantarse tan temprano, aunque había días que nos sorprendía y se presentaba allí a esas horas para desayunar con nosotros, pero hoy no era uno de esos días.

—Buenos días —les dije a todos mientras me sentaba, sonriendo.

—Buenos días, hermano. ¿Y ese buen humor que me traes de buena mañana a qué se debe? Esto no es normal en ti, que siempre hay que esquivarte por las mañanas para que no nos muerdas —me dijo el capullo de Alonso, pero lo peor de todo es que llevaba razón; por las mañanas solía ser persona *non grata* hasta que me tomaba, como mínimo, un café.

—Yo apostaría sin riesgo a equivocarme a que en ese buen humor que lleva tiene algo que ver cierta pelirroja de ojos grises, que aparte de ponerle cachondo le tiene la cabeza volada —dijo mi hermana y se quedó tan pancha. Otra capulla que me había calado desde el minuto uno y a la que tenía que darle la razón porque había acertado totalmente.

—¡Niña! —le dijo Celia a mi hermana, escandalizada, pero riéndose.

—Vamos, Celia, que hay confianza y nos has oído decir cosas peores. Además, sabes que tengo razón. Todos vimos ayer cómo saltaban chispas entre ellos —le dijo mi hermana sin dejar de reírse.

—Chispas, truenos y un huracán pueden provocar estando juntos, porque estamos en verano; si no, ayer en el salón no hubiera hecho falta poner la calefacción. Ellos dos solos se encargaron de subir la temperatura de la sala varios grados —añadió Alonso, acompañando a mi hermana y a Celia en sus risas.

—¿Me vais a tocar los cojones mucho con este tema? —les pregunté, pero en tono de broma.

—No lo sabes bien, hermano —me dijo, dándome una palmada en la espalda—, pero vamos, que si te molesta con no volver a acercarte a ella se acabarán las bromas. Eso sí, si lo haces yo me quedo con ella porque está buenísima.

—Ni la mires, es mía —le contesté, poniéndome serio, porque aunque sabía que me lo decía en broma, un sentimiento de celos pensando en ellos dos me atravesó el pecho.

—Uy, ha sacado la vena cavernícola. Cuidado, Alonso, que te muerde, pero de verdad —le dijo Lara.

—Venga, chicos, dejad a Alex tranquilo y desayunad, que al final llegaréis tarde —dijo Celia, cortando las bromitas, esas que estaba seguro de que no dejarían de lado.

Cambiamos de tema y nos pusimos a hablar del cumpleaños de mi abuela, que sería en breve. Teníamos pensado darle una fiesta sorpresa; no todos los días se cumplían setenta años. Queríamos que fuera algo no demasiado grande, solo nosotros y algunos amigos. La cena la haríamos en casa y después le daríamos los regalos y tomaríamos unas copas.

Salimos para la empresa a las ocho menos cuarto. Eso era lo mejor de vivir tan cerca, que nos ahorrábamos el tener que desplazarnos y comernos el tráfico de las horas punta. Nada más entrar por la puerta, allí estaba ella, hablando con Alberto, nuestro vigilante de seguridad, que controlaba a todo el que entraba y salía de la empresa. Estaba preciosa, con su melena pelirroja suelta que le llegaba casi hasta el trasero y un vestido blanco que le quedaba como un guante. Solo de pensar lo que había debajo de él, mi miembro dio un salto dentro de mis pantalones.

Nos acercamos hasta ellos y le dije a Alberto que ya nos ocupábamos nosotros. Vi cómo su cuerpo reaccionaba a mi voz por cómo se tensó al oírme. Se dio la vuelta para saludarnos con una sonrisa preciosa, esa que me tenía fascinado, pero cuando me fijé en sus ojos, vi que estaban marcados por unas ojeras, seguramente de no dormir. Lara le preguntó a qué era debido y ella le contestó que por pasar una noche emocionante.

Oírla decir eso y pensar que podía ser porque hubiera pasado la noche con otro hombre me puso de una mala hostia que no os lo podéis ni imaginar. Y por si con eso no tenía bastante, el gilipollas de mi hermano echó más leña al fuego diciéndole que la próxima vez lo llevara a él. Apreté los dientes con tanta fuerza que poco más y me los hubiera partido.

Creo que Taly, al verme en ese estado y temiendo que explotara, se apresuró a explicar que su noche emocionante había sido porque había descubierto cosas importantes de la empresa. La cara de sorprendido que puse en esos momentos, con la boca totalmente abierta, debió de hacerle gracia a la descarada de Taly porque se acercó a cerrármela y, de paso, besó su dedo para después ponerlo sobre mis labios. Dios, esta mujer iba a ser mi perdición. Si

no hubiera tenido que guardar la compostura por donde nos encontrábamos, me la hubiera cargado al hombro y me la hubiera llevado a la cama más cercana… bueno, o sin cama, me dije a mí mismo; con estar solos me hubiera bastado.

Nos dirigimos los cuatro hacia los ascensores porque, como dijo mi hermano, ese no era un buen lugar para hablar de ciertos temas y lo mejor sería hacerlo en mi despacho. Pasé en primer lugar y Taly se colocó delante de mí, ahí tentándome con esas piernas, ese vestido, ese culo respingón y, coño, no pude resistirme y tampoco quise hacerlo más. La agarré por la cintura y la pegué contra mí. Metí la mano debajo de su vestido y empecé a acariciar su centro por encima de sus braguitas, dándole pequeños apretones. Acerqué mi boca a su oído y le susurré:

—Vas a pagar muy caro el haberme hecho creer que habías pasado la noche con otro tío; en cuanto nos quedemos solos te voy a arrancar las bragas y voy a follarte tan duro que después no vas a poder sentarte —le dije a la vez que le daba pequeños mordiscos en su cuello.

Antes de contestarme, metió la mano entre nosotros y me agarró la verga para hacer lo mismo que yo le estaba haciendo a ella, pero no se quedó ahí: fue un paso más allá. Volvió su cara y chupó mis labios. Qué pena del sitio en el que estábamos y encima acompañados, porque en lo único que podía pensar era en comerle la boca… bueno, en comérmela entera, para qué vamos a engañarnos.

—Estaré ansiosa esperando que llegue ese momento; hoy me apetece mucho volver a saborear el relleno de mi bombón favorito.

Cuando entendí sus palabras, a mi cabeza me vino la imagen de cómo me la había comido el día anterior y, solo de recordarlo, casi me corrí en los pantalones. Menos mal que el ascensor paró y salimos de allí, si no, no sé qué habría pasado. Tuve que recolocarme bien el miembro para que mis hermanos no se dieran cuenta antes de entrar en el despacho.

Capítulo 14



Taly

Menos mal que en el despacho de Alex tenían puesto el aire acondicionado, si no, entre el calor que hacía ya en la calle y el calentón que teníamos los dos, habríamos salido de allí los cuatro en llamas. Alex se colocó la erección al salir del ascensor, pero mis bragas estaban chorreando y, ante eso, no pude hacer nada; aguantarme era el único remedio que me quedaba.

Antes de pasar al despacho, todos saludamos a la secretaria de Alex, una mujer muy amable, con el pelo cano y una vestimenta que me recordó a Mary Poppins. Se llamaba Beatriz y, solo con ver la familiaridad con la que trataba a los tres hermanos, supe que esa mujer los conocía desde hacía mucho tiempo. Lara me lo confirmó mientras cruzábamos el umbral, cuando me dijo que había sido la secretaria de su padre desde que entró a trabajar allí hasta su muerte.

La estancia era enorme y estaba decorada con el mismo gusto que su casa; todo estaba en sintonía y muy bien colocado. Tenía un escritorio parecido al de su vivienda, del mismo tono caoba. Un sofá de tres plazas de color crema hacía juego con el estor que colgaba del gran ventanal al fondo del despacho. En una esquina había una pequeña mesita en la que se encontraba una cafetera de cápsulas y, debajo de esta, un minifrigorífico. En el lado contrario, una mesa ovalada bastante grande con seis sillas.

Fue en esa mesa donde nos sentamos los cuatro, después de que Alex nos preguntara si queríamos un café. Alonso y Lara le dijeron que no y yo levanté

mi vaso, haciéndole ver que ya estaba servida.

—Bien, Taly, pues tú dirás. Cuéntanos qué has descubierto, que nos tienes en ascuas —me dijo Alex mientras se subía las mangas de la camisa, enrollándolas hasta los codos.

Esa imagen me pareció supersexi y tuve que apartar la vista de él porque, si no, no me centraría en toda la reunión y acabaría babeando encima de la mesa.

—Lo primero… —apenas dije dos palabras cuando la puerta del despacho se abrió.

Entró una mujer muy altiva, como Pedro por su casa, sin haber llamado antes ni nada. Eso ya me tocó las narices; no soportaba la falta de educación y me daba igual quién fuera esa tía, pero solo por eso y por cómo caminó hasta llegar a la mesa, como si fuera la dueña del lugar, me cayó mal y no pude callarme.

—Perdona, ¿a ti no te ha enseñado nadie que, cuando se entra en un sitio en el que la puerta está cerrada, hay que llamar antes y esperar a que te den paso o qué?

Alonso y Lara me miraron con ¿admiración?, pero Alex se tensó tanto que parecía petrificado. ¿Por qué?, me pregunté.

—¿Y a ti no te han enseñado que cuando van a hablar los mayores los niños se callan? —me contestó la tía con toda su chulería.

Bueno, esta no sabía con quién había caído.

Iba a contestarle, pero Alex se adelantó y habló antes que yo.

—Bianca, estamos reunidos. ¿Puedes volver después, por favor? —le pidió con amabilidad.

Yo me quedé loca; no sabía si había oído bien cómo la había llamado, así que acerqué mi cabeza a Lara, que estaba sentada a mi lado, y susurré para que solo ella me oyera:

—No estoy alucinando, la ha llamado Bianca, ¿verdad?

Lara asintió con la cabeza y la risa que se le escapó al ver mi cara, que debía de ser un poema, tuvo que amortiguarla tosiendo.

—Pero si podría ser su madre —dije más para mí que para Lara, añadiendo mientras miraba a Bianca de arriba abajo.

Estaba pensando en eso cuando pasó algo que me sentó como si me tiraran un jarro de agua helada por la cabeza.

Bianca se acercó a Alex y se sentó en su regazo. Agarró su cara con las dos manos y le plantó un señor besazo. Mientras lo besaba, Alex no apartó la mirada de mí en ningún momento y eso me dolió.

Que no quería nada conmigo me quedó clarísimo el día anterior, pero su comportamiento en el ascensor me había dado una pequeña esperanza de que quizá estaba equivocada. No había sido así. Solo era un juguete nuevo, su segundo plato, y por ahí sí que no estaba dispuesta a pasar.

Cuando a la señora le pareció oportuno, se retiró y le dijo con voz melosa:

—Solo venía para darte los buenos días, amor. Pero ya me marcho y os dejo trabajar. Cuando terminéis, avísame y vengo a dártelos en condiciones; esto me ha sabido a poco y sé que a ti también

El asco que me dio verlos así hizo que se me revolviera el estómago. Aparté la mirada y me dediqué a colocar los papeles que había traído en la carpeta de mi casa. Oí cómo Alonso gruñía y Lara resoplaba a mi lado.

Bianca se levantó de encima de Alex y, con la misma chulería y altivez con la que había entrado, se marchó sin decir ni adiós.

La tensión que se instaló en el despacho se podía cortar con un cuchillo; nadie era capaz de decir nada después de la escenita que habíamos tenido que presenciar.

Mi corazón bombeaba a tal velocidad que estaba segura de que todos en ese despacho fueron capaces de oírlo. Intenté calmarme, igual que siempre

que me encontraba en una situación desagradable, y por desgracia, a lo largo de los años había vivido muchas. Cerré los ojos un momento y empecé a decir la tabla periódica por orden, murmurando:

Hidrógeno, helio, litio, berilio, boro, carbono, nitrógeno, oxígeno, flúor…

Hasta ahí llegué, porque un carraspeo a mi lado me hizo volver a la realidad.

—Taly, ¿puedes empezar, por favor? —me preguntó Lara.

Giré la cabeza para mirarla y sus ojos detonaban decepción. Asentí y ella me dedicó una sonrisa triste, a la cual yo correspondí de la misma manera. Nos entendimos a la perfección sin palabras y eso me gustó. Nunca había tenido una amiga y quizás Lara podría llegar a serlo, pensé con esperanza, porque realmente me caía muy bien.

—Por supuesto. Hice copias para todos y os subrayé dónde están los fallos. Bueno, los he llamado fallos por decirlo de alguna manera, pero la verdad es que no lo son. Os lo explicaré de forma sencilla y directa. Alguien de la empresa, yo creo que al menos dos personas, os están robando.

—¿Perdona? —dijo Alex, alterado.

—¿Lo dices en serio? —añadió Alonso, alucinando.

—Totalmente en serio. Como podéis ver en los papeles que os he entregado, desde hace aproximadamente dos años se ve claramente un descenso de las ventas, eso implica que haya menos ingreso de dinero. Como podéis observar, la línea va progresivamente descendiendo poco a poco para que parezca que la empresa se va a pique de manera gradual. Pero es solo un espejismo. La verdad es que quien lo ha hecho se lo ha currado mucho.

—A ver si te estoy entendiendo… Eso quiere decir que la empresa ha seguido vendiendo bien, pero que nos han hecho creer lo contrario —me preguntó Alex.

Sin mirarle a la cara, como llevaba haciendo todo el rato que llevábamos hablando, asentí.

—Exactamente. Estas cuentas están manipuladas. Las ventas van bien, pero el dinero no llega en su totalidad a la cuenta de la empresa porque alguien se está quedando con parte de él, haciéndoos creer que no se vende.

—¿Y dónde cojones está el dinero, según tú? Porque si no se ingresa en la cuenta de la empresa, en algún sitio tiene que estar —volvió a preguntarme.

—¿Cómo es posible que hayan hecho eso y no nos hayamos enterado? —me preguntó Lara, visiblemente afectada.

—Muy sencillo. Os pondré un ejemplo: en una facturación real de mil euros, en la cuenta de la empresa se ingresan seiscientos y los otros cuatrocientos se los queda la persona que os está robando.

—¿Qué quieren conseguir con todo esto? ¿Qué sacan haciéndonos pensar que la empresa está a punto de hundirse? —me preguntó Alonso.

—Que estéis desesperados y aceptéis cualquier ayuda que alguien os ofrezca —le contesté.

—Arnau… —dijo Lara, acertando en mi suposición.

—Arnau, eso es. Creo que es una de las personas implicadas en esta trama. Quiere matar dos pájaros de un tiro: conseguir cumplir el capricho de su hija obligando a Alex a casarse con ella. Cuando te vaya a dar el dinero, te pedirá las cuentas y una persona como él, que es un negociante nato, te convencerá de que meter dinero no es la solución, porque evidentemente no lo es.

»Por mucho capital que os presten, si siguen robando, el año que viene estaréis igual o peor. Te ofrecerá comprar la empresa porque, con sus contactos y poniendo alguna de sus otras empresas como aval, él sí será capaz de devolverla a todo su esplendor. Y oye, siendo familia como lo vais a ser, seguramente te dejará seguir siendo hasta el CEO, pero el dueño será él.

—¿Crees que la persona que se está llevando el dinero está compinchada con él? —me preguntó Alonso.

—Sí. Esa persona, en el momento en que Arnau sea el dueño, no robará más. Con todo lo que se ha llevado durante estos dos años estará conforme. Así, el funcionamiento volverá a ser normal en los ingresos y Arnau no tendrá

que poner ni un euro de su bolsillo para sacar la empresa de la ruina, porque no hay tal ruina.

—¿Estás convencida de esto? —me preguntó Lara.

—Sí. Es un plan brillante. No es por tirarme flores, de verdad que no, pero cualquier persona que hubiera visto todas las cuentas, por mucha contabilidad que haya estudiado, no habría sido capaz de verlo. Hay que mirar más allá para encontrar una cosa así.

—Vale, lo de Arnau me ha quedado claro. Es un cabrón que siempre ha querido la empresa. Cuando mi padre vivía, le achuchó durante años porque quería asociarse con él y mi padre nunca pasó por el aro. Lo que me preocupa es cómo vamos a descubrir quién es la persona que nos está robando —me dijo Alex.

—Observando. Vosotros no veréis cosas raras porque lleváis viendo a las mismas personas durante años y un comportamiento que sea inusual lo veréis como lo más normal del mundo, porque es a lo que estáis acostumbrados.

»Pero yo no. Para mí todos son nuevos, no conozco a nadie y, si alguien hace algo raro, lo veré enseguida. Además de eso, echaré un vistacito a sus cuentas bancarias sin que lo sepan y, de paso, a sus ordenadores también.

—¿Eres capaz de hacer eso? —me preguntó Lara, alucinada.

—La soledad te lleva al aburrimiento y el aburrimiento te lleva a hacer cosas para distraerte. Los ordenadores se me dan bastante bien —le contesté, guiñándole un ojo.

—Joder, ¿cuántos talentos ocultos tienes? —me preguntó Alonso, riéndose.

—Aún me queda algún conejo más que sacar de la chistera, pero lo guardaré para más adelante —le contesté riéndome, y él soltó una carcajada.

—Pues cuanto antes empecemos a trabajar, antes cogeremos a esos desgraciados. ¿Vamos a mi despacho para que firmes el contrato? —me preguntó Lara.

Yo asentí, levantándome de la silla al mismo tiempo que lo hacían ella y Alonso.

—Taly, quédate un momento, por favor. Me gustaría hablar contigo de algo —me dijo Alex.

Dudé qué hacer, porque no quería escuchar lo que tenía que decirme, sabía que me iba a doler, pero al final cedí.

—Quédate, te espero en mi despacho cuando acabes —me dijo Lara, acariciándome el brazo para darme ánimos.

Asentí y los dos se marcharon.

Capítulo 15



Alex

Me cagué en todo mil veces, entre lo que nos había contado Taly de que nos estaban engañando vilmente para hacernos creer que estábamos al borde de la ruina, mientras unos hijos de puta —porque no se les podía llamar de otra manera— nos estaban robando sin que nos enteráramos, quedándose con nuestro dinero, ese que ganábamos honradamente.

Y lo de Arnau… eso sí que era para tirarse de los pelos también; no tenía bastante con querer encasquetarme a su queridísima hija, sino que además se quería quedar con la empresa de mi familia. Pues lo llevaba claro, porque eso no iba a pasar de ninguna manera.

Por otra parte, la aparición de Bianca en mi despacho me había jodido, pero bien. Cualquier posibilidad que tuviera de tener algo con Taly, con su entrada triunfal y la contestación que le dio —y que yo permití, cosa que no debería haber dejado que pasara porque le tenía que haber parado los pies—, se fue al garete.

Por si eso fuera poco, tuvo el descaro de sentarse encima de mí y besarme delante de todos, marcando territorio, y yo, como un imbécil, me dejé besar.

En ese momento seguí mirando a Taly; no aparté mi mirada de ella en ningún instante, y lo que vi en sus ojos hizo que se me encogiera el corazón y que una sensación amarga se me instalara en el estómago. En su mirada había decepción, pero también pude ver dolor.

Después de eso, en ningún momento volvió a mirarme a la cara durante todo el rato que estuvimos hablando.

Me conocía lo suficiente como para saber que había metido la pata hasta el fondo. No solo por permitir aquella escena, sino porque, en el fondo, había sido consciente de lo que hacía y aun así no había reaccionado a tiempo. Me había quedado paralizado, dividido entre la costumbre y lo que empezaba a sentir de verdad. Y eso era imperdonable. Porque Taly no merecía dudas, ni silencios, ni medias tintas. Merecía claridad, y yo se la había negado delante de todos.

Tenía que darle una explicación a mi comportamiento, por eso le pedí que se quedara en mi despacho para poder hablar y aclararle todo, pero no sabía ni por dónde empezar. Una vez más, ella me sorprendió poniéndomelo fácil, siendo la primera en hablar.

—Tú dirás. Si es algo relacionado con lo que os acabo de contar, siento decirte que no tengo por el momento nada más que aportar. Y si de lo que quieres hablarme es de algo de lo que ha pasado desde que nos hemos encontrado en el hall, no te molestes en perder el tiempo. No quiero saber nada.

Ahí estaba lo que más me temía: había levantado un muro entre nosotros que me iba a costar derribar.

—Taly, por favor, escúchame. Quiero darte una explicación de todo, no solo de lo de hoy, sino también de mi comportamiento de ayer —le rogué.

—De verdad que no es necesario, Alex. Creo que todo está bastante claro.

—Me gustaría saber tu opinión. Dímela, por favor.

Sabía que era una mujer a la que le gustaba la transparencia y que no tendría problemas en explicarme cuál era su punto de vista, por eso prefería que fuera ella la que hablara primero y después ya me encargaría yo de hacerle ver si estaba equivocada.

—Que los dos nos atraemos está claro, pero creo que, al menos por tu parte, solo hay deseo y morbo por estar con una mujer tan joven. Es la

novedad del momento, un juguete nuevo que te ha llamado la atención. Que quisieras tener conmigo solo sexo, sin ninguna implicación más, podría aceptarlo.

»Pero lo que no estoy dispuesta a aceptar es ser el segundo plato de nadie y mucho menos compartir. No me gusta comerme las babas de ninguna otra mujer. Que haya gente a la que no le importe me parece perfecto, pero yo no soy así.

»Una cosa es conocer a un hombre y echar un polvo un día y, si te he visto, no me acuerdo. Y otra muy distinta es estar con alguien con el que voy a tener sexo con regularidad, que me acaba de meter mano para, cinco minutos después, tener que ver cómo le mete a otra la lengua hasta la campanilla y que al rato quiera volver a hacerme lo mismo a mí. Lo siento, pero no. Llámame rara o lo que tú quieras, pero yo pienso así y no voy a cambiar de opinión.

Cada una de sus palabras me cayó como un golpe seco, directo al pecho. No hablaba desde el reproche ni desde el drama, sino desde la convicción, y eso era lo que más me desarmaba. No estaba pidiendo nada imposible, no estaba exigiendo promesas eternas. Solo estaba marcando sus límites con una dignidad que me dejó sin argumentos y, al mismo tiempo, con unas ganas enormes de estar a la altura.

Eso era algo en lo que estábamos totalmente de acuerdo. Porque yo tampoco quería compartirla con nadie; solo de pensar en otro tío tocándola me hervía la sangre, por lo que la entendía perfectamente. Si yo hubiera tenido que ver cómo otro la besaba delante de mí, no creo que me hubiera podido controlar.

Durante unos segundos solo se escuchó nuestra respiración. El aire parecía más denso, como si cualquier palabra mal colocada pudiera romper algo irreparable. Dudé. No porque no supiera lo que sentía, sino porque sabía que, una vez hablara, ya no habría marcha atrás. Y aun así, no decir nada habría sido perderla.

—Estás equivocada en algunas cosas —le dije, y ella alzó una ceja interrogante. Seguía sin mirarme a la cara; o miraba al suelo o centraba su mirada en algún punto indeterminado.

—¿En qué cosas?

—Mírame. Quiero que veas en mis ojos que todo lo que te voy a decir es cierto, porque te lo voy a decir con el corazón.

Levantó la mirada y clavó esos preciosos ojos grises en los míos. Entonces sí cogí aire y seguí hablando.

—Para empezar, te diré por qué me comporté ayer como lo hice. La conexión que sentí contigo nunca la había sentido con ninguna otra mujer y eso me dio miedo, Taly. Tengo miedo a enamorarme de ti y que después me rompas el corazón o perderte.

»He visto toda mi vida en los ojos de mi padre su amargura por haber perdido a la mujer que amaba y no quería eso para mí. Pero, después de pensarlo mucho, me di cuenta de que ese miedo también puede hacer que me pierda cosas maravillosas, y estoy dispuesto a arriesgarme.

»No eres un juguete para mí ni mi segundo plato; quiero que seas mi todo. Me gustas mucho y espero que yo te guste también, porque quiero que empecemos algo juntos, que nos conozcamos, que salgamos como una pareja normal y ver a dónde nos lleva todo esto.

»Por supuesto, con exclusividad. Yo tampoco estoy dispuesto a comerme las babas de nadie, igual que no quiero que tú tampoco lo hagas. Necesito que seamos solo tú y yo.

Cuando terminé, esperé y esperé, pero ella no dijo nada. Su silencio me retorció las entrañas, porque estaba claro que no quería lo mismo que yo; le había abierto mi corazón para nada.

Me sentí tan derrotado que retiré la mirada y giré sobre mis talones para ir hacia mi escritorio y ponerme a trabajar. No había dado ni dos pasos cuando, con voz temblorosa, me llegó su respuesta.

—Yo también quiero que seas mi todo, Alex.

Oírla decir eso hizo que el aire que estaba reteniendo en mis pulmones saliera de golpe y una sensación de felicidad desbordante se instalara en mi pecho. Sí, joder, sí, chillé para mis adentros.

Me di la vuelta con rapidez y en dos zancadas la volví a tener delante. No pensaba besarla después de lo que me había dicho, pero en ningún momento dijo nada de no poder abrazarla, y eso fue exactamente lo que hice.

La envolví entre mis brazos y la pegué a mi pecho; mi corazón latía a tal velocidad por la felicidad que estaba sintiendo en esos momentos que estaba seguro de que ella podía notarlo. Taly me devolvió el abrazo rodeando mi cintura con sus brazos y en ese instante me sentí mejor que en toda mi vida, me sentí en paz, en casa, como si ella fuera mi puerto seguro.

No recordaba la última vez que un abrazo me había hecho sentir así. No era solo deseo ni alivio; era una calma profunda, de esas que te recolocan por dentro. Como si, por primera vez en mucho tiempo, no tuviera que demostrar nada ni fingir fortaleza. Con ella podía permitirme ser simplemente yo, sin máscaras ni defensas.

—Tu corazón late muy deprisa, no te irá a dar un chungo en este momento, ¿no?

Su pregunta me hizo soltar una pequeña carcajada porque sabía que no me lo decía en serio. Era su nerviosismo el que hablaba por ella.

—Late así por ti y solo por ti —le contesté antes de dejar un suave beso en su pelo.

Aflojó un poco su agarre para separarse un poco de mí y mirarme a los ojos. En ellos vi deseo, pero también algo más. ¿Podría ser amor? Dios, esperaba que sí, porque antes le había dicho que tenía miedo a enamorarme, pero es que ya no había vuelta atrás: en ese momento lo supe, ya estaba enamorado de ella.

—¿No piensas besarme?

Me quedé paralizado; después de lo que había pasado con Bianca y lo que me había dicho, no me atrevía a hacerlo. Al ver las dudas en mis ojos, ella decidió por los dos.

—Lo dejaré pasar solo por esta vez.

Se lanzó a mis labios.

El beso estuvo cargado de pasión, pero también de sentimientos; con él nos dijimos todo lo que se había quedado pendiente y lo que nos diríamos más adelante. Cuando tomó intensidad, la agarré por debajo de su trasero y la cargué en mis brazos para sentarla en la mesa.

Acaricié sus muslos, sus caderas y sus pechos por encima del vestido, pero no era suficiente para ninguno de los dos. Necesitábamos unirnos en cuerpo y alma.

Me separé de sus labios y dejé de tocarla; oí su gemido lastimero por mi separación, pero antes de seguir quería asegurarme de que nadie interrumpiera ese momento mágico. Con pasos acelerados fui hasta la puerta del despacho, eché el pestillo y, con la misma prisa, volví a su lado.

—¿Por dónde íbamos?

Necesitaba verla y tocar todo su cuerpo sin ningún impedimento de por medio. Agarré el bajo de su vestido y se lo subí, separando nuestras bocas antes para sacárselo por la cabeza.

Me deshice de su sujetador con un movimiento rápido de mi muñeca y de sus bragas de un tirón. La empujé un poco por el hombro para que se recostara en la mesa.

Se me hizo la boca agua cuando me fijé en su sexo; estaba totalmente brillante por la humedad de la excitación que sentía, esa que estaba provocando yo.

—Nunca había visto nada más hermoso en la vida.

No le di tregua; no paré de lamer y succionar hasta que me dio lo que quería, su esencia en mi boca.

Cuando me levanté del suelo, ella misma me agarró del cuello para besarme; ver cómo se probaba a sí misma en mis labios me pareció tan erótico que hizo que mi excitación aumentara a un nivel superior.

Mientras me besaba, con sus ágiles manos me desabrochó los pantalones y me los bajó de un tirón junto a mi ropa interior. Se separó de mi boca para lamer mi cuello hasta llegar al lóbulo de mi oreja y mordisquearlo. Se acercó al borde de la mesa para rozar nuestros sexos, soltó mi oreja y me susurró con voz ronca por el deseo:

—Ahora fóllame duro, como nos gusta a los dos.

Tuve que usar todo mi autocontrol para no correrme en ese mismo momento; solo con esas palabras consiguió encenderme al rojo vivo.

Era lo que quería, y se lo iba a dar, por supuesto, porque yo también lo quería y lo necesitaba. Agarré sus caderas y la atraje hacia mí para introducirme en su cuerpo de una sola embestida.

No hubo más palabras entre nosotros, aunque tampoco hicieron falta: nuestros cuerpos lo dijeron todo. Solo se oían el choque de nuestros cuerpos por las fuertes embestidas que le di y los gemidos que ambos soltamos, que fueron en aumento hasta que, con un rugido casi animal, llegué al clímax cuando ella, al correrse, chilló mi nombre.

Nos hicieron falta varios minutos para recuperarnos; durante ese tiempo permanecimos abrazados y sin apartar la mirada el uno del otro.

La ayudé a vestirse mientras repartía pequeños besos por todo su cuerpo y ella me regalaba sonrisas.

—Lo de acostarnos en los despachos se nos da bastante bien, pero la próxima vez quiero hacerte el amor en mi cama —le dije, mientras se me escapaba una risilla.

Ella no se pudo contener y soltó una carcajada.

—Si es una invitación, la aceptaré encantada.

—Lo es, para hoy, para esta misma noche.

Taly asintió y me guiñó el ojo; en ese gesto iban implícitas muchas promesas de lo que pasaría en mi cama, y me encantó.

Pero, como todo lo bueno se acaba pronto, unos golpes exigentes en la puerta nos sacaron de la burbuja en la que estábamos sumergidos para traernos de vuelta a la realidad. Los dos sabíamos de sobra quién estaba detrás de aquella puerta y a lo que me tendría que enfrentar a continuación.

Capítulo 16



Alex

Noté cómo Taly se tensaba en mis brazos. Vi la duda en sus ojos y eso me partió el alma. No quería que se sintiera insegura y así se lo hice saber.

—Aquí solo tú —le dije, cogiendo su mano y poniéndola encima de mi corazón.

Me sonrió, pero su sonrisa no llegó a sus ojos.

—¿Vas a dejar de verla? —me preguntó a media voz.

—Por supuesto que sí. Lo que ha pasado antes me ha pillado desprevenido. Ha sido ella la que me ha besado, pero eso no pasará nunca más. Taly, no quiero que tengas dudas, solo quiero estar contigo. Con Bianca nunca he tenido una relación, solo nos divertíamos juntos. Nunca he sentido nada por ella ni lo sentiré. Supongo que se extendió en el tiempo porque era cómodo.

—No lo aceptará tan fácil. Tu hermana me dijo que llevabais dos años juntos y lo de antes ha sido una declaración de intenciones en toda regla. Ha marcado su territorio, lo que no sé es por qué, no me conoce de nada —me dijo preocupada.

—Porque nada más entrar ha visto cómo te estaba mirando y se ha dado cuenta de que no eres una mujer cualquiera para mí. Si no lo quiere aceptar es su problema, no el mío. Yo nunca le he prometido nada. No teníamos una

relación de pareja, así que no puede pedirme explicaciones de lo que hago o no hago con mi vida. Le dejaré las cosas claras cuanto antes —le contesté antes de volver a besar sus labios.

Noté cómo se relajaba por la sinceridad de mis palabras.

—Está bien, confío en ti —me dijo, devolviéndome el beso y dedicándome una sonrisa preciosa—. Será mejor que abras la puerta o mañana te tocará poner una nueva —añadió, soltando una risita, porque Bianca seguía llamando sin cesar.

La besé por última vez y fui rápido a abrir la puerta. La actitud de Bianca me tocó los cojones; con qué derecho se creía venir a mi despacho y llamar de esa manera, sin saber con quién estaba reunido.

Abrí la puerta del tirón y allí estaba Bianca con los ojos llenos de ira. Me apartó y entró en el despacho mirando a todos lados hasta que localizó a Taly, apoyada en la mesa con los brazos cruzados. Era una guerrera y sabía que, por mucho que le dijera, no conseguiría amedrentarla. Bianca le doblaba la edad, pero Taly la doblaba en inteligencia y esa era su mejor arma.

—¿Por qué no abrías la puerta? Llevo un rato llamando. —Tócate los cojones, pensé. ¿Pero esta tía de qué iba?

—Si no he abierto es porque no he podido o porque simplemente no me ha dado la gana —le contesté, enfadado.

—Te iba a preguntar si es que teníais una reunión, pero por el olor a sexo que hay aquí es evidente lo que estabais haciendo —me dijo, mirando con desprecio a Taly.

—Lo que haya pasado en este despacho no es de tu incumbencia, bien fuera una reunión u otra cosa. Si llamas y no te abro, es que estoy ocupado.

—Yo me marcho, Lara me está esperando —dijo Taly, separándose de la mesa y cogiendo su bolso.

—Dile que dé orden de que te preparen el despacho de aquí al lado. El que está cerrado, ella ya sabe cuál es —le dije, y ella asintió.

El despacho al que me refería era uno que estaba justo pegado al mío. Era el que yo utilizaba hasta que murió mi padre. Llevaba cerrado desde entonces porque los dos despachos se comunicaban por una puerta y no había querido que nadie me molestara o estuviera al tanto de lo que pasaba.

Sobre todo, cuando tenía esos encuentros con Bianca. Nunca nos habíamos acostado en otro sitio que no fuera mi despacho. Nunca había venido a mi casa ni yo había ido a la suya. No habíamos salido a cenar ni habíamos hecho nada juntos; lo nuestro había sido sexo y nada más.

—¿Va a trabajar aquí? —me preguntó Bianca con los ojos fuera de las órbitas, y me tuve que contener para no soltar una carcajada.

—Bianca, te presento a Natalia Blasco, la nueva COO de la empresa y mi mano derecha. A partir de hoy, su opinión y sus decisiones serán tan válidas como las mías.

Cuando le dije eso, si antes sus ojos destilaban ira, en ese momento, si hubiera podido matarnos a los dos, lo habría hecho. Se puso hasta roja de la rabia.

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo va a ser esta niña tu mano derecha si no le han salido ni los dientes? —dijo, dirigiéndose a Taly y mirándola con asco.

—Oh, tranquila. Los dientes de leche se me cayeron hace tiempo y ahora tengo los nuevos, todos perfectos, mira —le contestó enseñándoselos con una sonrisa—. Aunque claro, lo mismo tú, a tu edad, ya ni recuerdas lo que es eso; llevar dentadura postiza es lo que tiene.

Ole, mi niña, vaya zasca que le dio. Tuve que aguantarme la carcajada y las ganas de aplaudirla.

—¿No piensas decirle nada por tratarme así? —me preguntó más enfadada todavía al ver que me estaba conteniendo la risa.

—Quien dice lo que no debe se encuentra con lo que no quiere. No deberías juzgar a la gente por su apariencia. Te aseguro que ella tiene más estudios que tú y yo juntos y nos da mil vueltas en muchos temas. Así que te

pido que la trates con el respeto que se merece, como tu superior que es y como mi pareja.

—¿Tu pareja? ¿Cómo va a ser tu pareja? ¿Y qué pasa con nosotros?

Antes de contestarle vi cómo Taly empezó a caminar hacia la puerta. Seguramente pensó que era mejor que esa conversación la tuviéramos Bianca y yo a solas, y la verdad es que se lo agradecí, porque sabía de sobra lo que vendría a continuación: reproches, gritos e incluso lágrimas.

Antes de salir me miró y yo le sonreí, asintiendo con la cabeza para decirle sin palabras que todo estaba bien entre nosotros. Ella correspondió con otra sonrisa y me guiñó un ojo antes de cerrar la puerta al salir.

No quería estar de pie al lado de Bianca. Conocía demasiado bien sus artimañas y, en cuanto me descuidara, se tiraría a mis brazos. Tiempo atrás eso me habría gustado, pero ya no. Ni siquiera me atraía. Y, siendo sincero conmigo mismo, no era porque Taly hubiera entrado en mi vida; llevaba tiempo queriendo acabar con nuestros encuentros. Su posesividad me agobiaba demasiado y no quería vivir así.

Me senté en mi escritorio antes de contestarle.

—Bianca, nunca ha habido un nosotros. No hemos sido pareja. Solo hemos sido dos personas que disfrutaban del sexo juntas —le dije con rotundidad, muy serio.

—Eso no es verdad y tú lo sabes. Yo te quiero y sé que tú a mí también. Esa niña te está nublando el juicio —me contestó, haciendo el papelón de su vida.

Yo sabía de sobra que no me quería y que me había utilizado igual que yo a ella.

—Sabes que eso es mentira. Entre nosotros nunca han existido sentimientos, solo deseo.

—Esa chiquilla no te conviene. Se ve de lejos que lo único que quiere es cazarte. ¿Cómo puedes ser tan ingenuo y dejarte enredar así? —me dijo con

desprecio.

Que pensara esas cosas de Taly y, lo que era peor, que tuviera el descaro de decírmelo, hizo que la sangre me hirviera.

—¿No la estarás confundiendo contigo? Porque es de sobra conocido que lo que siempre has querido es que te pusiera un anillo en el dedo. Y te he dejado bien claro desde siempre que eso no iba a pasar —le dije, alzando la voz, porque ya me estaba tocando mucho los huevos.

—Sabes de sobra que estamos hechos el uno para el otro, Alex. Yo te conozco mejor que nadie y, aunque tú creas que no, te quiero. —Solté una carcajada porque no pude contenerme más.

—¿Me conoces? No tienes ni idea de lo que quiero, de lo que pienso o de lo que siento. Así que no digas más estupideces.

—¿Entonces esto se acaba aquí? —me preguntó, mostrando su verdadera cara y esa soberbia que ya no podía ocultar.

—No se puede acabar lo que nunca ha existido, pero si lo quieres ver de esa manera, tú misma. Sí, no quiero volver a tener más contacto contigo que no sea el profesional.

—Te vas a arrepentir, Alex. Pero tranquilo, que yo estaré aquí esperándote cuando esa cría te la juegue o te dé la patada —dijo antes de darse la vuelta y salir como alma que lleva el diablo de mi despacho, dando un portazo.

No sabía en esos momentos lo que me depararía el futuro al lado de Taly, pero lo que sí tenía claro es que pasara lo que pasara, no quería volver a tener nada con Bianca.

Me acomodé en el asiento y me concentré en trabajar. No quería seguir pensando en la desagradable conversación que acababa de tener. Aquella etapa estaba cerrada, aunque hubiera tardado demasiado en aceptarlo. Y lejos de sentir miedo por lo que venía, lo que sentía era una extraña certeza. La de haber tomado, por fin, la decisión correcta.

Capítulo 17



Taly

Salí del despacho con ganas de decirle a esa señora cuatro cosas más, pero me contuve por Alex. Era él quien tenía que lidiar con ella y no yo. Aunque, como me la encontrara por la empresa y me dijera cualquier cosa despectiva como había hecho en el despacho, no pensaba callarme: le contestaría. No tenía intención de dejarme pisar por ella ni mucho menos permitir que me menospreciara por mi edad.

Dicen que hay que respetar a nuestros mayores, pero yo no estaba de acuerdo con eso. Había que respetar a todo el mundo, independientemente de la edad que tuviera, y el respeto había que ganárselo, no imponerlo.

Como no sabía en qué planta estaba el despacho de Lara, no me quedó más remedio que bajar a recepción y preguntar a la chica que estaba allí dónde tenía que ir. Muy amablemente me explicó que tanto el despacho de Lara como el de Alonso estaban en la séptima planta, una por debajo de donde estaba el despacho de Alex y, a partir del día siguiente, también el mío.

En el ascensor recordé todas las cosas tan bonitas que me había dicho Alex en su despacho y mi sonrisa se ensanchó. No me esperaba para nada que se abriera así conmigo. Desde luego había sido muy valiente y había dado un paso adelante, arriesgándose a que lo rechazara, cosa que ni loca habría hecho. Ese hombre se había metido en mi corazón en un tiempo récord para no salir jamás.

Llamé al despacho de Lara y, cuando me dio paso, entré. Allí estaba también Alonso, sentado con ella, revisando papeles. Cuando vieron mi cara de felicidad, los dos se levantaron de la silla corriendo y me abrazaron, quedándome en medio de ambos.

—¿Ya puedo empezar a llamarte cuñada? —me preguntó Lara, riéndose.

—No corras tanto; de momento hemos arreglado las cosas y hemos quedado en dejarnos llevar y ver qué pasa —le contesté, riéndome también. Nada me gustaría más que acabara siendo mi cuñada de verdad; en el poco tiempo que la conocía ya la quería.

—Que habéis arreglado las cosas lo tenemos claro, tienes una cara de recién fo… —Empezó Alonso.

Le di un codazo antes de que terminara la frase y soltó una carcajada.

—No se te ocurra acabar esa frase —le dije, poniéndome tan roja como mi pelo por la vergüenza de que fuera tan evidente lo que había pasado en el despacho de Alex.

—Está bien, no lo diré —dijo, levantando las palmas de las manos—, pero no por eso es menos cierto —añadió, haciéndonos reír a los tres.

—¿Has dejado a mi hermano allí relajadito, trabajando? —me preguntó Lara.

Pero cuando vieron que mi risa se cortaba de golpe, las suyas hicieron lo mismo.

—¿Qué ocurre? —me preguntó Alonso, con curiosidad, pero también con preocupación.

Les conté lo que había pasado con Bianca, desde el momento en que empezó a llamar a la puerta porque no pudo entrar, como había hecho cuando estaban ellos, ya que Alex la había cerrado por dentro con pestillo. Alucinaron por las cosas que me había dicho, pero también se rieron cuando les conté lo que yo le había contestado, dándome la enhorabuena por ponerla en su sitio. Por último, les dije que no sabía cómo habría acabado la conversación entre

los dos porque me había ido cuando Bianca empezó a reprocharle cosas a Alex.

—Es un bicho malo; que mi hermano no se piense que se va a conformar. Tengo claro que va a dar mucha guerra, ya lo veréis —dijo Alonso, resoplando, cuando terminé de contarles todo.

—Opino lo mismo. Es una posesiva que considera que Alex es suyo. Menos mal que tú no te dejas pisar, porque va a ir a por ti a la mínima oportunidad que tenga —añadió Lara, preocupada.

—Que venga si quiere, que la voy a estar esperando. Una de las cosas que no aguanto en esta vida es la falta de educación y de respeto. No me conoce de nada para tratarme así, pero como me busque, va a conocerme, y no precisamente mi lado bueno —les dije muy seria, para que se quedaran tranquilos.

—No sé qué cojones vio mi hermano en ella. Coño, podría ser su madre. Que no está mal físicamente, eso se lo compro, pero hasta ahí llegan sus encantos, porque es una soberbia y una víbora de cuidado —dijo Alonso, lamentándose.

—¿Cuántos años tiene?

Era verdad que era mayor que Alex y, aunque cuando la vi por primera vez en el despacho pensé lo mismo, que podría ser su madre, ahora no creía que fuera para tanto.

—Tiene cuarenta y ocho años. Aunque es verdad que parece más joven, eso es por todas las operaciones que se ha hecho. Le saca a mi hermano casi dieciocho años.

La hostia. Casi se me desencajó la mandíbula por el asombro cuando Lara me dio esos datos.

De repente, un pálpito me golpeó en el pecho, y yo solía hacer mucho caso a mis pálpitos porque solían acertar cuando me avisaban de que algo no cuadraba. Este me decía que Bianca escondía algo y no pensaba dejarlo pasar; sería la primera persona a la que investigaría.

—¿Cuánto hace que ella entró en la empresa? —pregunté.

Alonso se quedó pensativo, pero Lara, como buena responsable de recursos humanos que era, me contestó de inmediato.

—Dentro de tres meses hará tres años —respondió con seguridad.

—¿Estuvo interesada en Alex desde el principio?

—Desde el minuto uno. Lo persiguió incansablemente hasta que él cayó. Hubo un momento, al principio, que hasta pensé que había entrado en la empresa solo para cazarlo. Pero el tiempo fue pasando y, como la relación no se afianzó, esa idea perdió fuerza.

Ahí tenía mis sospechas confirmadas. Esa mujer no había entrado en la empresa por casualidad; había entrado con un claro objetivo. Bianca era la primera pieza del puzle y necesitaba las demás para poder montarlo entero.

—Estas preguntas no son por casualidad, ¿verdad? Y no tienen nada que ver con que ahora seas la pareja de Alex. Hay algo más —me dijo Lara, que en el poco tiempo que hacía que nos conocíamos se había dado prisa en aprender a leer mis expresiones.

—Tengo una corazonada, pero necesito más detalles para saber si me guiará por el buen camino para resolver el lío que tenéis formado —le contesté.

—Pregúntanos todo lo que necesites saber; si tenemos esa información, estaremos encantados de compartirla contigo —me dijo Alonso, muy serio.

—Necesito saber qué empleados han sido contratados a la vez que Bianca o unos meses antes o después que ella —le dije directamente a Lara, porque era ella quien podía darme esa información.

—Eso puedo decírtelo ahora mismo. Dame un segundo para mirar los archivos del personal en el ordenador.

Se sentó recta en la silla y puso su cara más profesional. Empezó a teclear a toda velocidad y pinchó con el ratón varias veces en la pantalla. Diez

minutos después, dijo triunfante:

—Lo tengo. Solo tres personas han entrado a trabajar, además de Bianca, en esa época. He mirado un año antes y uno después desde que ella se incorporó, pero si quieres puedo ampliar más el tiempo.

—Con un año bastará de momento. Ahora dime quiénes son esas personas y qué puestos ocupan —le pedí.

—Una chica entró tres meses antes que Bianca en un puesto de limpieza, por la jubilación de la mujer que estaba antes.

Descartada, pensé. Esa chica no podía ser; no tenía acceso a los datos necesarios.

—Una mujer entró a trabajar un mes después que ella para sustituir a la secretaria de mi hermano durante tres semanas porque estuvo enferma. Cuando Beatriz volvió, se le pagó su sueldo por ese tiempo y ya está.

Otra descartada. Aunque tuvo acceso al ordenador de Alex, en tres semanas era imposible preparar todo el lío que tenían montado con las cuentas.

—¿Quién es la tercera persona que falta? —pregunté, muy intrigada.

Algo me decía que esa era la persona que estaba buscando.

—La tercera es un chico que trabaja en el departamento de informática. Entró cuatro meses después que Bianca. Eso es algo que no me habría hecho falta mirar, porque lo recuerdo perfectamente. Yo no lo entrevisté; estuve un mes de baja por una neumonía y, cuando volví, me sentó como un tiro que hubieran cogido a alguien a quien yo no hubiera dado el visto bueno.

Esa era la persona que yo buscaba.

—¿Quién lo entrevistó?

—Supongo que sería Alex. No creo que dejara eso en manos de otra persona, aunque con el lío que tiene siempre, estoy segura de que le haría

cuatro preguntas, miraría su currículum y poco más.

—Necesito saber más datos de él: edad, nombre completo, esas cosas.

Lara volvió a mirar la pantalla del ordenador y pinchó con el ratón un par de veces antes de contestarme.

—Se llama Mateo Ferrer, tiene treinta y un años, está soltero y es valenciano de nacimiento. Es ingeniero informático y es el único que trabaja en ese departamento. Entró un mes antes de que la persona que siempre había ocupado ese puesto se jubilara; se hizo así para que dominara todo el sistema antes de quedarse solo.

—¿Crees que puede ser la persona que estamos buscando? —me preguntó Alonso, muy tenso.

—No lo descarto. Por el momento empezaré por él. Desde luego, estar en el departamento de informática no lo hace culpable, porque todos los empleados tienen acceso a los ordenadores. Incluso cabe la posibilidad de que quien haya manipulado las cuentas ni siquiera trabaje aquí. Pero por algún sitio hay que empezar a buscar y él me parece un buen candidato.

—Es un poco raro, la verdad. Apenas se relaciona con nadie de la empresa. No es como otros que salen juntos a tomar café en los descansos o se les ve charlando de sus cosas en el ascensor o por los pasillos. Puede ser que el chico sea introvertido o tímido y ya está, pero me ha parecido un dato importante que tenías que saber —me dijo Lara.

—Todos los datos son importantes, por muy insignificantes que nos parezcan. Puede que tengas razón y el muchacho sea tímido, o puede que no quiera relacionarse con la gente de aquí por otro motivo. Eso es algo que pienso descubrir. Mañana me pasaré por todos los departamentos para presentarme y lo tantearé.

—Cualquier cosa que necesites, no dudes en pedírnosla —me dijo Alonso.

Asentí.

—Bien, ahora fírmame los papeles del contrato y después iremos a la sala de descanso a tomarnos un café, así vas entrando en ambiente.

Lara me pasó todas las copias del contrato para que las firmara. Me pidió que revisara que todo estuviera en orden y me preguntó si estaba de acuerdo con el sueldo. Como para no estarlo, me dije a mí misma; iba a ganar cinco veces más que en el taxi.

Cuando dejamos todo hecho, los tres juntos bajamos a la sexta planta, que era donde estaba la sala de descanso, y nos sentamos en una mesa a compartir los cafés mientras charlábamos.

Capítulo 18



Taly

Noté cómo alguien me acariciaba los muslos y dejaba una hilera de besos por ellos; siguió avanzando hasta llegar a mi vagina y la lamió de arriba abajo. Aún estaba medio dormida cuando me dio los primeros besos, pero cuando introdujo su lengua dentro de mí, cualquier rastro de sueño que quedara en mí desapareció con mi primer jadeo. Levanté la sábana que me cubría hasta los pechos y miré hacia abajo; entre mis piernas estaba Alex, tomándose muy en serio el trabajo de despertarme de una manera deliciosa y ardiente.

—¿Qué haces? —le pregunté a la vez que soltaba un jadeo, porque me pellizcó el clítoris con sus dedos.

—Darte los buenos días como te mereces —me dijo, separando solo un momento su boca de mí.

Una idea maravillosa se me vino a la cabeza; era algo que no había hecho nunca, no por falta de ganas, sino porque nunca me había apetecido hacerlo con ningún hombre con el que había estado.

Agarré la cara de Alex con mis dos manos para retirarle de mí. Le vi fruncir el ceño; seguramente pensó que no quería continuar, pero nada más lejos de la realidad. Lo que quería era compartir los buenos días.

Me quité la sábana de encima y me arrodillé en la cama. Agarré a Alex por la nuca y lo atraje hacia mí para besarle; fue un beso corto. Le notaba totalmente confundido por mi comportamiento y eso me hizo sonreír por dentro. Le empujé por el pecho, tumbándole en la cama. Me miró con la ceja alzada.

—¿Qué ocurre? —Se atrevió finalmente a preguntarme, confundido.

—Que no es justo —le contesté.

—¿El qué no es justo? Estoy totalmente perdido, cariño, no te entiendo. —Oh… ese cariño me llegó al alma, pero ahora no podía pararme a analizar eso; tenía otra cosa mejor en mente.

—Que tú me des los buenos días y yo no —le dije.

Ya no le dejé decir nada más. Me di la vuelta, poniendo mi vagina en su cara y la mía en su miembro. Saqué la lengua y lamí toda su longitud, giré la cabeza y le guiñé un ojo antes de decirle:

—¿Te parece bien empezar así el día? —le dije con voz melosa.

—¿Con un sesenta y nueve? Creo que es la mejor idea del mundo —me contestó antes de lanzarse a devorarme de nuevo.

Ya no hubo más palabras entre nosotros, solo placer y gemidos compartidos. Si me hubieran preguntado, habría firmado donde hiciera falta para que todos mis despertares fueran así. No solo por el sexo, que también, sino por amanecer al lado de Alex todas las mañanas.

El día anterior, cuando salimos de la oficina, se empeñó en invitarme a comer en uno de sus restaurantes favoritos sin darme opción a negarme. Pasamos una velada maravillosa compartiendo unos deliciosos platos. Cuando salimos del restaurante, que estaba dentro de un centro comercial, al pasar por la puerta de los cines le dije a Alex que otro día teníamos que volver porque quería ver una película de acción que habían estrenado días antes, pero a él le pareció buena idea que entráramos en ese momento y la verdad es que, con el calor que hacía en la calle, estuve de acuerdo. ¿Dónde íbamos a estar mejor que allí, con el aire acondicionado?

Después del cine, su abuela le llamó para ver dónde estaba. Cuando le contó que estaba conmigo en una cita, sus gritos de alegría fueron tan grandes que Alex tuvo que separarse el teléfono de la oreja para no quedarse sordo. Pero no quedó ahí la cosa; Carmen estaba tan contenta por nuestra reciente relación que quiso que fuéramos a cenar a su casa; entre ella y Celia prepararon un festín de comida que, sin ningún problema, podrían haber dado de comer a otras diez personas más.

Me trataron tan bien todos que me sentí muy a gusto entre ellos, como si fuera una más de la familia. Por supuesto, aunque yo insistí en irme a mi casa después de la cena, Alex no quiso ni oírme hablar del asunto; me recordó que por la mañana ya me había dicho que esa noche la pasaría en su cama.

Una vez terminado nuestro «buenos días» particular, con el que quedamos los dos muy complacidos y con la promesa de repetirlo pronto, pasamos a la ducha y allí dentro tuvimos otra ronda, en la que Alex me empotró contra los azulejos y disfrutamos una vez más, dejándonos llevar por la pasión.

Llegamos a la cocina con nuestras manos unidas mientras nos reíamos entre bromas. La mirada de felicidad que se veía en los rostros de los hermanos de Alex, de Carmen y de Celia al vernos tan unidos y cómplices era un claro reflejo de que se alegraban mucho por nosotros.

—Tortolitos, sentaos a desayunar, que hoy vais pillados de tiempo —nos dijo Celia.

—Seguro que se han duchado juntos para ahorrar agua y eso les ha hecho entretenerse —soltó Alonso por su gran bocaza, ganándose una colleja de su hermano cuando vio la vergüenza que me hizo pasar su comentario.

—Y bien que hacen; el amor se demuestra de muchas maneras y la de rozar piel con piel es una de las más placenteras —dijo Carmen, rematando la faena.

—Por Dios… —dije, tapándome la cara con las manos por la vergüenza.

Que fuera una mujer a la que le gustara el sexo y no tuviera problemas en decirlo abiertamente no significaba que lo hiciera con cualquier persona, y menos en una conversación en la que estaba la abuela de mi pareja delante.

—Dejad de avergonzar a mi chica; lo único que vais a conseguir es que no quiera quedarse más y me joderéis a mí, que me quedaré sin mi dosis nocturna y mañanera de placer —dijo Alex.

Le miré con la boca abierta.

—¡Alex! —Solté un jadeo.

—¿Qué? Es la verdad —me contestó, riéndose y haciendo reír a los demás.

—Venga, dejad a mi cuñada y terminad de desayunar, que al final sí que llegamos tarde —dijo Lara, ayudándome a pasar el mal rato.

Desayunamos entre risas y con alguna pullita más, que capeé como pude con la ayuda de Lara. Cada día me llevaba mejor con ella. Me encantaba la complicidad que tenía conmigo; era de esas personas que saben desde el minuto uno que han llegado a tu vida para quedarse y que solo te aportarán cosas buenas.

Salimos los cuatro en dirección a la empresa. Menos mal que no había tenido que ir a mi casa a por ropa; fui previsora y el día anterior, después del cine, le pedí a Alex que me acercara hasta mi casa y cogí todo lo necesario. Cuando estuvimos allí le invité a subir; me pareció lo correcto que conociera a mi familia, ya que yo conocía a la suya. Solo estaban mi hermano y mi sobrino, porque Laura estaba en el hospital.

Mi hermano, solo con la mirada con la que nos entendimos sin hablarnos, me dijo que le gustaba Alex para mí. Y Neizan, qué os puedo decir, si con cuatro palabras ya empezó a llamarle tío Alex y él encantado de que lo hiciera. Cuando salimos de allí, después de charlar un rato, mi chico me dijo que le habían caído muy bien mi hermano y mi sobrino. Le dije que mi cuñada fue quien le atendió cuando lo llevé al hospital el día que nos conocimos y se quedó alucinado porque no se lo esperaba. Quería que volviéramos lo antes posible a mi casa cuando ella estuviera para poder agradecerle su ayuda.

Cuando nos montamos en el ascensor para subir a nuestra planta, Alex me pegó a él para susurrarme al oído:

—El día que te pille a solas en el ascensor, vas a llegar al despacho sin bragas.

Se me subieron los calores solo con esas palabras; lo rápido que me ponía al rojo vivo ese hombre no era ni medio normal, jamás me había pasado en la vida con ningún otro.

—Lo mismo ese día no llevo y te ahorro el trabajo de quitármelas —le contesté, siguiéndole el juego.

—Ya estoy cachondo perdido solo de imaginármelo —me dijo, pegándome a él para que notara su erección en mi trasero.

Empujé para atrás, presionándole un poco para calentarle más, y su reacción fue darme un mordisco en el cuello que me hizo reír.

Lara y Alonso iban hablando a lo suyo y no se enteraron de nada, o eso quise pensar. Estaba segura de que nada más entrar en nuestros despachos mi chico daría rienda suelta a su pasión y volveríamos a darnos los buenos días antes de empezar a trabajar, pues el mío quedó preparado el día anterior y, como ya dijimos, estaban comunicados por una puerta que Alex me dijo que quería siempre abierta para poder verme cuando quisiera.

Pero mis deseos, y supongo que también los suyos, se quedaron en eso, en solo deseos, porque al llegar hasta la mesa de Beatriz, ella le avisó de que la habían llamado de recepción para decirle que Arnau Ballester y su hija estaban subiendo para ver a Alex.

Los cuatro nos miramos cómplices, sabiendo lo que se avecinaba. Lara, Alonso y yo, que pensábamos tomarnos un café todos juntos en el despacho de Alex, le dijimos que cuando acabara la reunión nos llamara para contarnos todo. Lara y Alonso bajaron hasta sus despachos y yo, después de dejar el bolso en el mío, bajé hasta el hall para ir subiendo planta por planta presentándome y conocer a todos los trabajadores, aunque el que más me urgía conocer estaba en la quinta planta: Mateo Ferrer.

Capítulo 19



Taly

Empecé mi recorrido por la primera planta y así seguí ascendiendo una por una. En todas, los trabajadores estaban a lo suyo y se les veía centrados en sus tareas de manera eficiente. Ninguno me dio muestras de hacer nada fuera de lugar; todos se mostraron amables y muchos se alegraron de que por fin Alex tuviera a alguien que le ayudara en su trabajo del día a día, porque en muchas ocasiones le veían desbordado, o eso me dijeron. Incluso algunos, los más abiertos, me invitaron a pasarme por la sala de descanso para compartir un café con ellos.

Aquello me tranquilizó más de lo que esperaba. La empresa respiraba normalidad por los cuatro costados y, a simple vista, nada hacía pensar que algo tan grave estuviera ocurriendo entre sus paredes. La gente trabajaba, bromeaba entre ellos y cumplía con sus tareas como en cualquier otro sitio. Precisamente por eso resultaba tan inquietante pensar que, mientras todo parecía funcionar con esa calma engañosa, alguien estaba moviendo hilos desde las sombras, aprovechándose de la confianza de todos.

Ya llevaba cuatro plantas completas cuando salí del ascensor en la que, de momento, era mi objetivo prioritario: la quinta. Levanté la mirada de los papeles que llevaba en la mano, donde iba tomando notas de lo que había visto que se podía mejorar, porque aparte de ayudar a los hermanos a resolver el lío que tenían, también haría el trabajo de COO y, como se suele decir, la primera en la frente.

Del despacho donde ponía Informática salió la última persona que yo esperaba encontrar allí: Bianca.

Noté cómo algo se me encogía en el estómago al verla. No fue sorpresa, fue una mezcla de alerta y rechazo, como cuando tu cuerpo detecta un peligro antes de que tu cabeza lo procese. Había aprendido a fiarme de esas sensaciones, porque casi nunca fallaban. Y aquella mujer, plantada allí donde no debía estar, hizo que todas mis alarmas internas se dispararan a la vez.

Su despacho estaba en la sexta planta, que era donde ella trabajaba, ya que era la directora de márquetin. No pintaba nada allí y eso me escamó… o no tanto. Porque cada vez estaba más segura de que esa mujer ocultaba algo y, si además rondaba en mi cabeza que Mateo pudiera tener algo que ver, verla salir del despacho de ese chico solo hizo que mis sospechas aumentaran todavía más.

—Vaya, vaya… ¿qué se te ha perdido a ti por esta planta? Aquí no hay nada que tenga que ver con tu trabajo —me dijo en cuanto me vio, con esa soberbia que la caracterizaba.

—Todo lo que haya en la empresa es parte de mi trabajo. Para que funcione todo en condiciones, hay que conocer todos los departamentos y a las personas que trabajan en ellos —le contesté tan tranquila.

—No te acomodes mucho en ese despacho que te han dado. Cuando Alex se dé cuenta de que solo eres una cría que anda detrás de su dinero y de su posición, te mandará de una patada al agujero del que has salido. Ya me encargaré yo de abrirle los ojos y volverá a mis brazos, de donde no tenía que haberse separado nunca.

En sus ojos, al decirme esas palabras, pude ver la furia contenida que tenía dentro, pero también determinación.

—Estás más loca de lo que pensaba si crees que Alex volverá contigo. Esté yo o no en su vida, no volverá contigo nunca. Es mejor que te vayas haciendo a la idea; así te llevarás menos chasco cuando las cosas no salgan como tú quieres. —Quería llevarla al límite de su paciencia. Cuando eso pasaba, la gente solía meter la pata y descubrir alguna de sus cartas sin darse cuenta.

—La que se va a llevar un chasco eres tú. Ninguna niñata de teta va a venir de repente a joder mis planes. Así que te aconsejo que te eches a un lado si no quieres acabar muy mal.

—¿Es una amenaza? —le pregunté, tirándole un poco más de la lengua.

—De momento, solo una advertencia —me contestó, apretando los dientes y los puños.

—No te digo por dónde me paso yo tus advertencias porque, como ha quedado demostrado, tengo más educación que tú.

A mí me iba a tocar las narices esta señora; lo llevaba claro. Demasiada mierda había aguantado toda mi vida como para asustarme ahora por sus amenazas.

—Avisada estás —me dijo antes de meterse en el ascensor.

Bueno, pues me quedé bastante satisfecha con la conversación. Sin darse cuenta, me había dicho muchas cosas. Como que tenía un plan en marcha que tenía que ver con quedarse con Alex, pero estaba claro que no por amor, por mucho que quisiera hacerme creer lo contrario. Cuando quieres a alguien, le miras de una manera especial, y las dos veces que la había visto interactuar con él no vi esa mirada en ningún momento.

Si a eso le sumábamos sus amenazas hacia mí, quedaba todavía más claro que nada ni nadie se interpondría en su camino para conseguir salirse con la suya.

Cogí aire y llamé a la puerta de Mateo. A ver si con él tenía la misma suerte y conseguía ponerlo nervioso para que se fuera de la lengua. Cuando me dio paso, entré con una sonrisa en la cara. Lo primero que quería saber —cosa que descubriría con la mirada que me dedicara— era si Bianca le había puesto al tanto de quién era yo.

—Buenos días, ¿eres Mateo Ferrer, verdad? —le pregunté de forma amable.

Levantó la cabeza de los papeles que estaba mirando y me contestó muy serio.

—Sí, soy yo. ¿Quién eres tú?

—Mi nombre es Natalia Blasco y soy la nueva COO de la empresa. Estoy presentándome a todos los trabajadores para que me conozcan y para saber qué tal les va en sus departamentos —le contesté mientras alargaba mi mano para estrechársela.

Miró mi mano y, después de pensárselo unos segundos, me la estrechó sin ganas.

Pero también me miró a los ojos y ahí estaba lo que yo quería ver. Dicen que los ojos son el espejo del alma, y los suyos lo delataron. En su mirada había curiosidad, pero también rechazo… y reconocimiento al oír mi nombre. Así que sabía quién era yo, y solo se lo podía haber dicho una persona.

—Pues yo poco te puedo decir. Me va bien y no tengo ningún problema en el trabajo —me contestó, dándome largas.

—Te encargas tú solo de todo el tema informático de la empresa. Me preguntaba si no estarías mejor teniendo un ayudante —le dije, tanteándolo.

—No.

Contestó demasiado rápido. Te pillé, me dije mentalmente. Claro que no, porque si hubiera otra persona con él no podría campar a sus anchas por todos los archivos.

—No hace falta, yo solo me apaño bien —añadió después, pero ya la había cagado.

—¿Tienes buena relación con tus compañeros?

Era otra cosa que me interesaba saber, porque si no se relacionaba con nadie… ¿qué hacía Bianca allí?

—Yo aquí vengo a trabajar, no a hacer amigos —me contestó con tono borde.

No supe por qué, pero en ese momento me recordó muchísimo a Alex cuando usaba ese mismo tono. Lo dejé pasar; era imposible que se parecieran en algo así, aunque tenía que admitir que Mateo no era tan guapo como mi chico, pero era atractivo y tenía unos ojos azules casi iguales a los de Alex.

—Pero te relacionarás con tus compañeros, digo yo —insistí.

—Apenas. Yo vengo, hago mi trabajo y me voy a mi casa —me contestó de nuevo con ese tono, cada vez más incómodo.

—Pero con Bianca, la directora de márquetin, sí te llevas bien, ¿no? Antes de entrar, la he visto salir de aquí riéndose.

Fue mencionar a Bianca y su gesto cambió. Su mirada reflejó algo que no supe distinguir, pero su cuerpo habló mucho más: se tensó de tal manera que le fue imposible disimular que tenían una relación cercana.

—Vino a preguntarme algo, nada más. No tenemos ningún tipo de relación.

Mentira. Y muy gorda.

—Pues para no tener relación, parece que os lleváis bien. Yo no me río con alguien con quien solo cruzo dos palabras de temas profesionales.

Le vi apretar los puños con tanta fuerza que, si hubiera tenido las uñas largas, hasta se habría hecho sangre.

—Puedes pensar lo que quieras. Yo ya te he dicho lo que hay. Si no me vas a preguntar nada sobre mi trabajo, te agradecería que me dejaras trabajar tranquilo. No me gusta hablar de mi vida privada, y mucho menos con una desconocida cotilla.

Vaya si tenía carácter. Que se pusiera a la defensiva por dos preguntitas solo hizo que se colocara todavía más en mi punto de mira.

—De momento, con estas preguntas tengo más que suficiente. Respecto a tu trabajo, no tengo ninguna ahora mismo. Esto solo era una toma de contacto, como estoy haciendo con todos tus compañeros. Pero ten por seguro que volveré a venir para ver si todo marcha bien en tu trabajo —remarqué bien *tu trabajo*—. Que tengas buena mañana.

Salí sin esperar respuesta.

Di dos pasos para marcharme, pero me arrepentí en el último momento. Pensaba volver a entrar y pedirle un informe de los datos que manejaba y del sistema operativo que usaba, pero cuando puse la mano en el pomo de la puerta oí que hablaba por teléfono y estaba muy alterado.

Me pegué a la puerta para escuchar mejor, aunque con el tono de voz que utilizaba apenas hizo falta.

—No le he contado nada, es una puta cotilla. Me ha estado interrogando por mi relación con mis compañeros. ¿Qué coño le importa a ella eso?

Estaba claro que hablaba con alguien de mi conversación… pero ¿con quién?

—Luego me ha preguntado si me llevaba bien contigo porque te había visto salir de aquí.

Y ahí estaba mi respuesta servida en bandeja. La que estaba al otro lado de la línea era Bianca.

—Que no, mamá, joder. Le he dicho que habíamos hablado de trabajo y creo que se lo ha tragado.

¿Mamá?

La hostia puta. Si me hubieran pinchado en ese momento, ni una gota de sangre me hubieran sacado porque se me había quedado toda congelada.

—Lo siento, se me ha escapado. No volverá a ocurrir, tranquila. Es que esa niña de los cojones me ha alterado con sus preguntitas.

Seguramente Bianca le estaba echando la bronca por llamarla «mamá» y arriesgarse a que alguien pudiera escucharlos.

—¿Tú crees que pueda sospechar algo de lo que estamos haciendo?

Ole tú. Con esa pregunta ya tenía la confirmación de que eran ellos los que la estaban liando con las cuentas y se estaban quedando con el dinero.

—A mí tampoco me ha dado esa impresión. Es imposible que nadie sospeche de nosotros. Esa estúpida solo quiere dar un braguetazo con Alex.

Silencio…

—Estoy harto de toda esta mierda. Espero que el tío hoy tenga suerte en la reunión y le achuche bien para que venda de una puta vez. Esta empresa es mía por derecho, al igual que todo el dinero.

»A mi manera de ver, lo que hemos hecho no es robar. Es coger el dinero que se me debía desde mi nacimiento. No quiero seguir hablando de esto aquí, cualquiera podría oírnos. Nos vemos luego en casa.

Colgó.

¡¡Madre mía!!

Lárgate de aquí ahora mismo, Taly, no sea que salga y te pille, me dije a mí misma. Ni esperé al ascensor: eché a correr por las escaleras y, mientras bajaba, empecé a recitar la tabla periódica para calmarme.

Hidrógeno, Helio, Litio, Berilio, Boro, Carbono…

Capítulo 20



Alex

El gilipollas de Arnau y la cansina de su hija no podían venir en otro momento, no; tenían que elegir precisamente ese. Con las ganas que tenía de tener a Taly desnuda encima de la mesa de mi despacho, me habían fastidiado el plan. Pero claro, no podía negarme a esa reunión; era importante que supiéramos si mi chica estaba en lo cierto con sus sospechas y si ese cabrón lo que quería era quedarse con la empresa.

Entré en el despacho e intenté calmarme. No por mi calentón, ese ya se me había quitado de golpe solo con oír el nombre de esos dos. Tenía que serenarme para hacerme el tonto y que no se dieran cuenta de que sospechaba de ellos. Otra cosa que me estaba preguntando mientras me sentaba en mi sillón era para qué coño venía la hija, si de lo que teníamos que hablar era de negocios.

Unos golpes en la puerta me hicieron dejar de pensar a qué vendría Fabiola. Eran ellos y, en unos momentos, saldría de dudas. Les di paso y ahí entraron los dos.

Arnau, con ese porte que se gastaba siempre de hombre fiero de negocios, miraba a los demás por encima del hombro como si le debieran dinero o como si fueran insectos a los que había que aplastar. Y la otra… Dios mío, la otra es que de verdad era para darle de comer aparte. Se pensaba que iba a la pasarela Cibeles, por lo menos. Siempre iba de punta en blanco, pero ese día lo suyo ya era pasarse. Joder, que llevaba en la cabeza hasta una pamela. Por favor.

De verdad que en algún momento me había planteado la posibilidad de casarme con ella para salvar la empresa; antes vendería mi alma al diablo, me dije a mí mismo.

—Buenos días —les dije, levantándome de mi sillón y rodeándolo para ofrecerles la mano y saludarlos.

—Buenos días, Alex —me contestó Arnau muy sonriente, como si supiera que ya me tenía cogido por los huevos y se fuera a salir con la suya, estrechándome la mano.

—Buenos días, amorcito. A mí dame un beso; pronto estaremos casados y lo de la mano es muy frío.

Dios bendito, se me revolvieron las tripas del asco cuando se acercó a mí para darme un beso en la mejilla, y su perfume —uno muy fuerte y excesivamente dulzón— dejó un pestazo por todo mi despacho. Cuando se fueran, tendría que dejar las ventanas abiertas media mañana para que ese desagradable olor se fuera de allí, o no iba a ser capaz de trabajar.

—Vosotros diréis, ¿a qué se debe esta visita tan temprano? —pregunté antes de volver a sentarme en mi sillón y de que Arnau lo hiciera en la silla de delante. Fabiola, en cambio, se quedó de pie, y eso hizo que la mirara con una ceja alzada, interrogante.

—Papá ha venido a ultimar los detalles de nuestro acuerdo. Yo solo he subido a saludarte. He quedado con unas amigas para ver vestidos de novia; no quiero que luego se me eche el tiempo encima y andar con prisas.

Me atraganté con mi propia saliva y tuve que toser un par de veces.

¿Pero esta tía estaba chiflada o qué le pasaba? Ni siquiera le había dicho a su padre que sí y ya iba a mirar vestidos, decía. Y con sus amigas, esas que yo también conocía y que eran igual o peor que ella. Si tenía pocos pájaros en la cabeza, en cuanto se juntara con ellas, podrían montar juntas un museo de las aves. Por si os lo estáis preguntando, no iba a mirar el vestido con su madre, como sería lo habitual, porque la mujer de Arnau murió hace años por una enfermedad y, por lo que sabía, no tenían más familia; por eso Fabiola tiraba de sus amigas para lo del vestido.

—Hija, vete ya, no hagas esperar a las chicas. Cuando acabe aquí, te doy encuentro y vamos a hablar con el cura para que nos reserve la fecha que tú quieres.

Ale, éramos pocos y parió mi abuela. El otro ahora, que iban a ver al cura. ¿Me habría echado alucinógenos Celia en el desayuno? Porque estaba flipando en colores; solo me faltaba ver un unicornio cagando helados de colores.

—El día de esta semana que te venga bien quedamos para comer y vamos ultimando detalles. Además, tienes que llevarme a tu casa para presentarme a tu abuela formalmente. La he visto un par de veces por la calle, pero nunca hemos hablado.

Si te llevo a mi casa y te coge mi abuela por banda, te suelta cuatro frescas y te largas llorando, guapa, pensé.

—Sí, sí, ya lo vamos viendo sobre la marcha. Ya sabes que estoy muy ocupado y tengo que cuadrar mi agenda —le dije para que me dejara en paz de una vez, porque me estaba poniendo de los putos nervios.

—Perfecto. Entonces esperaré tu llamada. Ahora os dejo solos para que habléis de negocios, que a mí esas cosas no me interesan y me dan dolor de cabeza.

Hablar de negocios le daba dolor de cabeza, y esa pamela que debía pesar un quintal no, mandaba cojones lo que tenía que oír uno de buena mañana. En fin, asentí con la cabeza para que se marchara de una vez por todas.

Rodeó mi escritorio y se inclinó hacia mí para darme un beso muy cerca de la comisura de los labios, y tuve que aguantarme la arcada que me provocó. Volvió hasta su padre y, después de darle un beso en la mejilla, por fin se marchó, dejando a su paso un rastro de ese pestilente olor a pachuli.

—Bueno, Alex, ahora que mi hija se ha ido, vamos al grano. Como sabes, soy un hombre muy ocupado y supongo que tú, con el panorama que tienes, estarás igual.

Claro que tenía que estar muy ocupado, entre aguantar a una hija que estaba pirada y maquinar para quedarse con mi empresa. No creía que le quedara tiempo ni para sonarse los mocos.

—Por supuesto, tú dirás —le respondí, levantando la mano e invitándole a que dijera todo lo que quisiera.

—Lo primero, aquí tienes el contrato de que te comprometes a casarte con mi hija —dijo, sacando los papeles del maletín que traía—. Entre ellos también está bien especificado un acuerdo prematrimonial; como comprenderás, tengo que velar por el futuro de mi hija en el caso de que no te portes como un hombre decente.

Sería desgraciado, tenía la poca vergüenza de hablarme a mí de decencia. Cálmate, Alex, me dije a mí mismo para no sacarle a hostias de mi despacho.

—Sí, claro, lo entiendo perfectamente —contesté lo más calmado que pude.

—Y por último, este es un estudio de mercado que han hecho mis asesores. En un principio me ofrecí a dejarte el dinero, pero según todos los datos que han recopilado y el estado en el que está la empresa ahora mismo, es inviable que solo con una inyección se recupere. La empresa solo saldrá de la ruina si la vendes y cambia de nombre.

Y ahí estaban confirmadas las sospechas de Taly: el muy cabrón se quería quedar con la empresa.

—Yo también lo he estado pensando; por más vueltas que le he dado a los números, no veo una salida —le dije, siguiéndole el juego.

—Como en breve seremos familia y yo cuido de mi familia, te ofrezco ser ese comprador. Creo que es lo mejor; así todo quedaría en casa y la empresa no se la quedaría cualquier persona desconocida. Por supuesto, tú, como mi yerno, seguirías siendo el CEO.

»Yo tengo muchos otros negocios que atender, esos que serán los que ponga de aval para levantar esta empresa. Como ves, para mí también es un riesgo. Si esto sale mal, puedo perder mucho dinero y alguno de mis negocios, pero estoy dispuesto a arriesgarme.

Encima pretendería que le diera las gracias y todo, como si me estuviera haciendo un favor y fuera mi salvador. Vamos.

—Sabes que no soy el único dueño; mis hermanos también lo son, a partes iguales que yo. Lo tengo que hablar con ellos, pero estoy seguro de que venderían también. Eso sí, ellos se quedarían trabajando en sus puestos, supongo. —Vi cómo sus ojos brillaban cuando le dije que mis hermanos también venderían.

—Por supuesto que se quedan. Son tu familia y, por extensión, la mía también. Puedes decirles que se queden tranquilos en ese aspecto. Aquí tienes la oferta que te hago; es bastante generosa dadas las circunstancias, pero por ser tú creo que es lo justo —dijo, entregándome el último papel.

—Bien, pues hablaré con mis hermanos cuanto antes para enseñarles tu oferta y también miraré lo de los dos contratos. En cuanto lo tenga todo leído, te avisaré para una nueva reunión.

—Léelo con calma. Y ya me dices. Por el contrato de venta no te preocupes; mis abogados se encargarán de todo. Es más, les iré diciendo que lo vayan redactando para tenerlo listo cuando me llames. Estoy seguro de que los tres diréis que sí a la venta. Al fin y al cabo, es vuestra empresa y qué mejores manos que las mías para quedársela. Yo ni siquiera estaré aquí a diario; lo único que cambiará será el nombre, lo demás seguirá todo igual para vosotros.

—Gracias por todo, Arnau —dije levantándome para darle la mano. Otro que quería que se fuera a tomar por culo con su hija o acabaría estampándole el puño en la cara.

—Gracias a ti, Alex. No te arrepentirás de tomar esta decisión; es lo mejor, créeme —contestó estrechándome la mano.

Dos minutos después vi cómo salía de mi despacho con una sonrisa enorme en la cara, como si ya hubiera ganado. Pues te vas a caer de culo cuando veas que tus planes no van a salir según tus planes, hijo de puta, le dije en mi cabeza.

Me quedé de pie unos segundos más, con los papeles todavía en la mano, respirando hondo para no lanzar nada contra la puerta que acababa de cerrarse. La sonrisa de suficiencia de Arnau seguía grabada en mi cabeza como una maldita cicatriz. Se creía ganador, se veía ya firmando la escritura de venta y paseándose por la empresa como si siempre hubiera sido suya.

Dejé los documentos sobre el escritorio sin mirarlos y me pasé una mano por la cara. Tenía que avisar a mis hermanos cuanto antes y, sobre todo, a Taly. Ella tenía que ver esto. Cada cláusula, cada palabra envenenada de ese contrato confirmaba que no estaba equivocada. Nos estaban empujando al abismo para luego ofrecerse como salvadores.

Cogí el móvil con decisión. Se había acabado el tiempo de hacerme el ingenuo. A partir de ese momento, el juego cambiaba… y esta vez no pensaba perder.

Capítulo 21



Taly

Me senté en las escaleras de la primera planta. Necesitaba un rato a solas para poner en orden mis ideas; todavía no me podía creer todo lo que había escuchado.

Bianca era la madre de Mateo y nadie lo sabía.

¿Por qué lo habrían ocultado?, me pregunté.

Estaba segura de que había mucho más detrás de lo que parecía a simple vista. Si no, no tenía sentido que hubieran ocultado una cosa así simplemente para robar dinero.

Además, según las palabras de Mateo, estaba convencido de que no habían robado, porque ese dinero le pertenecía por derecho. Si eso era cierto, solo había una razón posible para que pensara de esa manera: él también era hijo del padre de los tres hermanos Ripoll.

Y, por lo que sabía de sus edades, Mateo solo era unos meses mayor que Alex. Pero entonces Bianca debía de haberlo tenido siendo muy joven; apenas habría cumplido la mayoría de edad cuando su hijo nació.

Hice una lista mental de los siguientes pasos que tendría que dar para averiguarlo todo. Algo que iba a hacer sin decírselo a nadie, ni siquiera a

Alex. Era un tema muy delicado y prefería no decir nada hasta no tener todas las pruebas en mis manos que arrojaran algo de luz sobre toda la trama.

Primero miraría la partida de nacimiento de Mateo. En ella podría ver quién figuraba como su padre, en el caso de que hubieran añadido su nombre, y con qué nombre real lo registraron. Porque otra cosa que no me cuadraba era que Bianca y él no llevaran los mismos apellidos.

También comprobaría si Bianca había estado casada en algún momento, porque esa podía ser otra posibilidad: que su exmarido le hubiera dado los apellidos a su hijo.

Otra de las cosas con las que aluciné fue cuando Mateo llamó «tío» a Arnau Ballester. ¿Sería su tío de verdad o lo llamaba así por otro motivo? Es cierto que, a veces, a un amigo muy cercano se le da ese título por la cercanía de la relación que se tiene con él.

El sonido de mi móvil anunciando un mensaje me sobresaltó, sacándome del estado pensativo en el que estaba. Lo saqué del pantalón y, al mirar la pantalla, vi que era Alex. Seguramente ya habría terminado la reunión con Arnau y querría ponernos al corriente de lo que le había dicho.

Alex: *Cariño, ¿dónde estás?*

Taly: *En la primera planta. ¿Necesitas algo?*

Alex: *A ti te necesito a todas horas, pero ahora eso tendrá que esperar un rato más. Arnau ya se ha marchado. ¿Puedes subir a mi despacho? También he avisado a mis hermanos para que vengan y así os lo cuento a todos a la vez.*

Taly: *Yo también te necesito a todas horas, me encanta cuando me llenas de ti. Ahora subo.*

Alex: *Joder, nena, no me digas esas cosas, que me pongo duro solo de pensar en llenarte. Cuando acabemos la reunión te voy a follar bien duro encima de mi mesa.*

Taly: *Umm, ya estoy mojada solo de pensarlo.*

Alex: *Sube ya, os lo resumiré rápido y después no vas a salir de mi despacho el resto de la mañana.*

Taly: *Estoy subiendo, bombón.*

El último mensaje se lo mandé con una carita sacando la lengua, de esas que babeas porque algo está delicioso. Me encantaba picarle para que se encendiera, aunque, la verdad sea dicha, tampoco le hacía falta decirle mucho. Siempre estaba dispuesto y preparado para que tuviéramos sexo… y yo también, no voy a decir lo contrario.

Cuando llegué al despacho, la puerta estaba entreabierta. Dentro se oían las voces de los tres. Entré sin llamar y lo primero que hice fue mirar a Alex a los ojos.

Sin decir palabra, solo con la mirada, me transmitió las ganas que tenía de que terminara esa reunión para sentarme encima de su mesa y hacerme de todo. Le guiñé un ojo y me pasé la lengua por los labios, relamiéndomelos, para decirle que yo también tenía planes para después.

Pero cuando avancé un poco más dentro del despacho, un olor desagradable me hizo arrugar la nariz. No pude evitar preguntar a qué se debía.

—¿A qué huele? ¿Has echado un ambientador nuevo? —le pregunté a Alex.

—Joder, tú también lo has notado. Pensé que era cosa mía. Hermano, tira ese ambientador y compra otro, este pestazo no hay quien lo aguante —dijo Alonso arrugando la nariz.

—A mí se me ha revuelto el estómago nada más entrar. Es tan fuerte y desagradable que hasta marea —añadió Lara.

—No es un ambientador, es el perfume que usa Fabiola. Y creedme, ahora ya apenas huele. Cuando se han marchado he tenido que abrir las ventanas. Cuando se ha acercado a mí para saludarme casi le vomito encima —dijo Alex.

—Madre mía, ¿pero cuánto se ha echado? ¿Todo el frasco o qué? —preguntó Alonso con cara de asco.

—Pues anda que tener que aguantar esta peste todo el rato que habéis estado hablando… ha tenido que ser insufrible —añadió Lara.

—Solo ha estado aquí cinco minutos. Tenía prisa porque había quedado con sus amigas para ir a mirar vestido de novia —dijo Alex con diversión.

—¿Estarás de broma? —preguntó Alonso, alucinando igual que Lara y yo.

—No. Además, cuando Arnau se ha marchado de aquí iba a encontrarse con ella para ir a ver al cura y fijar una fecha para la boda —nos dijo riéndose a carcajadas, ya sin poder contenerse.

—Vaya hostia que tienen los dos. Están para que los encierren o les den una paguita —dijo Alonso, uniéndose a las risas.

—¿Entonces has aceptado casarte? —preguntó Lara frunciendo el ceño.

—Ni de puta coña aceptaría una cosa así —contestó Alex, mirándome a mí a los ojos para que supiera que, si algún día se casaba, sería conmigo.

—¿Y qué son toda esa montaña de papeles que tienes ahí? ¿Te los ha dado Arnau? —pregunté.

—Sí. Aquí tengo el contrato por el que tendría que comprometerme a casarme con su hija a cambio de su ayuda; el contrato prematrimonial, que no quiero ni mirarlo; y, por último, lo más interesante: la oferta de compra que nos hace a los tres por la empresa. Muy generosa, palabras suyas, no mías —explicó señalando cada carpeta.

Alonso cogió la de la oferta, Lara la del contrato de compromiso y yo la del contrato prematrimonial para echarles un vistazo.

—Esto es insultante —dijo Alonso enfadado.

Me acerqué a él para ver la cantidad que ofrecía por la empresa y la verdad es que era de risa. La empresa, aun estando en la ruina, valdría por lo menos

tres veces más. Y el tío tenía la cara dura de decir que era muy generosa. Ver para creer.

—Taly, tenías razón. Nos ha ofrecido comprar; en ningún momento tenía intención de dejarnos el dinero —dijo Lara enfadada.

—Está claro que sus intenciones siempre han sido quedarse con la empresa. Ya no hay ninguna duda —contestó Alex.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Alonso, aunque esa pregunta nos la estábamos haciendo todos.

—Le he dicho que hablaría con vosotros y que revisaría todo antes de firmar nada. Pero se ha ido contento porque le dije que seguramente estaríais de acuerdo en firmar la venta —contestó mirando a sus hermanos.

—¿Y tú, Taly? ¿Has visto algo raro entre los trabajadores que has conocido? —me preguntó Lara.

Tuve que poner mi cara de inocencia para no mentirle. Había descubierto algo muy gordo, pero aún no quería decírselo.

—Aún no. De momento, todos me han parecido de lo más normal. No he visto nada fuera de lugar ni ningún comportamiento raro —les dije para tranquilizarlos.

—¿Y con Mateo Ferrer? —preguntó Lara.

—Me ha parecido un tío taciturno y poco hablador. No he visto nada raro, pero sigue en mi radar. Le seguiré los pasos hasta que me quede conforme. —Los tres asintieron.

—Todos mantendremos los ojos abiertos y, si vemos algo raro, te lo diremos para que tengas más hilos de los que tirar —propuso Alex.

—Buena idea. Cualquier pequeño detalle es importante. Yo seguiré revisando las cuentas y echaré un vistazo a los ordenadores. Miraré los correos internos, aunque no creo que los culpables hayan sido tan tontos de dejar rastro, pero nunca se sabe.

Seguimos charlando un rato más y, media hora después, Lara y Alonso se marcharon a sus despachos. Alex y yo nos quedamos solos.

Como me había prometido en el mensaje que me mandó cuando me pidió que subiera, cumplió con todo. Los dos acabamos desnudos encima de su mesa, dándonos placer mutuamente. Fue un momento muy especial, no solo por el sexo compartido, sino por las palabras que me dijo al terminar.

Apoyó su frente en la mía, aún dentro de mí, y me habló con la voz tomada por la emoción.

—Te quiero, Taly. No sé cómo ha podido pasar esto tan rápido, pero estoy locamente enamorado de ti. Quiero que seas mi todo y que te quedes en mi vida para siempre.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y tuve que tragar saliva antes de contestar por el nudo que se me formó en la garganta.

—Yo también te quiero. Desde el primer momento que te vi, mi corazón fue tuyo. Yo también quiero que seas mi todo y construir un futuro contigo.

Vi que él tenía el mismo nudo que yo.

—Ahora voy a hacerte el amor. Quiero que mi cuerpo te diga todo lo que yo no puedo expresar con palabras, porque estoy tan abrumado por la oleada de sentimientos que me recorren el cuerpo y el alma a tu lado que no puedo ni hablar.

Sus ojos brillaban por la emoción, igual que los míos.

—Mi cuerpo te amará de la misma manera. Hazme tuya, Alex.

Ya no hubo más palabras, solo movimientos lentos y medidos. Todo fueron caricias y miradas que prometían una vida juntos. Susurros de muchos «te quiero» y «te amo tanto». Piel con piel y dos corazones latiendo al mismo ritmo, con un compás que nos unió para siempre.

Capítulo 22



Taly

Habían pasado dos semanas desde que Alex y yo nos declaramos en su despacho y, desde entonces, había vivido la mejor semana de mi vida. Salimos a comer, a cenar y a pasear por la playa después del anochecer, donde dimos rienda suelta a la pasión que sentíamos el uno por el otro mientras las olas del mar nos mecían, acompañando nuestros movimientos.

Pasamos mucho rato en su casa, donde me quedé a dormir casi todas las noches, después de pasar unas cenas muy divertidas con sus hermanos, su abuela y Celia. También habíamos estado comiendo varios días con mi hermano y mi cuñada, y un día del fin de semana lo pasamos con Neizan en el Oceanogràfic. Mi sobrino era un apasionado de los animales y se lo pasó de maravilla.

Lo que me sorprendió fue la buena mano que tenía Alex con él. Estaba segura de que, cuando llegara el momento, sería un gran padre.

Lo que no iba tan bien eran mis avances en descubrir nada de las vidas de Bianca y Mateo, y ya empezaba a desesperarme. Era verdad lo que les había dicho a los tres hermanos: era buena con los ordenadores, pero mis conocimientos no llegaban a tanto como para infiltrarme en ninguna Administración pública. Necesitaba ayuda y sabía quién podría ayudarme sin hacer preguntas.

Cuando estudié en la universidad, uno de mis compañeros era un auténtico crac con los ordenadores. No es que llegáramos a ser amigos ni muchísimo menos, pero acabamos teniendo una relación bastante buena. Había una asignatura que se le atragantó y era la única que le quedaba para terminar la carrera. Como siempre que veía a alguien en problemas, me ofrecí a ayudarle. Le preparé esquemas y le enseñé trucos para que pudiera retener fácilmente los datos más importantes, y consiguió aprobar.

Antes de separarnos, al acabar nuestros estudios, me dijo que si en algún momento de la vida necesitaba cualquier favor, que le llamara. Me aseguró que gracias a mí había podido terminar y que era de ley devolver favor por favor. Aún conservaba su número de teléfono, así que tomé la decisión de escribirle y ver si podía ayudarme a descubrir algo.

Taly: *Hola, Unai, soy Taly. ¿Te acuerdas de mí?*

Unai: *Hola, preciosa, claro que sí. Nunca podría olvidarme de la persona que me ayudó a conseguir terminar la carrera, fuiste mi salvadora.*

Taly: *Tampoco fue para tanto, tú solo lo habrías conseguido, aunque te hubiera costado un poco más.*

Unai: *Los dos sabemos que eso no es cierto, pero lo dejaremos estar. ¿Y tú qué tal? ¿Cómo te va todo?*

Taly: *Bien… o bueno, casi. Tengo un problema y necesito tus conocimientos para que me ayudes. Si quieres, claro.*

Unai: *Por supuesto que te ayudaré en lo que haga falta, ya te lo dije en su día. Estoy en deuda contigo y, si está en mi mano ayudarte, cuenta con ello. ¿Qué necesitas?*

Taly: *Necesito todo lo que puedas encontrar de dos personas: el vínculo que las une, aunque creo que son madre e hijo, pero sus apellidos no son los mismos; quiénes son sus familiares… Tengo sospechas de que están robando a mi pareja en su empresa. Por una conversación que escuché sin que ellos lo supieran, creo que el chico puede ser hermano de mi pareja, pero eso ya son ideas mías.*

Unai: *Joder…* —Envió emojis de risa—. *Sigues en tu línea de rodearte de gente con problemas, por lo que veo.*

Taly: *Ya ves que sí. Mi hermano tiene razón, parece que tengo un imán para la gente así. ¿Podrás ayudarme?*

Unai: *Cuenta con ello. Solo necesito sus nombres y te diré hasta el número de calzado que gastan. Este tiempo en el que no nos hemos visto he ampliado mis conocimientos.*

Taly: *No quiero que te metas en problemas por mi culpa. Si te pillan…*

Unai: *No me pillarán. Cuando fisgoneo, no dejo nunca mi rastro ni nada que pueda delatarme, soy como un fantasma. Nadie sabrá quién te ha conseguido toda la información, puedes estar tranquila. Dime los nombres.*

Taly: *Está bien, Casper. Ella se llama Bianca Pascual y el chico Mateo Ferrer.*

Unai: *Mañana tendrás todo lo que encuentre de ellos.*

Taly: *¿Mañana? ¿Leches, además de Casper también eres Flash?*

Unai: *Ja, ja, ja. Esta tarde no tengo nada que hacer, estaba de lo más aburrido, pero ahora me has dado un entretenimiento con el que sabes que disfruto mucho. Además, has despertado mi lado cotilla; no pienso irme a dormir sin saber lo que esconden esos dos.*

Taly: *Muchísimas gracias. Sobra decir que, aunque no consigas nada, si necesitas cualquier cosa, sabes que te ayudaré encantada.*

Unai: *Tú ya hiciste tu parte, ahora me toca hacer la mía. No tienes que agradecerme nada. Voy a ponerme con ello y, en cuanto lo tenga todo, te escribo.*

Taly: *Vale, esperaré ansiosa tu mensaje. Un abrazo.*

Unai: *Un abrazo. Y no te acerques a nadie que no conozcas en unos días, seguro que estará en problemas. Primero solucionamos uno antes de pasar al*

siguiente, ja, ja, ja.

Esas fueron sus últimas palabras antes de dejar de estar en línea. Estaba segura de que nada más dejar el móvil había cogido su portátil y se había puesto a teclear como un loco. Si había algo, Unai lo encontraría. Saber eso me dejó más tranquila porque cada día que pasaba estaba con más tensión en mi cuerpo.

Seguí sin decirles nada ni a Alex ni a sus hermanos de mis sospechas y tenía unas ganas locas de que todo aquello acabara para poder vivir tranquilos.

Alex también andaba más tenso que de costumbre. Cada día que pasaba era un día más cerca de la ruina y, si no encontrábamos nada pronto, tendría que plantearse seriamente vender la empresa, aunque ni de coña el dueño sería Arnau; eso era algo que tenía decidido. Buscaría a otra persona.

Es más, ya había tanteado a un par de posibles compradores. Con uno se había reunido allí mismo, en la oficina, y con otro, que era de Alemania, tuvo la reunión por videollamada. Yo misma le hice de intérprete.

Ese día estaba superliado. Había estado toda la mañana en la fábrica, en las afueras de la ciudad, hablando con el encargado por un problema de envasado en una de las cajas de bombones que más se vendían. Había llegado hacía apenas cinco minutos, con cara de cansancio y bastante agobiado. Aún le quedaba hacer unas cuantas llamadas y bastante papeleo.

No pensaba dejarle con todo por nada del mundo. No estaba dispuesta a que le diera otra crisis de ansiedad, así que haría yo misma todo el trabajo que pudiera.

—Alex, voy a bajar a la cafetería que está en la calle de enfrente y subiré comida para los dos. Después, si quieres, mientras tú haces esas llamadas, yo te ayudo con el papeleo. Así terminarás antes. ¿Te parece bien? —le dije, acercándome a él para acariciarle el pelo antes de darle un beso en los labios.

—Me parece perfecto, cariño. Estoy saturado hoy. Comeremos algo rápido y después nos ponemos con todo lo pendiente. Entre los dos terminaremos

antes. Y después nos iremos a casa, te meteré en mi cama y no te dejaré salir de allí hasta mañana. —me contestó, dándome una palmada en el culo.

—Me encanta el plan, sobre todo la última parte. ¿Qué te subo de comer? —le pregunté, poniéndome el bolso al hombro.

—Un bocadillo de tortilla y, si no tienen, un sándwich. Para beber, un Trina de naranja —asentí a su petición y salí del despacho lanzándole un beso con la mano.

Al final sí que tenían bocadillos de tortilla. Pedí uno para cada uno y una ración de bravas para compartir; un Trina para Alex y una cola light para mí.

Mientras esperaba a que me prepararan el pedido, me senté en un taburete en la barra y me puse a mirar noticias en el móvil. Estaba tan concentrada leyendo que no noté que alguien se colocó a mi lado hasta que lo noté demasiado cerca.

Levanté la mirada y ahí estaba la persona que menos esperaba encontrarme en ese momento y, encima, en una cafetería. Él era más de restaurantes de cinco tenedores. Arnau Ballester, al que había conocido días atrás en una de las visitas que le había hecho a Alex para achucharle con la venta.

Mi chico me presentó como su mano derecha. No queríamos que Arnau supiera de nuestra relación; eso sería darle una pista de que Alex no tenía ninguna intención de casarse con su hija. Es más, decidimos llevarlo con discreción para que nadie pudiera irle con el cuento, así que, aparte de nuestras familias y Bianca, no lo sabía nadie más.

—Señorita Blasco, qué sorpresa más agradable encontrarla por aquí —me saludó con una sonrisa que no me gustó nada.

—Buenas tardes, señor Ballester. Yo también me he sorprendido. Desde luego, no le hacía a usted en un sitio como este; no le pega —le contesté, para que no se pensara que era tonta y me creyera que estaba allí por casualidad.

—Es usted muy lista. Nunca había entrado en esta cafetería, pero la he visto desde fuera y no me he podido resistir a entrar a saludarla. No todos los

días puede admirar uno a una mujer tan bella tan de cerca —me dijo, mirándome como si pudiera comprarme con una frase.

—Gracias por el halago, pero no tenía que haberse molestado en entrar. Me voy en cuanto me den mi pedido, me están esperando —contesté con el tono más seco que me salió.

—Vamos, mujer, ya que he entrado, no me haga el feo y tómese algo conmigo —insistió, acercándose más a mí, como si pretendiera intimidarme.

—No quiero nada —repetí, igual de fría.

Os juro que no lo vi venir. Con un movimiento rápido me agarró de la cintura e intentó besarme. Menos mal que fui rápida y aparté la cara. Apoyé las manos en su pecho para separarlo, cosa que me costó un montón porque el tío no me soltaba.

Cuando lo conseguí, lo fulminé con la mirada.

—Ni se te ocurra volver a tocarme si no quieres acabar en urgencias. ¿De qué cojones vas? —dije, con la rabia subiéndome desde el estómago.

—Tranquila, gatita. —Alzó las manos, fingiendo calma—. Pensé que tú y yo podíamos pasar un buen rato. Tienes pinta de ser una fiera en la cama y a mí me encantan las mujeres así —remató, tan campante.

El asco que me dio fue inmediato. No se podía ser más asqueroso. Si me apuraba un poco, podría ser hasta mi abuelo.

Justo en ese momento el camarero dejó la bolsa con mi pedido encima del mostrador, a mi lado. La agarré de un tirón y me levanté del taburete para largarme lo más rápido posible de allí, pero antes le solté una última frase.

—No vuelvas a acercarte a mí. Ni siquiera me dirijas la palabra nunca más en tu vida. —La sonrisa que me dedicó no me gustó ni un pelo. Ese desgraciado escondía algo, estaba segura.

Subí al despacho con la comida y decidí no contarle nada a Alex. Bastante tenía ya como para añadirle otra preocupación. Si se lo decía, estaba segura

de que iría a por Arnau.

Comimos, acabamos todo el trabajo y pasamos el resto del día en su cama, como me prometió, amándonos.

Capítulo 23



Alex

Cada día estaba más estresado; los problemas no dejaban de acumularse. Aún no habíamos descubierto quién cojones nos estaba robando. Taly se pasaba las horas pegada al ordenador, intentando encontrar cualquier pista, y el resto del tiempo mezclándose con los trabajadores para observarlos y ver si pillaba a alguno en un renuncio.

Barajamos la posibilidad de llamar a la policía y dejar que ellos se encargaran, pero decidimos esperar un poco más. Si la persona o personas que lo estaban haciendo veían que nos habíamos dado cuenta de lo que pasaba, era posible que se largaran con el dinero y, con tal cantidad como la que se habían llevado a lo largo de dos años, podrían esconderse en cualquier parte del mundo y no los pillarían nunca.

Por otra parte, el gilipollas de Arnau no dejaba de insistir con que firmáramos todos los papeles cuanto antes. Menos mal que había podido darle la excusa de que no había acabado de leerlo todo bien porque habíamos tenido un problema en una de las fábricas, cosa que era cierta. Se había estropeado una de las máquinas de empaquetado y tuvimos que parar la producción durante dos días. Eso provocó retrasos en las entregas y algunos clientes estaban que trinaban.

Menos mal que mi relación con Taly cada día iba a mejor. Gracias a ella, que era quien me daba la paz que necesitaba, los días se hacían un poco más soportables. Hacíamos muchas cosas juntos y casi todas las noches dormía en

mi cama. Solo se había ido a su casa tres noches desde que estábamos juntos, y fue porque su cuñada tuvo que hacer un favor a una compañera cambiándole el turno de tarde por el de noche y, como Óscar siempre hacía el turno nocturno del taxi, ella fue a quedarse con Neizan.

Estaba pensando en pedirle que se mudara conmigo. Tenía claro que quería pasar el resto de mi vida con ella porque la amaba más que a nada en el mundo. Se lo pediría esa misma noche.

Unos toques en la puerta de mi despacho me devolvieron a la realidad y me sacaron de mis pensamientos sobre cómo pedirle a mi chica, de una manera especial, que se mudara conmigo. Di paso y, cuando entró Bianca, solté un resoplido.

No me había molestado mucho, la verdad sea dicha, pero de vez en cuando se pasaba por mi despacho para soltarme pullitas y cada vez estaba más harto.

—¿Qué quieres, Bianca? Estoy muy ocupado —le dije con tono borde, ese que Taly decía que hasta así la ponía.

—Lo que vengo a decirte es muy importante —me respondió acercándose hasta mi escritorio, pero en vez de sentarse en la silla se apoyó en la esquina, a mi lado.

—Habla rápido. Espero que no sean problemas en tu departamento porque estoy hasta arriba de ellos como para que tú me traigas más.

—No es nada de eso. ¿Está la niña en su despacho? No quiero que nos oiga.

¿Qué narices querría contarme con tanto misterio que no quería que Taly se enterara?

—Está con mi hermana en la sala de descanso, pero aunque estuviera aquí daría igual. Entre ella y yo no hay secretos, así que puede escuchar cualquier cosa que me digas.

—Eso de que no hay secretos será por tu parte, pero no por la suya —me dijo muy segura.

—¿Qué coño dices? No vengas aquí a meter mierda entre nosotros porque no te lo voy a consentir —le respondí enfadado.

—Antes de pensar que yo soy la mala, déjame enseñarte algo. Cuando lo veas, espero que abras los ojos y te des cuenta de que la única que te quiere soy yo.

¿Pero de qué me estaba hablando esta mujer? Estaba totalmente perdido.

Me entregó una carpeta que llevaba en las manos y me pidió que la abriera. Menos mal que seguía sentado en la silla, porque si no me habría caído redondo al suelo.

Mi corazón se saltó dos latidos antes de romperse en mil pedazos.

¿Cómo había sido capaz de engañarme de esa manera? Y lo que era peor: ¿cómo había sido tan tonto de creerme que quería ayudarnos y que me amaba?

En mis manos tenía varias fotos. En una se veía a Taly sentada en la barra de la cafetería a la que había ido el día anterior a por nuestra comida. En otra se veía a Arnau entrar por la puerta. En la siguiente, a los dos hablando. Y en las dos últimas… en una la estaba agarrando por la cintura para pegarla bien a él y, en la otra, se veía cómo se besaban.

—¿Cómo has conseguido esto? —le pregunté a Bianca mientras el dolor daba paso a un enfado enorme y la sangre me hervía de rabia.

—Contraté a alguien para que la investigara y la siguiera. Esa niña no me dio buena espina desde el principio, ya lo sabes. Estas fotos son de ayer, pero no es la primera vez que se veían.

»El hombre que contraté los oyó decir, en una de las conversaciones que tuvieron, que en breve te diría que la empresa no tenía arreglo y que al final cogerías la opción de Arnau de venderle la empresa por el precio que te ofreció, sabiendo que era muy bajo.

»Tú podrías decirle que aceptabas vender, pero sin tener que casarte con su hija. Él va a aceptar ese acuerdo. Lo de su hija ha sido un cuento desde el principio; nunca han querido que hubiera tal boda. Solo era una manera de

presionarte para que vendieras y pensaras que salías ganando porque no tenías que cargar con su hija.

Hija de puta. Cómo me había liado para ayudar al desgraciado de Arnau. Seguramente trabajaba para él, aparte de estar tirándoselo. Pensar en eso me revolvió el estómago.

—Alex… Alex… —me llamó Bianca acercándose y acariciándome la cara.

—¿Qué? —respondí pasándome las manos por el pelo una y otra vez.

—Cariño, tienes que calmarte o te dará otra crisis. Necesitas relajarte y pensar en otra cosa. ¿Quieres que te ayude a desahogarte? Sabes que soy muy buena en eso.

Pasó su mano por mi pene y empezó a acariciarlo.

A tomar por culo todo, pensé.

Sí, necesitaba desahogarme. Necesitaba sacar la rabia que tenía dentro y Bianca estaba dispuesta a ayudarme. Sabía que a ella también le gustaba que se lo hiciera duro. No sería la primera vez que me la follaba estando muy enfadado, como cuando en el pasado teníamos alguna discusión.

Así que no pensé, solo actué.

La agarré por las caderas y la tumbé bocabajo sobre mi mesa. Con prisas, le subí la falda hasta la cintura y le arranqué las bragas de un tirón. Al ver su culo, tan apetecible, le di un par de palmadas que la hicieron soltar un jadeo.

Desabroché mis pantalones y, sin bajármelos del todo, saqué la polla y me puse un preservativo que cogí del cajón. La penetré de una sola estocada, tan fuerte que soltó un grito y tuvo que agarrarse al borde de la mesa.

Durante varios minutos la embestí como un animal. Y en cierto modo lo era: un animal herido por la mujer que amaba.

Bianca jadeaba cada vez más, gritándome que le diera más fuerte. Acompañé las embestidas con varias palmadas en su culo. Sabía que era algo que le encantaba; a mí no tanto, pero no me importó complacerla.

Seguí y seguí sin descanso hasta que, con un gruñido ronco, me corrí dentro de ella.

Había estado tan concentrado en descargar todo mi dolor y frustración follándome a Bianca que no me di cuenta de que no estábamos solos.

Lo supe cuando levanté la mirada.

En la puerta estaban mi hermana Lara, mirándome con horror, y a su lado Taly, con lágrimas cayéndole por las mejillas.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, en la mía había asco y rabia hacia ella, pero en la suya solo había dolor. Mucho dolor. Y tristeza.

¿Cómo era posible?

Salí del interior de Bianca, me quité el preservativo y lo tiré a la papelera. Me coloqué la ropa rápidamente antes de bajarle la falda y ayudarla a incorporarse.

—¿Qué pasa? ¿Sois dos mironas? ¿No veis que estamos ocupados? Podíais esperar fuera a que termináramos —les soltó Bianca.

Cuando Taly oyó eso, salió del trance. Se agarró al marco de la puerta y luego a la pared para no caerse, y se marchó de mi despacho lo más rápido que pudo.

—¡Taly! —gritó Lara, saliendo tras ella.

—¡Lara! —la llamé.

Se paró en seco y me miró por encima del hombro.

—Déjala que se vaya. No quiero volver a verla nunca más en mi vida. Ve a buscar a Alonso y subid los dos, tenemos que hablar.

—Pero…

—Haz lo que te he pedido, por favor. Cuando estéis aquí, os contaré lo que está pasando.

Asintió y salió.

Me volví hacia Bianca, que me miraba con una sonrisa lobuna.

—Márchate. No quiero que estés aquí cuando lleguen mis hermanos.

—No me trates como si fuera una puta a la que despachas después de echarle un polvo —dijo indignada.

—No te trato como nada. Necesito estar solo unos minutos. Márchate.

Al final se fue.

Diez minutos después, mis hermanos entraron en el despacho.

Les enseñé las fotos y les conté todo lo que Bianca me había dicho. Cuando terminé, les pedí que no volvieran a pronunciar el nombre de Taly en mi presencia.

No quería volver a saber nada de ella.

Capítulo 24



Taly

Salí del despacho de Alex agarrándome a las paredes; apenas podía andar. Era tal el dolor que sentía dentro de mí que mis piernas no me respondían. Con los ojos llenos de lágrimas, esas que salían sin control y caían como una cascada por mis mejillas, conseguí llegar al baño más cercano. Entré y cerré la puerta con pestillo. Me apoyé en la pared y me dejé deslizar por ella hasta acabar sentada en el suelo. Abracé mis piernas, las pegué contra mi pecho y, apoyando la cabeza en ellas, empecé a recitar la tabla periódica una y otra vez, sin descanso. Necesitaba calmarme antes de poder pensar en lo que acababan de presenciar mis ojos.

La piel se me erizaba sin motivo y sentía las manos heladas, como si la sangre se hubiera retirado de ellas. A mi alrededor los sonidos llegaban distorsionados, lejanos, como si estuviera bajo el agua. Voces, pasos, el murmullo de la empresa seguía su curso mientras yo me sentía completamente fuera de lugar, ajena a todo, rota por dentro.

No supe cuánto tiempo pasó hasta que mi respiración empezó a volver a un ritmo más pausado, aunque mi corazón seguía bombeando sin parar. La verdad era que no sabía cómo lo conseguía, porque en esos momentos estaba completamente roto.

La imagen que había presenciado en el despacho de Alex minutos atrás sabía que me acompañaría en mi cabeza para el resto de mi vida. Mi mente era un hervidero de preguntas sin respuesta. ¿Por qué tantas promesas vacías?

¿Por qué me decía que me quería si todo era mentira? Yo le habría ayudado igualmente a encontrar una solución a su problema; no habría hecho falta que me engañara.

Otra de las cosas que más me atormentaba era pensar que se había seguido acostando con Bianca durante todo el tiempo que también lo había hecho conmigo. Solo de pensarlo, una arcada me obligó a salir corriendo y vaciar el estómago en la taza más cercana.

Me quedé unos segundos inclinada sobre la taza, respirando con dificultad, con las manos apoyadas en la cerámica fría. No salía nada más, solo ese vacío doloroso que me dejaba sin fuerzas. El cuerpo reaccionaba solo, mientras mi mente seguía anclada a la imagen que no dejaba de repetirse una y otra vez.

Dios mío, quería morirme de la pena. ¿Cómo podía haberme enamorado de un hombre así, al que no le importamos ni yo ni mis sentimientos en ningún momento? Me sentí traicionada y sucia; esas dos palabras se instalaron en mi cabeza y fui incapaz de sacarlas de allí. Al final, mi primer pensamiento de cuando nos acostamos por primera vez resultó ser cierto. Solo había sido un juguete nuevo en sus manos, uno con el que había jugado tanto que, cuando pasó lo inevitable, terminó rompiéndolo sin importarle lo más mínimo.

Recordé cada gesto, cada caricia, cada palabra dicha en voz baja cuando creí que aquello era real. Cada «te quiero», cada promesa susurrada en la intimidad, ahora se deshacía como papel mojado. Me sentí ingenua, ridícula por haber creído que, esta vez, era diferente, que conmigo no jugaría. Había entregado algo que no se devuelve cuando se rompe.

Necesitaba marcharme de allí cuanto antes. Tenía que llegar a mi casa, meterme en mi habitación, en mi cama, en mi refugio, donde nada ni nadie pudiera hacerme más daño.

Me acerqué al lavabo y me enjuagué la boca. El regusto amargo que tenía no solo se debía al vómito, sino también a la sensación de impotencia que me recorría por dentro. Me lavé la cara y me pasé las manos por el pelo para intentar adecentarme un poco. No quería que nadie me viera salir de la empresa hecha un desastre, no quería preguntas incómodas ni miradas curiosas o cargadas de lástima. Cuando terminé, me di cuenta de que no

llevaba encima ni el bolso ni ninguna de mis cosas; solo tenía el móvil. No podía volver al despacho, así que no me quedó más remedio que pedir ayuda.

Taly: *Lara… necesito que me hagas un favor. ¿Puedes coger mi bolso del despacho y traérmelo al baño? Necesito irme a casa.*

Lara: *Enseguida voy. Necesito que me expliques por qué nos has traicionado.*

¿Que yo los había traicionado? Me quedé helada con su mensaje. ¿De qué narices estaba hablando? Solo tuve que esperar unos pocos minutos para enterarme de lo que estaba pasando y de por qué Lara me había dicho eso.

Volví a leer el mensaje varias veces, convencida de que debía de haber entendido mal alguna palabra. Incluso miré el nombre del contacto, como si existiera la posibilidad de que no fuera Lara quien me escribía. El desconcierto se mezcló con un dolor nuevo, más profundo todavía.

Llamó a la puerta. Cuando intentó abrir y vio que el pestillo estaba echado, le abrí. La miré a los ojos con la incertidumbre latiéndome en el pecho, pero se me retorcieron las entrañas al ver en ellos rabia, decepción y, sobre todo, un enfado enorme.

—Toma tus cosas —me dijo, tendiéndome el bolso de malas maneras—. Mi hermano no quiere volver a verte nunca más y, sinceramente, yo tampoco. Me has defraudado muchísimo. Pensé que tu amistad era sincera y que el amor que sentías por mi hermano era real —añadió, visiblemente dolida.

—¿Me puedes explicar qué se supone que he hecho para que pienses eso de mí? —le pedí, con los ojos llenos de lágrimas. No solo había perdido a Alex, también la amistad de Lara, y sin saber por qué.

—Puedes dejar de fingir y de hacerte la tonta, ya nos hemos enterado de todo. ¿Cómo has podido engañar a mi hermano de esa manera? Hacerle creer que sentías algo por él cuando estás liada con Arnau, que, por cierto, vaya asco, hija; podría ser tu abuelo.

»Pero supongo que cuando se es tan ambiciosa como tú da igual hacer cualquier cosa. ¿Por qué lo has hecho? ¿Por dinero? ¿Tanto te ha pagado o es

que, cuando mi hermano le vendiera la empresa, te iba a dar el puesto de CEO?

—¿Yo liada con Arnau? ¿Pero qué dices? ¿Estás loca? —le dije, con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa.

—No me mientas más. He visto las fotos en las que estabas ayer besándote con él en la cafetería de enfrente.

Cuando esas palabras salieron de su boca, el mundo se me vino encima. Mi cerebro, en décimas de segundo, unió todas las piezas de lo que había pasado. Todo había sido un plan trazado por Bianca y Arnau para que llegáramos a esa situación. Su aparición en la cafetería no había sido casual; todo fue premeditado, igual que cuando me agarró para besarme. Lo había hecho para que alguien tomara fotos y se las hicieran llegar a Alex.

—Solo contéstame una pregunta, por favor. ¿Ha sido Bianca quien le ha entregado esas fotos a Alex? —pregunté.

Lara se extrañó, pero me contestó.

—Así es, como también le ha contado las conversaciones que has tenido con Arnau en los muchos encuentros que tenéis. Contrató a un investigador para que te desenmascarara.

Ahí tenía lo que necesitaba para confirmar mi teoría de que me habían tendido una trampa para sacarme de escena.

—Gracias por la información. Ahora, si me disculpas, tengo que irme —le dije, profundamente decepcionada.

—¿No piensas decir nada más? ¿Por qué lo hiciste, Taly? Joder, yo te consideraba una amiga y me has roto el corazón con tu traición —me dijo, con los ojos llenos de lágrimas.

—No creo que esté más roto de lo que está el mío al ver que una amiga, a la que quiero como si fuera mi hermana, y el hombre al que amo con toda mi alma no se hayan parado ni dos segundos a pensar que lo que os acaban de contar pudiera ser mentira.

»No me habéis dado el beneficio de la duda; me habéis juzgado y condenado desde el minuto uno. Os habéis equivocado por completo conmigo y en breve lo sabréis.

—¿Qué quieres decir con eso? Yo he visto esas fotos, Taly —me respondió.

—Solo habéis visto lo que querían que vierais, pero tranquilos, podéis seguir pensando lo que queráis de mí un poco más. Aquí la única traicionada he sido yo. Y, después de lo que he visto en el despacho de tu hermano, me ha quedado claro que su amor era el único que no era real.

—Sobre eso… —intentó decir.

No la dejé terminar. Estaba tan dolida por la actitud de todos que necesitaba salir de allí cuanto antes.

—No quiero saber nada más. En unos días me pondré en contacto con vosotros. Tranquila, ya sé que no queréis verme más y no lo haréis. Cuando yo prometo algo, lo cumplo. Prometí ayudaros y, pese a lo que ha pasado hoy, voy a llegar hasta el final para que sepáis la verdad de lo que está ocurriendo.

—No estás con Arnau, nos han engañado para que creyéramos eso, ¿verdad? —me preguntó, pasándose la mano por la cara, nerviosa al darse cuenta de que la había cagado, y mucho.

—Esa pregunta llega tarde, Lara —le contesté con una sonrisa triste.

—Joder, como eso sea verdad, mi hermano se va a querer morir cuando se entere —dijo, mientras las lágrimas empezaban a caer por sus mejillas sin poder contenerlas.

—No lo creo. Nunca fui nadie para él, solo un rato de diversión, totalmente olvidable.

—Taly… —Intentó agarrarme.

No se lo permití. Estaba demasiado dolida. Me aparté, abrí la puerta del baño y, desde fuera, antes de marcharme, le dije mis últimas palabras,

provocando que rompiera a llorar aún más.

—Ojalá las cosas hubieran sido distintas. Espero que, cuando todo se aclare, podáis vivir tranquilos. Adiós, Lara.

Caminé sin sentir los pies, con la sensación de que en cualquier momento me iba a derrumbar. Cada paso era un esfuerzo y solo pensaba en no cruzarme con nadie, en no tener que sostener miradas ni responder preguntas. Quería desaparecer, fundirme con el suelo y salir de allí sin dejar rastro.

Crucé la puerta de la empresa sin mirar atrás. Allí dentro se quedaba parte de mi corazón, pero también recuerdos buenos y malos. Necesitaba pensar, y caminar siempre me había ayudado a hacerlo, así que decidí irme a casa a pie, aunque hubiera bastante camino. Me moví entre la gente sin ser vista, sin sentirme juzgada, siendo solo una más entre tantas personas que paseaban por la calle con mil cosas en la cabeza.

Cuando llegué a casa no había nadie y lo agradecí enormemente. Necesitaba llorar hasta sacar todo el dolor que llevaba dentro y tenía que hacerlo a solas. Me derrumbé en la cama y allí dejé salir todo.

Capítulo 25



Taly

Cuando mi hermano y mi sobrino llegaron a casa y me vieron metida en la cama, enseguida se preocuparon y me preguntaron qué me había pasado. Les dije que tenía una jaqueca horrible y por eso estaba acostada. Supe que mi hermano no me había creído, pero lo dejó pasar. Me conocía tan bien que sabía que necesitaba mis tiempos y poner mis ideas en orden antes de contarles a él y a Laura lo que me pasaba, cosa que no dudaría en hacer al día siguiente, cuando Neizan estuviera en el cole.

Óscar y Laura siempre habían sido mi ancla y las dos personas que habían estado ahí para mí, igual que yo para ellos; siempre les contaba mis problemas y esta vez no iba a ser diferente. Ellos me ayudaban a ver las cosas desde su punto de vista y siempre me daban buenos consejos.

Esa noche, mientras escuchaba los ruidos de la casa y el murmullo lejano de la televisión, pensé en lo fácil que había sido confiar en Alex y en lo difícil que se me estaba haciendo ahora confiar en nadie. Siempre había sido una persona abierta, de las que se lanzan sin red cuando sienten algo de verdad. Quizá ese había sido mi error, no protegerme un poco más. Me prometí que, pasara lo que pasara a partir de ese momento, no volvería a entregar mi corazón sin asegurarme antes de que quien lo recibía supiera cuidarlo.

Me levanté de la cama y la excusa del día anterior ahora se había hecho real: tenía un dolor de cabeza horrible, seguramente por la falta de sueño o

por haber llorado hasta el agotamiento. Llegué a la cocina arrastrando los pies; necesitaba una pastilla y un vaso de leche calentito con urgencia.

—Cariño, tienes mala cara. Te duele la cabeza, ¿cierto? —me dijo Laura en cuanto me vio entrar como una zombi en la cocina.

—Sí, me retumban las sienes como si tuviera un tambor dentro de la cabeza —le contesté con voz lastimera.

—Toma esta pastilla —me dijo sacando una del botiquín que tenía siempre en un armario alto de la cocina—. Te calentaré un vaso de leche para que no te caiga en el vacío del estómago. —Pasó por mi lado antes de hacerlo y me acarició el pelo, dejándome un beso en la mejilla.

—Gracias, Laura —le dije devolviéndole el beso.

—Cuando te lo bebas, vuelve a la cama. En cuanto se levante Óscar, hablaremos; sé que lo necesitas y él también. Anoche se marchó preocupado a trabajar. Te conoce demasiado bien y sabe que algo malo te ha pasado. —En su voz había la misma preocupación y no quería que estuvieran así.

—Sí que lo necesito. Ayer estaba demasiado mal para hablar, pero hoy ya estoy lista para contaros todo. —Mi cuñada no insistió; simplemente asintió con la cabeza, quedándose conforme.

Hice lo que me había pedido Laura y, después de tomarme la leche y la pastilla, volví a la cama. Ese día ella se encargaría de llevar a Neizan al cole. Sabía que era una cosa que me gustaba hacer a mí cuando estaba en casa, pero ese día me fue imposible. Gracias a la pastilla que me tomé conseguí dormir un par de horas y, cuando me desperté, estaba mucho mejor. Me metí en la ducha y conseguí quitarme el poco aturdimiento que me quedaba.

Bajo el agua caliente de la ducha dejé que mi mente vagara sin rumbo. Recordé pequeños detalles que hasta entonces me habían parecido insignificantes: miradas que no supe interpretar, silencios incómodos, frases que ahora cobraban otro sentido. No era que no hubiera señales, era que no había querido verlas. Aceptarlo dolía casi tanto como la traición en sí, pero también me daba una extraña sensación de control. Entender lo ocurrido era el primer paso para dejar de sentirme perdida.

Salí de la ducha, me sequé rápidamente y me vestí con ropa cómoda. Cuando llegué a la cocina, allí estaban Óscar y Laura esperándome.

Me dejaron hablar hasta el final sin interrumpirme. Solo sabían algunas cosas que yo les había contado desde que conocí a los tres hermanos, pero había muchas otras que no les había dicho para no preocuparles o simplemente porque no había surgido el momento de hacerlo. Pero ahora, según estaban las cosas, ya no me guardé nada: les conté todo.

Les hablé de Bianca, de Arnau y de Mateo, de las sospechas que tenía. Les dije que esas quedarían resueltas en cuanto «Casper», que así llamé a mi amigo, me pasara la información que encontrara de ellos. Se disgustaron mucho cuando llegué a la parte de la dolorosa situación que había tenido que presenciar en el despacho de Alex, pero con lo que realmente se enfadaron de verdad fue al saber que habían dudado de mí después de ofrecerme a ayudarles.

Me dieron muchos ánimos y consejos con los que poder afrontar esta situación. Pero lo que más me gustó fue una frase de mi cuñada, en la que me dijo que el tiempo pone las cosas y a la gente en su lugar. Y es precisamente lo que estaba segura de que pasaría en los próximos días.

Laura me dijo que esa tarde me la tomara para mí sola, para mimarme a mí misma, que me fuera de compras y a la peluquería. No es que tuviera muchas ganas, pero sus consejos siempre solían ayudarme mucho. Así que le hice caso y la verdad es que me vino muy bien.

Cuando volví a casa antes de la cena, mi hermano y mi sobrino se quedaron pasmados con mi cambio de look. Siempre había llevado la melena larga, casi hasta el trasero, pero ese día decidí cometer una locura y me corté el pelo por encima de los hombros, todo desfilado. La verdad es que, como me dijo la peluquera, era un corte que me quedaba estupendamente con mi cara, y tenía razón: nunca me había visto mejor. No es que hacer eso me quitara la pena que llevaba dentro, pero ayudó un poquito a que me sintiera mejor.

A la hora de la cena quise mimarles yo a los tres por estar siempre a mi lado y apoyarme en cada decisión que tomaba y, como ya sabéis que lo mío no era la cocina, de camino a casa compré dos *pizzas* familiares que solíamos

comer en ocasiones especiales. Mi sobrino, que era una de sus comidas favoritas, no dejó de darme besos y abrazos que me llenaron el alma de paz, que era lo que más necesitaba en esos momentos.

Me metí en la cama sintiéndome un poco mejor. Estaba lejos, muy lejos, de estar bien, porque el dolor que tenía en el corazón no se iría en mucho tiempo o nunca, pero por lo menos sí que estaba un poco más animada. Durante la cena les había dicho a mi hermano y a mi cuñada que revisaría las ofertas de trabajo que me mandaron cuando acabé la carrera y las que me habían seguido llegando.

Necesitaba tener la mente ocupada con algo y aceptar un trabajo que me gustara; a ser posible, fuera de Valencia, me ayudaría a sanar. Lo único malo es que les echaría mucho de menos, pero ellos me dijeron que les parecía una buena idea; cambiar de aires una temporada me vendría muy bien.

De todas las ofertas que tenía, la que más me llamó la atención era una en Londres. Era por seis meses para ayudar al actual CEO, que había tomado el mando recientemente, a poner la empresa en orden, ya que estaba un poco dejada de la mano de Dios. Les mandé un correo para ver si seguían interesados y, justo cuando le di a enviar, mi teléfono sonó con un mensaje: era Unai.

Unai: *Hola, Taly, ya tengo lo tuyo.*

Taly: *¿Ya? Eres un crac.*

Unai: *Te vas a caer de culo cuando leas todo, y tu chico más.*

Mi chico… Leer esas palabras hizo que se me encogiera el corazón, porque ya no era mi chico y nunca más lo volvería a ser. Lo dejé correr porque no quería contarle nada a Unai; total, a él eso le daría igual.

Taly: *Me lo imaginaba, sabía que había mucho lío detrás.*

Unai: *Te mando un archivo con todo lo que he encontrado, que es bastante.*

Taly: *Muchas gracias, sin ti no creo que hubiéramos dado luz a todo este enredo.*

Unai: *Una cosa más: todo el dinero que se han llevado lo tienen guardado en una cuenta en un paraíso fiscal. Es muchísima pasta, Taly. ¿Quieres que lo metamos en una cuenta a nombre de tu chico?*

Taly: *¿Puedes hacer eso?*

Unai: *Claro que sí, solo necesito el nombre de tu pareja y en cinco minutos estará hecho. Para que los mangantes no se enteren, por si controlan los movimientos en ella, dejaré una pantalla en bucle en la suya para que crean que el dinero lo siguen teniendo ellos.*

Taly: *Hazlo, por favor, eso sería estupendo. Su nombre es Alex Ripoll.*

Unai: *Cuando te mande los archivos con todo, te mando también el número de cuenta. La abriré en el mismo banco que tiene todo lo suyo.*

Taly: *No voy a tener vida para agradecerte todo esto.*

Unai: *Favor, por favor, ¿recuerdas? Ahora estamos en paz, pero si algún día necesitas otra cosa, no dudes en llamarme.*

Taly: *Lo mismo te digo, si hay algo en lo que necesites mi ayuda, cuenta con ello.*

Unai: *Te tomo la palabra, y tú tómate la mía. Voy a preparar todo y te lo mando. Cuídate mucho, Taly, un abrazo.*

Taly: *Un abrazo muy fuerte para ti también.*

Cinco minutos después recibí un mensaje con un archivo bastante extenso y otro con un número de cuenta. Cuando vi el dinero que había ingresado, me faltó hasta el aire; madre mía, en la vida vería yo tantos ceros juntos.

Abrí el archivo para leer todo. Estaba tan nerviosa e intrigada que no podía dejarlo para el día siguiente.

Como ya supuse después de oírlos hablar, Bianca y Mateo eran madre e hijo. El motivo por el que él no llevaba el mismo apellido era porque Bianca se casó con un hombre mucho mayor que ella cuando se quedó embarazada y ese señor le dio el apellido a su hijo, aun sin ser su padre.

Un año después ese hombre murió de un infarto, quedándose viuda, pero con una buena herencia, ya que el hombre tenía buenos ahorros. Como había sospechado, en los archivos me daban por segunda vez la razón: Mateo era hijo de Gonzalo Ripoll y, por lo tanto, hermano de Alex, Lara y Alonso. Lo que más me sorprendió, y lo que no me esperaba para nada, es que Arnau era el cuñado de Bianca; su difunta mujer y ella eran hermanas. Por eso Mateo había dicho «el tío», porque era verdad que lo era.

Y, por supuesto, ellos eran los que se habían llevado durante los dos últimos años todo el dinero que faltaba de las cuentas. ¿Por qué? Pues eso ya podía ser por varios motivos, pero yo me inclinaba a pensar que el padre de Alex había dejado a Bianca embarazada y no se había hecho cargo del niño, o la dejó antes de saberlo para irse con la que fue su mujer, y de ahí vendría la venganza. Unai se había encargado también de bloquear todo para que no pudieran sacar ni un euro más de ninguna cuenta de la empresa.

Sonreí porque ya tenía todas las piezas del puzle para unirlas y que quedara completo. Aunque había pasado lo ocurrido el día anterior con los hermanos y me habían tratado como una mierda, yo nunca dejaba las cosas a medias, así que les haría llegar la información y que ya ellos hicieran lo que quisieran con ella.

Con esos pensamientos me fui a dormir muy satisfecha conmigo misma y con la conciencia muy tranquila. Había hecho las cosas bien y con eso me bastaba.

La noche anterior, hasta que concilié el sueño, le di bastantes vueltas a cómo hacerles llegar la información y decidí que quería hacerlo de manera indirecta, sin tener que verlos a ninguno de los tres, pero sí que quería despedirme de dos personas que me habían tratado siempre con mucho cariño: Carmen y Celia.

Sí, he dicho despedirme, porque mientras desayunaba recibí un correo de la empresa de Londres que casi me rogaba que me incorporara cuanto antes

para ayudar a su CEO y acepté el puesto. Saldría para allí en tres días. Al llegar a la casa de los Ripoll, cuando llamé al timbre y me abrió Celia, vi en su mirada que estaba enterada de todo lo que había pasado y, por extensión, supuse que Carmen también.

Sin decirme ni una palabra, me dejó pasar. No di ni dos pasos y apareció Carmen mirándome con mala cara.

—¿Cómo te atreves a venir a esta casa después de lo que has hecho? —me preguntó Carmen muy enfadada.

—No te preocupes, Carmen, en un minuto me marcharé y no tendréis que verme más. Solo he venido a traeros esto. Es de vital importancia que lo leáis todos juntos —le contesté con una sonrisa triste en la cara.

—¿Qué es? —me dijo recelosa.

—La verdad —le contesté entregándole el sobre antes de darme la vuelta y marcharme de esa casa y de la vida de los Ripoll para siempre… o eso pensé.

Capítulo 26



Alex

Solo hacía un día desde que la traición de Taly había salido a la luz y estaba realmente hundido. ¿Cómo había sido capaz de hacer una cosa así? Nos había engañado a todos con sus buenas palabras y sus promesas de ayudar, y todo habían sido burdas mentiras. La noche anterior, cuando nos juntamos todos para la cena, les contamos lo ocurrido a mi abuela y a Celia.

Sobre todo, mi abuela se llevó un disgusto muy grande; en el poco tiempo que hacía que conocía a Taly, le había tomado mucho cariño, tratándola como a una nieta más. Y ya no digamos mi hermana, que estaba casi tan afectada como yo. La consideraba una amiga con la que había conectado desde el minuto uno. Incluso después de la conversación que nos contó que había tenido con ella en el baño, seguía teniendo dudas de que realmente nos hubiera traicionado.

Pero yo no tenía ninguna duda; las imágenes que me dio Bianca hablaban por sí solas. En ellas se veía claramente cómo Arnau la estaba agarrando por la cintura y sus cabezas estaban totalmente juntas.

No pegué ojo en toda la noche. No podía dejar de darle vueltas a todos los momentos juntos que habíamos pasado y no me refiero solo al sexo, que esos, aunque me jodiera reconocerlo, habían sido los mejores de toda mi vida, sino a todos los demás: los paseos, las comidas y cenas, tanto con mi familia como con la suya. ¿Cómo podía una persona meterse tanto en el papel que estaba representando para hacerlo tan bien y que pareciera tan real? Sus «te quiero»

me parecieron tan sinceros que nunca hubiera dudado de ellos si no hubiera tenido unas pruebas en la mano tan contundentes.

La había amado con toda mi alma y ella sola se había encargado de que todo ese amor se convirtiera en odio en cuestión de minutos. Pero había una imagen que fue la que más se me vino a la mente durante toda la noche: la mirada de dolor y tristeza que vi en sus ojos cuando me vio con Bianca en mi despacho. ¿A qué venía? Me pregunté una y otra vez sin descanso. Si realmente todo había sido un plan orquestado por ella y Arnau, no necesitaba fingir ese dolor. Cuando se ama es cuando duele la traición y a ella no tenía por qué dolerle verme así, porque no me había amado nunca.

Me levanté de la cama y me pasé las manos por la cara una y otra vez; varias veces era un gesto absurdo y lo sabía, como si por hacer aquello mis pensamientos pudieran desaparecer. Me fui directo a la ducha, necesitaba despejarme lo más posible. El día se presentaba bastante mal. Después de la marcha de Taly estábamos otra vez en la casilla de salida, porque en la empresa seguíamos teniendo el mismo problema y tendríamos que tomar una decisión, y rápido. No podíamos seguir asumiendo tantas pérdidas.

Bajé a desayunar y en la cocina estaba toda mi familia en total silencio. Las risas y los comentarios divertidos de otras mañanas habían dado paso ese día a las caras largas y las miradas tensas. Mi abuela lucía en la mirada una total falta de brillo; se la veía triste y decepcionada por la situación.

En la cara de Alonso, el ceño fruncido que tenía desde el día anterior no había desaparecido y la falta de sus bromas era indicio suficiente para saber lo mal que se sentía, en parte responsable de cómo estaba yo por haber traído a Taly a mi vida, aunque ya se lo dejé claro el día anterior a los dos: si Taly no les hubiera engatusado a ellos aquel día en el hospital, lo habría intentado de otra manera; por lo tanto, no tenían ninguna culpa.

Lara apenas probó bocado y eso me hizo cabrearme más, si es que era posible. Y Celia no decía nada, pero su mirada de reojo hacia todos, en la que había preocupación absoluta, ya lo decía todo.

—¿Nos vamos? Hay muchas cosas que hacer y decidir —les dije a mis hermanos.

—Sí, cuanto antes empecemos, antes acabaremos con este calvario —me contestó Alonso.

Lara ni siquiera contestó; simplemente asintió con la cabeza, se colgó el bolso al hombro y empezó a caminar hacia la salida, con nosotros detrás de ella.

Llegamos a la empresa y cada uno subió a su despacho, quedando en vernos en media hora para tener una reunión con todos los papeles que teníamos de la situación actual y las propuestas de compra de la empresa.

Empecé a buscar el portafolios con los últimos datos de las cuentas y me llevé las manos a la cabeza al darme cuenta de que me los había dejado en casa. Menos mal que no tardaría más de quince minutos en ir y volver a buscarlos. Salí del despacho y, antes de marcharme, avisé a Beatriz de dónde iba, por si acaso mis hermanos preguntaban por mí.

Subí los dos escalones de la puerta de mi casa y alguien salió de ella a toda prisa, chocando conmigo sin mirar ni quién era. La agarré de las caderas al notar que se tambaleaba hacia atrás, pero al tocarla una electricidad me recorrió todo el cuerpo. Mis manos la reconocieron antes que yo. Levanté la mirada para cerciorarme de que no eran imaginaciones mías y me di de frente con la realidad: delante de mí, saliendo de mi propia casa, estaba la persona a la que más odiaba en ese momento: Taly.

—¿Qué cojones haces tú aquí? —le dije con asco y desprecio en la voz.

—Solo he venido a entregaros un sobre, se lo he dejado a tu abuela. Tranquilo, ya me voy —me contestó sin mirarme a la cara.

—A mi casa no tenías que venir para nada —le dije alzando la voz.

—En eso te equivocas. Lo que le he dado a tu abuela es muy importante y necesario que sepáis. Lo que quieras hacer después con la información que te vas a encontrar ya es cosa tuya —me dijo, esquivando mi cuerpo para bajar los dos escalones.

—No te atrevas a volver, no quiero tener que verte en lo que me queda de vida. —Le dejé bien claro.

—Tranquilo, no nos volveremos a encontrar ni por casualidad. En dos días me marcho de la ciudad —me dijo, y noté la tristeza que tenía en su voz, y eso me descolocó.

—Es un alivio saberlo. Con solo verte se me revuelven las tripas del asco que me produces.

Vi cómo se estremecía por mis palabras.

Empezó a caminar por la acera con pasos lentos, como si en sus hombros llevara una gran carga. No quería ni podía seguir mirándola. Me giré para meter la llave en la cerradura, pero antes de girarla para abrir me llamó.

—Alex, solo quiero que sepas que, para mí, tú sí que fuiste mi todo.

Me quedé paralizado ante sus palabras. ¿Cómo podía decirme una cosa así después de todo lo que había hecho? Me giré del todo para contestarle, pero los segundos que tardé en procesar sus palabras le dieron la ventaja necesaria para correr calle abajo y alejarse de mí.

Resoplé antes de entrar por fin en mi casa. Al oír la puerta, Celia y mi abuela se asomaron desde la puerta de la cocina para ver quién era y, cuando me vieron, se acercaron apresuradas hacia mí.

—Alex, estaba a punto de llamarte para que vinieras —me dijo mi abuela.

—¿Qué ocurre? ¿Estáis bien?

—Sí, estamos bien. Te iba a llamar porque Taly ha estado aquí.

—Lo sé, me la he cruzado en la puerta, pero tranquila, no volverá a venir a molestaros. Le he dejado bien claro que no es bienvenida en esta casa.

—Ha traído un sobre. Me ha dicho que debíamos ver lo que contiene todos juntos. Alex, tengo una corazonada: creo que esa muchacha no ha mentido. Había tanta tristeza en su mirada que eso es imposible de fingir.

Las palabras de mi abuela me golpearon como si una gran piedra cayera sobre mí.

—Deberías avisar a Lara y a Alonso para que vinieran. Comparto la misma opinión que tu abuela; esa niña estaba totalmente destrozada. Hay que salir de dudas cuanto antes de lo que hay en ese sobre, que puede ser tan importante para vosotros —añadió Celia.

—Voy a mandarles un mensaje para que vengan de inmediato, habéis conseguido despertar mi curiosidad —les dije a las dos, y asintieron antes de marcharse a la cocina.

Saqué mi móvil y abrí el grupo de WhatsApp que teníamos los tres; sería más fácil y rápido mandar un mensaje a los dos a la vez.

Alex: *Chicos, estoy en casa. Necesito que vengáis ahora mismo para aquí.*

Lara: *¿La abuela y Celia están bien?*

Alex: *Sí, tranquilos, están bien, es por otro motivo.*

Alonso: *¿Qué motivo?*

Alex: *Lo único que os puedo adelantar es que Taly ha venido a casa y le ha dejado a la abuela un sobre con información importante, o eso dice ella.*

Lara: *Estoy bajando ya en el ascensor.*

Alonso: *Lara, te espero en el hall y vamos juntos.*

Alex: *Nos vemos ahora, voy preparando café.*

Alonso: *Me da la sensación de que nos va a hacer falta algo más fuerte.*

Lara: *A mí también.*

Me guardé el teléfono en el bolsillo del pantalón y me fui a la cocina. Celia había tenido la misma idea que yo y ya estaba preparando café para todos y una infusión para mi abuela.

No habían pasado ni diez minutos desde que había escrito a mis hermanos cuando los dos entraron apresurados por la puerta de la cocina. Sí que se

habían dado prisa; otros dos a los que les estaba matando la curiosidad, igual que al resto. Cogimos las bebidas y nos fuimos los cinco a sentarnos al salón; allí estaríamos más cómodos.

—Bien, ¿quién quiere abrirlo? —dijo mi abuela, sosteniendo el sobre como si de una bomba a punto de estallar se tratara.

Ninguno hizo amago de querer cogerlo. Lara y yo cruzamos la mirada y en las de los dos había lo mismo: miedo.

—Yo lo haré —dijo Alonso, cogiendo el sobre de las manos de mi abuela.

Lo abrió despacio y con cautela, como si dentro hubiera una rana que le pudiera saltar a la cara. Sacó varios papeles y empezó a leerlos muy concentrado. Los demás no podíamos quitarle la vista de encima porque los cambios en su cara eran tan evidentes que nos pusieron en alerta. Cuando terminó de leer, se pasó una mano por la cara como si estuviera totalmente desolado.

—Habla, joder, estoy a punto de que me dé un puto infarto solo con verte la cara —le pedí, rogando.

—Voy a resumir lo más importante, porque aquí hay un informe tan completo que es impresionante.

—Empieza de una vez. —Le apremió Lara.

—Mateo Ferrer es el hijo de Bianca. No tienen el mismo apellido porque él lleva el del difunto marido de ella, aunque no era su verdadero padre. La esposa fallecida de Arnau era la hermana de Bianca, por lo tanto son cuñados. Bianca y Mateo son los que nos han robado todo el dinero; ellos pretendían quedarse con eso y Arnau con la empresa.

Todos estábamos escuchándole con la mandíbula desencajada.

—Pero ¿hay algo más, verdad? —le preguntó mi abuela.

—Mateo Ferrer es hijo de Bianca y de papá, es nuestro hermano.

Lara y Celia soltaron un jadeo a la vez, yo una maldición, pero cuando me fijé en mi abuela no estaba sorprendida. ¿Por qué?

—Abuela, ¿por qué no pareces estar sorprendida? —le pregunté, y todos los demás se giraron para mirarla.

—Porque no lo estoy, al menos de la última parte. Bianca fue la novia de vuestro padre unos meses antes de conocer a Marta. El flechazo fue tan grande entre ellos, que dejó a Bianca y empezó una relación con ella; cuatro meses después se casaron.

»Unos días antes de la boda, Bianca vino a esta misma casa a buscarlo para decirle que estaba embarazada. Tu padre, como hombre de honor que era, le dijo que se haría cargo del niño, pero que con ella no quería volver. Ella no se lo tomó muy bien, porque siempre había estado detrás de él para cazarlo.

»El mismo día de la boda, supongo que para intentar frenarlo o yo qué sé, le llamó para decirle que había perdido al bebé. Esperaría que vuestro padre corriera a sus brazos, pero evidentemente no lo hizo; ese día se casó con la mujer de su vida y también recibió la noticia, por su parte, de que iban a ser padres.

—¿Por qué nosotros no sabíamos esta historia? —le preguntó Alonso a mi abuela.

—Porque desde el día de la boda nunca más supimos nada de ella y es algo que se quedó en el pasado —contestó, y todos asentimos.

—Hay algo más —dijo Alonso, cogiendo algo del sobre. Todos le pedimos con las manos que siguiera hablando.

—Hay un número de cuenta que se ha abierto recientemente a tu nombre, Alex, donde está ingresado todo el dinero que nos han robado durante todo este tiempo. Al parecer lo tenían en una cuenta en un paraíso fiscal y quien sea que haya hecho esto lo ha recuperado para nosotros. Además, los ha bloqueado de tal manera que no pueden volver a robar de la empresa ni un solo euro.

Si con lo anterior ya estábamos sorprendidos, con lo que acababa de decir no dábamos crédito.

—También hay una última cosa —dijo Alonso, mirándome fijamente.

—¿El qué? —le pregunté, ya esperándome cualquier cosa.

—Una carta de Taly para ti.

Quise que la tierra me tragara, porque la verdad me golpeó de lleno. Aun sin leerla, lo supe: no nos había mentido.

Capítulo 27



Alex

Mi hermano me tendió la carta en la que ponía «Para Alex» y apenas pude cogerla de lo que me temblaban las manos. Sabía que lo que estuviera escrito en ella me iba a destrozar. Había herido de una manera brutal a la mujer que amaba y eso no me lo perdonaría nunca.

—¿Prefieres quedarte solo para leerla? —me preguntó mi hermana, que se había puesto a mi lado y me acariciaba la espalda, dándome ánimos.

—No, la leeré en alto, así os enteráis todos de qué es lo que me dice —le contesté con la voz temblorosa.

Cogí aire antes de empezar y saqué del sobre un folio doblado por la mitad. La nota parecía no ser muy extensa, pero algunas veces, para decir mucho, no hacen falta muchas palabras, solo las adecuadas. Miré a todos, que estaban esperando a que empezara, y después de carraspear comencé a leer en voz alta:

«Querido Alex:

En este sobre os dejo la verdad, como prometí que haría. He hecho todo lo posible por ayudaros, aunque tengo que confesar que hacía días que ya sabía casi todo lo que estaba pasando, pero quería que tuvierais pruebas de todo por escrito, así que pedí ayuda a alguien para conseguirlo; también es la

persona que ha hecho posible que recuperéis el dinero, no quiero atribuirme un mérito que no es mío.

»Respecto a las fotos en las que me viste con Arnau, quiero aclararte, aunque ya no sirva de nada, que todo fue un montaje para que pareciera lo que no es. Por último, quiero pedirte algo: dales las gracias de mi parte a tu abuela y a Celia por tratarme con tanto cariño.

»A Lara dile que, a pesar de todo, no la culpo por dudar de mí y que la sigo queriendo como si de mi propia hermana se tratara. A Alonso dale una colleja, pero también un abrazo; le voy a echar mucho de menos… bueno, a todos.

»A ti solo puedo decirte que te quiero más que a mi vida, que mi amor sí fue real y, aunque no fuera correspondido, no puedo recriminarte nada. En el corazón no se manda y mi destino no era ser tu todo.

Mis mejores deseos para ti y toda tu familia. Espero que seáis muy felices.

Taly.»

Leer sus últimas palabras fue desgarrador. Me sentí como si me arrancaran un trocito del corazón, ese que, aunque ella pensara que no, siempre fue suyo. Había perdido a la mujer de mi vida por imbécil, por dudar de ella creyéndome las mentiras de unos desgraciados que solo querían quedarse con todo lo que era mío.

El amor que Taly sentía por mí siempre fue real y yo lo había despreciado de la peor manera. Se me vino al pensamiento la mirada de dolor que reflejaron sus ojos cuando me vio con Bianca y me quise morir. El dolor que yo sentí creyendo que se besaba con Arnau no era comparable al que debió sentir ella viéndome follar con Bianca.

No dudé ni por un segundo de lo que esa mujer me contó ni de que las fotos que me enseñó eran verdad. Debería haberme asegurado de que todo era cierto antes de condenarla; debería haberlo hablado con ella y que me explicara qué estaba pasando. En cambio, me cegué y no vi más allá de mis narices. Las relaciones se basan en la confianza del uno con el otro y yo no confié en ella.

Mi mayor miedo antes de empezar con Taly era que me dejara o perderla, y era justo lo que había pasado; el único culpable de ello era yo, porque no la perdí ni me dejó, sino que yo la eché de mi lado de la peor manera, siéndole infiel y despreciándola.

Levanté la mirada para ver que mi familia estaba en el mismo estado en el que yo me encontraba, con la cara cubierta por las lágrimas. Lara se abrazaba a sí misma, llorando de una manera desgarradora; Alonso se tapaba la cara con las manos y mi abuela y Celia se abrazaban la una a la otra, dándose consuelo.

Y yo, al ver cómo no solo había hecho sufrir a la mujer que amaba, sino que también estaban sufriendo todos los miembros de mi familia por mis malas decisiones, caí al suelo de rodillas sin poder parar de llorar y me maldije a mí mismo una y otra vez. Todos, al verme en el estado en el que estaba, me rodearon con sus brazos, intentando darme un consuelo que no llegaría nunca.

Después de lo que me parecieron horas y no minutos, nos fuimos separando cuando los llantos de todos fueron cesando. Celia se fue a la cocina y en nada de tiempo volvió con infusiones relajantes para todos. La cogí por no hacerle un feo, pero no pude ni dar un sorbo. Tenía tal nudo en la garganta que apenas podía tragar saliva.

—¿Qué vas a hacer ahora, Alex? —Se atrevió a preguntarme Lara, aún con lágrimas en los ojos, pero visiblemente más tranquila.

—¿Qué crees que podría hacer? Nada, no puedo hacer nada. No creo que Taly me deje acercarme a ella ni para pedirle perdón. Después de lo que tuvo que ver en mi despacho y de las palabras hirientes que le dije hace un rato, no la culpo. Me he portado con ella como un cabrón.

—Esa muchacha tiene el corazón más puro que he visto en mi vida. Estoy segura de que sí te perdonará; a lo mejor no ahora, que está todo muy reciente, pero con el tiempo lo hará —me dijo mi abuela mientras me acariciaba la cabeza.

—¿De verdad lo crees? Porque yo no creo que me merezca su perdón —le dije negando con la cabeza, muy convencido de mis palabras.

—La cuestión no es si lo mereces o no, sino si ella está dispuesta a dártelo. Eso es algo que solo ella puede hacer. Hará lo que le dicte su corazón. Seguramente ahora no puede hacerlo porque lo tiene roto, pero cuando sane lo hará.

Las palabras de mi abuela me dieron un poquito de esperanza, no de que volviera conmigo porque eso era algo que estaba claro que no iba a pasar, pero al menos que me perdonara para que los remordimientos que sentía me dejaran vivir tranquilo.

—¿Con los otros desgraciados qué vamos a hacer? —preguntó Alonso y con la mirada le agradecí el cambio de tema, porque lo de Taly prefería seguir pensando qué hacer cuando estuviera más calmado y yo solo.

—Está claro que tenemos que hacer algo; no pueden irse de rositas. Son una panda de cabrones y la peor de todos es Bianca. ¿Cómo te puedes estar acostando dos años con el hermano de tu hijo? Hay que ser… no encuentro ni la palabra que pueda describirla.

Dios mío, con toda la información que habíamos recibido en tan poco tiempo, en eso no había caído todavía. Se me encogió el estómago y unas fuertes arcadas empezaron a subir por mi garganta. Tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no vomitar allí mismo delante de toda mi familia.

Mi hermana tenía razón: ¿cómo podía ser tan zorra para hacer una cosa así? Joder, que se había acostado con mi padre y ahora conmigo. Su ambición no tenía límites. Como no había podido cazar a mi padre, pretendía cazarme a mí. Bianca no estaba muy bien de la cabeza, pensé, porque otra explicación lógica no había.

—No me lo recuerdes, por favor, solo de pensarlo me estoy poniendo enfermo —le dije a mi hermana, tapándome la cara y después pasándome las manos por el pelo con desesperación.

—Yo creo que tenemos que enfrentarlos para que sepan que hemos descubierto todo su juego y mandarles a los cuatro a tomar por culo fuera de nuestras vidas de una vez por todas —dijo Alonso, empezando a alterarse.

—Hoy nos tomaremos el resto del día libre. La mañana ha sido demasiado intensa y necesitamos un respiro. Pero mañana citaré a Arnau y a su hija en mi despacho y, cuando estén allí, le diré a Beatriz que llame a Bianca y a Mateo con cinco minutos de diferencia para que suban también. Cuando estén los cuatro en mi despacho, entonces les enfrentaremos entre los tres —les propuse a mis hermanos.

—Los cuatro —dijo mi abuela, sorprendiéndonos.

—Abuela, no hace falta que vengas, no quiero que pases un mal rato —le dije preocupado.

—¿Pasar un mal rato? De eso nada, hijo. No me perdería esa reunión por nada del mundo. Quiero ver de primera mano la cara que se les va a quedar a esos hijos de puta cuando se enteren de que se han quedado sin el dinero y sin la empresa.

Mis hermanos y yo nos miramos con la boca abierta por las palabras de mi abuela. Seguramente era la primera vez que los tres la oíamos decir una palabra malsonante. Ya tenía que estar enfadada para haber llegado a esos extremos, y no solo por lo que nos habían hecho a nosotros, sino también por lo de Taly.

—Está bien, pues luego llamaré a Arnau y concertaré una reunión con él. En cuanto sepa la hora te lo diré. —Ella asintió complacida.

De todo lo que nos habíamos enterado fue el tema principal del día, comentando una cosa u otra. Uno por uno cogimos los papeles que nos había facilitado Taly con toda la información, para enterarnos de todos los detalles que Alonso no nos contó cuando nos hizo el resumen. La carta de Taly me la llevé a mi habitación y antes de acostarme la leí unas cuantas veces, quedándome dormido con ella en la mano, como si así pudiera tenerla cerca de mí, aunque fuera de esa manera.

Nada más entrar en la oficina hablé con Beatriz y le pedí que, en el momento en que llegaran Arnau y su hija, llamara a Bianca y a Mateo con cinco minutos de diferencia para que subieran a mi despacho. El día anterior, como habíamos quedado en hacer, llamé a Arnau y lo cité en mi oficina a las diez de la mañana, pidiéndole de paso que, por favor, su hija viniera con él.

Para que no sospecharan nada, mi abuela llegaría a las diez y cuarto y Alonso y Lara subirían con ella. Cuando Beatriz les avisara de que ya estaban todos en mi despacho.

Capítulo 28



Alex

Si Arnau tenía algo bueno en él era la puntualidad. A las diez menos cinco, Beatriz me anunció su visita y la de su hija. Los dos entraron como si ya se sintieran los dueños del lugar y eso solo hizo que la ira que sentía en mi interior aumentara. Me costó un mundo controlarme y disimular que de lo único que tenía ganas era de retorcerle el cuello y, a su hija, decirle cuatro verdades y ponerla en su sitio.

—Buenos días, Alex. Estoy intrigado desde ayer, no esperaba tu llamada. Pensé que aún no habías terminado de revisar toda la documentación que te di. O lo mismo estoy equivocado y no tiene nada que ver nada con la empresa y solo quieres hablar de algo de la boda. —Pues mira, no se había equivocado porque sí que quería hablar de las dos cosas. Pero no de la manera que él esperaba.

—Buenos días, amor. Si quieres hablar de la boda no hacía falta que viniera mi padre; podíamos haber quedado los dos solos en otro sitio —me dijo la muy asquerosa de forma sugerente. Aunque fuera la última mujer de la Tierra, no la tocaría ni con un palo.

—No te equivocas, Arnau, quería hablar con vosotros de las dos cosas —le dije y su sonrisa de suficiencia me puso de más mala hostia de la que ya estaba.

—Pues cuando quieras empezamos —me dijo acomodándose en la silla frente a mí, y su hija se sentó a su lado mientras me guiñaba un ojo. Dios, dame paciencia, pedí en silencio.

—Aún no, en unos minutos estarán aquí mis hermanos. —Justo al acabar la frase llamaron a la puerta y Bianca entró. Al ver quién estaba dentro frunció el ceño y me miró, interrogante.

—Pasa, Bianca —le dije con la mano.

—Alex, si estás ocupado vuelvo luego —me dijo con calma, pero yo la conocía bien: estaba nerviosa.

—No, siéntate, por favor. Necesito que estés en la reunión que vamos a tener. —Dudó, pero finalmente se sentó en una de las sillas que estaban alrededor de la mesa grande.

—¿Esperamos a alguien más? —me preguntó.

—Sí, para que haya una gran fiesta se necesitan muchos invitados —le contesté sonriendo y los tres se miraron entre ellos, pero no dijeron nada.

Un minuto después volvieron a llamar a la puerta y Mateo entró, seguido de mis hermanos, de mi abuela y de Celia, que tampoco quiso perderse la fiesta.

—Pasad, pasad y tomad asiento, por favor, la fiesta está a punto de comenzar —les dije a todos con una sonrisa.

Mateo se quedó paralizado y no sabía si sentarse o salir corriendo, y yo no pude por más que reírme por dentro al ver cómo mi hermano Alonso, que se había dado cuenta también, se reía de medio lado.

—Señor Ripoll, creo que yo no tengo nada que ver aquí. Si quiere, vuelvo más tarde —me dijo a media voz.

—Pero no me llames «señor Ripoll», hombre, llámame, Alex. Y no te puedes marchar; esta fiesta no tendría sentido sin tu presencia, hermanito.

Las caras de los cuatro cuando le llamé así eran para descojonarse de la risa. Fabiola se pasó las manos por el pelo, nerviosa, y centró la mirada en la ventana a mi espalda, como si no quisiera saber nada. La de Arnau se endureció al darse cuenta de que sabíamos más de la cuenta. Pero las de Mateo y Bianca eran las mejores: estaban pálidos y petrificados en el sitio, mirándose el uno al otro con miedo.

—¿Qué circo es este, Alex? Si esto es una broma, ya ha durado demasiado. Yo no he venido aquí para presenciar los problemas que tengas con tus empleados —me dijo Arnau enfadado. Sería cínico el cabrón, pensé.

—Este es el circo que vosotros habéis montado. Y me parece justo que toda la familia esté reunida. ¿Cómo no te va a interesar lo que les pase? Al fin y al cabo, son tu cuñada y tu sobrino. Supongo que, al igual que yo, te preocupas por la familia y serías capaz de hacer cualquier cosa, ¿no? —Cuando acabé de hablar, Bianca soltó un jadeo.

—Bianca, volvemos a encontrarnos. Pensé que en el pasado te dejé bien claro que no te acercaras a mi familia, pero tú no podías dejarlo estar, ¿no? Hay que ser rastrera para haber privado a un padre de su hijo y lo mismo al revés. ¿Cómo pudiste decirle a mi hijo que ese bebé había muerto? —le dijo mi abuela con una voz tan intimidante que hasta a mí me acojonó un poco.

—Eso no es verdad. Mi madre le habló de mí y él me rechazó porque ya tenía a otro hijo en camino —le dijo Mateo a mi abuela muy enfadado, defendiendo a su madre.

—Ese es el cuento que te ha contado tu madre para llenarte de odio. Tu padre siempre quiso hacerse cargo de ti, pero tu madre quería mucho más. Quería ser su esposa y, como no lo consiguió, el mismo día que él se casaba con la madre de mis nietos, se presentó en nuestra casa para decirle que había perdido el bebé. Cosa que, como todos estamos viendo, no era verdad. Y qué mejor prueba de ello que tú estés aquí.

—Dime que lo que está contando esta mujer no es verdad, Bianca. Llevo toda la vida intentando hundir a la familia Ripoll por ayudarte en tu venganza por despreciar a tu hijo, joder —le dijo Arnau a Bianca chillando.

—Mamá, dime que no me has privado de conocer a mi padre y a mis hermanos por despecho. Dímelo —le exigió Mateo a Bianca, muy afectado por las palabras de mi abuela.

Bianca no sabía dónde meterse y, viéndose contra las cuerdas por Arnau y Mateo, explotó, mostrándonos a todos su verdadera cara.

—Gonzalo era mío y ella me lo quitó. Yo tenía que haber sido su esposa, no ella —dijo golpeándose el pecho para dar más énfasis a sus palabras—. Si yo tenía que quedarme sin él, lo justo es que él se quedara sin su hijo.

Mateo se tambaleó contra la pared y se dejó caer por ella hasta quedarse sentado en el suelo, totalmente desolado al darse cuenta del alcance de las palabras de su madre. Una madre que lo había tenido engañado toda la vida, haciéndole creer que su otra parte de la familia no había querido saber nada de él.

—Siempre fuiste una zorra manipuladora. Doy gracias que tu hermana no esté viva para no ver el daño que le has hecho a tu hijo. Ella le quería como si de su propio hijo se tratara, lo crio mientras tú estabas a la caza de algún hombre rico que te mantuviera.

—Tú nos enredaste en todo este plan con tu absurda venganza. ¿Sabes lo que me ha costado fingir estar colada por Alex? Joder, que a mí me gustan las mujeres. Y obligar a tu propio hijo a robar… es que no se puede caer más bajo. Ojalá te hubieras parecido un poco más a mi madre —dijo Fabiola y nos quedamos todos pasmados por su confesión.

—Cállate, estúpida, estás hablando más de la cuenta —le dijo Bianca mirándola con odio cuando la oyó decir lo del dinero.

—Tranquila, Bianca, que eso también lo sabemos. Sabemos que tu hijo lleva dos años manipulando las cuentas y robándonos nuestro dinero. Pero siento decirte que desde ayer todo ese dinero ha vuelto a sus legítimos dueños —le contestó Alonso.

—Ese dinero es suyo por derecho, no podéis quitárselo —le gritó a mi hermano.

—No lo es, madre. Si no me dejaste conocer a mi familia y ninguno sabía de mi existencia, ese dinero, como siempre me has dicho, no me pertenece. Además, me estoy dando cuenta de que ese dinero siempre lo has querido para ti.

»Me alegro de que se haya descubierto todo y de que te quedes sin un puto euro —le contestó Mateo. Se le veía muy afectado por todo, pero también aliviado de que todo hubiera salido a la luz.

Nosotros cinco nos miramos y sin decir nada supimos que estábamos pensando lo mismo. Mateo solo era un hombre al que su madre lo había manipulado desde que era un crío para conseguir salirse con la suya, pero no era malo como ella. Mis palabras cobraron más fuerza en mi cabeza cuando le vi limpiarse las lágrimas que corrían por sus mejillas.

Mi hermana y mi abuela no se pudieron quedar quietas y se acercaron a él. Lara se sentó a su lado en el suelo y le agarró la mano para darle consuelo al verle tan hundido. Mi abuela tenía los ojos llenos de lágrimas por verle así; al fin y al cabo, también era su nieto. Uno del que no la dejaron disfrutar.

Se acercó a él y le acarició el pelo mientras se agachaba a su lado. Él, al ver la reacción de las dos, el dolor que estaba conteniendo salió en forma de sollozos cada vez más altos. Las dos le envolvieron entre sus brazos. Alonso y yo nos miramos emocionados por el momento y sabiendo que ese día habíamos ganado un hermano más. Porque Mateo había llegado para quedarse en nuestras vidas; eso lo supimos todos los que estábamos en ese despacho. Incluso Arnau y Fabiola sonrieron mirando a Mateo con cariño.

—Eres un desagradecido. Yo cargué contigo cuando no quería hijos. Siempre has sido un estorbo para mí. Para lo único que me servías era para poder quitarles el dinero y ni eso has sabido hacer bien.

»Por no protegerlo bien nos hemos quedado sin él —le dijo Bianca a su hijo con desprecio. ¿Cómo podía ser así? Para una madre, un hijo tiene que estar por encima de todo.

Cuando Bianca soltó todo ese veneno por la boca, mi abuela soltó a Mateo y se fue hacia ella como una leona. Sin pensárselo y nosotros sin verlo venir, le cruzó la cara con una bofetada antes de hablar.

—Esta es la última vez que te lo digo: no te vuelvas a acercar a mi familia. No te voy a permitir que les hagas más daño. Y eso incluye también a Mateo. Él es mi nieto igual que los demás —le dijo mi abuela con la autoridad que le daba ese rango.

—No me puedes impedir que me acerque a mi hijo, vieja —le contestó con soberbia.

—Por supuesto que soy vieja y, como dice el refrán, sabe más el diablo por viejo que por diablo. No me costaría nada que alguien me ayudara a descubrir de qué murió tu marido. Estoy segura de que no fue de forma natural.

»De él solo querías dos cosas: el apellido para tu hijo y su dinero. Así que te voy a dar dos opciones: sal de la vida de todos los que estamos aquí de una puta vez o acabarás con tus huesos en la cárcel. —Hostias con mi abuela, pensé, los tenía bien puestos.

—Ya la has oído, Bianca. Sal de nuestras vidas o yo mismo seré una de esas personas que ayuden para que acabes en prisión —le dijo Arnau acercándose a ella y poniéndose al lado de mi abuela. Los demás le seguimos y acabamos todos rodeándola.

—Sois un atajo de desgraciados. Soy yo la que no quiere volver a veros en la vida a ninguno —nos dijo mientras empezó a caminar hacia la puerta.

Salí detrás de ella y le dije a Beatriz que llamara a Alberto para que se encargara de sacarla del edificio y que le dijera que a partir de ese momento tenía prohibida la entrada.

—Alex, siento muchísimo toda esta situación. Ni te imaginas lo avergonzado que me siento por todo lo que he hecho —me dijo Arnau visiblemente afectado.

—Nos engañó a todos y, siendo tu familia, entiendo por qué la ayudaste —le contesté ofreciéndole la mano para enterrar el hacha de guerra. Al fin y al cabo, a él también le manipuló igual que a su propio hijo.

—Cualquier cosa que necesitéis, no dudéis en decírmelo —añadió y yo asentí con la cabeza.

—Mateo, hijo, vamos. Te quedarás en mi casa hasta que decidas dónde quieres ir —le dijo Arnau a Mateo, que seguía agarrando a Lara de la mano.

—Todos los hermanos vivimos juntos y creo que ya va siendo hora de que se nos una el que falta —dijo mi hermana y Mateo la miró con la boca abierta.

—Estoy de acuerdo. Creo que tenemos mucho que contarnos, ya vamos con muchos años de retraso —añadió Alonso y vi cómo mi abuela sonreía complacida.

Todos me miraron a mí como si yo tuviera la última palabra, que era la que más peso tendría en la decisión que tomara Mateo. No tenía nada que pensar. Por supuesto que quería a mi hermano en casa con nosotros y poder conocerlo.

—Celia, abuela, idos adelantando y preparad la habitación de Mateo. Nosotros le acompañaremos a su casa para que coja sus cosas —dije zanjando el asunto.

Lo que no me esperaba era lo que sucedió a continuación. Mateo soltó la mano de Lara y se acercó hasta mí para darme un abrazo, que no supimos cuánto necesitábamos ambos hasta ese momento. Acto seguido hizo lo mismo con Alonso y después con Lara, dejando para el final a mi abuela, con la que el abrazo duró más que el del resto porque ambos lloraron el uno en los brazos del otro.

Después de ese emotivo momento, Arnau y Fabiola se marcharon, no sin antes pedirle a Mateo que no les apartara de sus vidas, a lo que él les contestó que nunca haría una cosa así porque siempre le habían tratado con mucho cariño. Mi abuela y Celia se fueron a casa a preparar todo para recibir al nuevo miembro que se uniría a nuestra familia y nosotros cuatro nos fuimos a recoger las cosas de Mateo a la casa que, hasta ese día, había compartido con su madre, a la que no volvería nunca más.

Capítulo 29



Taly

«Damas y caballeros, les habla su capitán. Estamos iniciando nuestro descenso final hacia el aeropuerto de Valencia. La hora local son las doce del mediodía y la temperatura exterior actual es de aproximadamente catorce grados centígrados. En breve, la tripulación pasará para realizar las comprobaciones finales. Por favor, asegúrense de que sus cinturones estén abrochados, sus mesas plegables estén recogidas y sus asientos en posición vertical. Les agradecemos que vuelen con nosotros y esperamos que hayan tenido un vuelo agradable».

Bienvenida a casa, Taly, me dije a mí misma mientras me preparaba para bajar del avión que me traía de regreso. Hacía seis meses que no pisaba mi ciudad; desde que me marché a Londres no había vuelto a Valencia. Aquellos últimos seis meses marcaron un antes y un después en mi vida. En el trabajo me había ido de maravilla. Con el CEO al que fui a ayudar tuve una conexión desde el minuto uno y no, no os vayáis por donde no es, que no había sido nada romántico ni sexual, sino una conexión de amistad pura y sincera.

A su lado trabajé la mar de a gusto, al igual que él al mío. Habíamos conseguido enderezar la empresa por completo y en esos momentos estaba en su mejor momento. John, que así se llamaba mi ahora exjefe y amigo, incluso había intentado convencerme para que me quedara a trabajar con él para siempre, pero por motivos de peso tuve que rechazar su oferta, aunque le prometí que le visitaría a menudo y él me prometió lo mismo, quedando en que mantendríamos el contacto.

Durante el tiempo que estuve fuera tuve mucho tiempo para pensar, poner en orden mis sentimientos y sanar, sobre todo sanar, que era lo que más falta me hacía cuando me marché con el corazón destrozado seis meses atrás. Dicen que el tiempo lo cura todo y, bueno, si no lo cura, por lo menos lo apacigua, como era mi caso. No os voy a mentir: aún me seguían doliendo el rechazo y las palabras de Alex, pero con el tiempo pude verlo todo de otra manera. Me puse en su lugar y, aunque no entendía del todo su actitud, quería pensar que todo lo que había hecho fue por la rabia del momento.

No había vuelto a saber nada de él en todo ese tiempo, y no porque él no lo intentara, porque sí que lo había hecho. Había ido varias veces a casa de mi hermano buscándome, había ido al hospital donde trabajaba Laura a rogarle que le dijera dónde estaba, incluso se había montado en el taxi de mi hermano adrede para saber de mí. Pero mi familia, por petición mía, no le habían dado ninguna información; solo le trasladaron un mensaje de mi parte: que necesitaba tiempo.

Con la que sí había tenido contacto esos seis meses había sido con Lara. A los pocos días de marcharme me llamó y fui incapaz de no cogérselo. Ese día estuvimos más de dos horas hablando por teléfono. Me pidió perdón llorando no sé las veces y ¿cómo no iba a perdonarla? Soy de las que creen en las segundas oportunidades y que toda la gente que pide perdón de corazón, como ella lo hizo, se merecía que se la diera.

Al principio, no fue como había sido en nuestros comienzos, pero con el paso del tiempo y las muchas charlas compartidas, hoy en día os puedo decir que era incluso mejor. Era mi mejor amiga y lo sería para siempre. Aunque cuando se enterara de lo que le había ocultado, estaba segura de que se iba a cabrear y a alegrar a partes iguales.

Por boca de Lara estaba enterada de cómo fueron las cosas desde el momento en que abrieron el sobre que le entregué a Carmen. La reunión que prepararon en el despacho de Alex con todos los implicados. Las palabras hirientes que Bianca le había dicho a su propio hijo, ese que, aunque no le conocía más allá de una conversación, me daba una pena horrible pensar en cómo se habría sentido al enterarse de las mentiras y manipulaciones de su propia madre, privándole de conocer a su familia. Pero desde entonces estaba viviendo con ellos y las cosas iban viento en popa.

Habían tenido mucho tiempo para hablar y conocerse mejor y tenían una verdadera relación de hermanos, como siempre debió ser.

Recogí mis maletas en la cinta de equipajes y, cogiendo aire, empecé a caminar hacia la salida. Mi familia había insistido en venir a recogerme y no pude negarme. Tenía unas ganas locas de verlos; que sí, que habíamos hablado todos los días por teléfono o videollamada, pero no era lo mismo. Les había echado muchísimo de menos, sobre todo en Navidad, pero no quise o no pude volver, por miedo a encontrarme con cierto hombre que aún seguía anclado en mi cabeza y en mi corazón, pero ahora, pasado el tiempo, ya estaba preparada para afrontar lo que se me venía encima.

Por parte de todos, porque mi familia tampoco sabía el regalo que traía conmigo, pero en unos minutos se enterarían.

El primero que me vio fue mi sobrino Neizan, que me llamó a gritos saltando de alegría. Cuando mi hermano y Laura se fijaron en mí, sus ojos y sus bocas se abrieron de par en par, alucinando en colores.

—Dios mío, Taly, pero cómo no nos has dicho nada, criatura —me dijo Óscar envolviéndome entre sus brazos. En su voz no había reproche, sino preocupación.

—Óscar, déjamela un poco a mí también, que primero me la voy a comer a besos y después le voy a echar la bronca del siglo por no contarnos una cosa así —le dijo mi cuñada, uniéndose a nuestro abrazo.

Mis ojos en esos momentos eran dos cascadas por el cariño con el que me recibieron, sin reprocharme nada, solo estando ahí para mí como habían hecho siempre.

—Ehh, dejadme un huequito a mí también —dijo Neizan, metiéndose entre sus padres para abrazarme las piernas—. Tía, ¿por qué tienes la barriga tan gorda? ¿Has comido mucha *pizza* en Londres? —me preguntó mi sobrino, sacándonos una carcajada a los tres por la conclusión a la que había llegado. Bendita inocencia, pensé.

—No, *pizzas* no he comido muchas —le dije, acariciándole el pelo—. Ya sé que te gustan mucho, pero espero que lo que hay aquí dentro te guste

todavía más.

—¿Qué es? —preguntó curioso.

—Un bebé, cariño, la tía Taly tiene un bebé en su barriga —le dijo Laura y él abrió los ojos como platos.

—¿De verdad? —asentí confirmándoselo—. Toma ya, eso sí que me gusta más que las *pizzas*. Voy a ser el primo mayor y le voy a enseñar muchas cosas.

—Vas a tener mucho trabajo porque en poco tiempo vas a ser el primo y el hermano mayor también —añadió mi hermano. Al oír sus palabras, levanté rápidamente la mirada hacia él para que me confirmara si lo que había dicho era cierto, y tanto él como Laura asintieron sonriendo.

—Qué alegría, me alegro mucho por vosotros —les dije volviendo a abrazarles. Estaba contentísima por ellos. Sabía que el último año mi cuñada estaba ya desesperada porque llevaban casi tres intentando tener otro hijo y este no llegaba, y ahora por fin se les había cumplido su deseo de ser padres de nuevo.

—Estoy solo de tres meses. No habíamos querido decírselo a nadie hasta que pasara el primer trimestre y a ti queríamos decírtelo en persona para darte una sorpresa, pero creo que tú nos has sorprendido más —me dijo Laura riéndose.

—¿Va todo bien? —me preguntó mi hermano preocupado.

—Todo está muy bien. Los dos primeros meses lo pasé un poco mal por las náuseas, pero se me pasó pronto. ¿Y tú cómo lo llevas, Laura?

—Perfectamente. No he tenido náuseas ni ninguna otra molestia y, aunque estoy de poco tiempo, ya sabemos que viene otro niño —contestó muy contenta porque después de tanto tiempo esperando les daba igual lo que fuera—. ¿Tú sabes lo que es? Dime que es una niña, así tendremos la parejita casi de la misma edad y compensaremos la balanza a tres y tres en casa.

—Pues la balanza va a quedar compensada porque sí, es una niña. —Laura chilló de alegría. Neizan y mi hermano se reían a carcajadas viéndola, dando pequeños saltos con la mano alzada en señal de triunfo.

—Vámonos a casa, que te está esperando una fuente de croquetas enorme, que seguro que es lo que más has echado de menos, y ni quiero saber qué comistrajos has hecho allí. —Solté un jadeo porque tenía razón. Todo lo que hacía mi cuñada en la cocina estaba bueno, pero sus croquetas eran fuera de serie.

Llegamos a casa media hora después. Entre Laura y mi hermano me ayudaron a colocar lo que traía en las maletas, que no era poco, porque para allí me fui solo con una, pero había vuelto con dos. Y es que de mi ropa antigua no me valía nada, ni siquiera la ropa interior, porque había aumentado dos tallas de sujetador, más toda la ropa premamá que me había tocado comprarme.

A Laura le encantaron algunas prendas y, como siempre habíamos usado la misma talla, muchas veces nos cogíamos cosas la una a la otra. En un par de meses yo ya no la necesitaría, pues eran los que me faltaban para dar a luz. Así que le dije que se la daría toda para que ella la aprovechara.

Nos sentamos a comer y tuve que hacer un gran esfuerzo para no comerme muchas croquetas y arriesgarme a que me diera una indigestión. El resto del día lo pasamos los cuatro juntos disfrutando del reencuentro. Me fui a la cama feliz por volver a estar en casa, aunque también nerviosa pensando en lo que me esperaba al día siguiente.

Capítulo 30



Taly

La luz del día me dio de lleno en la cara y maldije para mis adentros por no haberme acordado, la noche anterior, de cerrar la persiana. Recorrí la habitación con la mirada y la sonrisa me salió sola: estaba en casa.

Con movimientos lentos y torpes me levanté de la cama. No es que hubiera engordado mucho, pero tenía una barriga bastante grande. No quería ni pensar cómo estaría dentro de dos meses; seguramente me tendrían que llevar rodando al hospital a dar a luz. Eso si es que llegaba al final, porque en la última revisión que me hice en Londres la ginecóloga me avisó de que la niña venía grande y que seguramente el parto se me adelantaría.

Salí de la ducha y saqué la ropa que me pondría ese día. Aunque estábamos en febrero, en Valencia no hacía el mismo frío que en Londres, así que ahora ya no tendría que ir tan abrigada como allí. Opté por un peto vaquero premamá, que era comodísimo, y una camiseta azul celeste debajo, de manga corta. Cuando saliera a la calle, completaría mi look con una chaqueta gordita. Me calcé las deportivas haciendo equilibrios porque apenas me llegaba ya a los pies y me costaba un triunfo atármelas.

En la cocina estaba toda mi familia desayunando. Era domingo y mi hermano era el único día que desayunaba con todos porque la noche de los sábados era la única que se cogía libre y, por lo tanto, no necesitaba quedarse a dormir hasta tarde.

—Buenos días —les dije a todos, repartiendo besos en sus mejillas.

—Estás guapísima con ese peto, Taly, te queda fenomenal —me dijo Laura sonriendo con sinceridad.

—Me siento como un tonel. Como esta niña siga creciendo y mi barriga aumente más, voy a necesitar que alguien me lleve en una carretilla —le contesté, sentándome en el taburete que había libre al lado de mi sobrino. Vi como mi hermano ponía los ojos en blanco por mis palabras y Laura sacudía la cabeza de un lado a otro.

—Más exagerada y no naces, hija —me contestó mi hermano riéndose.

—¿Has pensado ya qué vas a hacer? ¿Vas a decírselo a…? —Laura dejó la frase sin terminar porque no hacía falta decir el nombre del padre de mi hija, todos ya lo sabíamos.

—Nunca fue mi intención ocultárselo. Solo necesitaba tiempo para asimilarlo yo. No le negaría conocer la existencia de su hija. Se lo diré y, si quiere ejercer de padre, bien, pero si no quiere saber nada, ahí yo ya no puedo hacer otra cosa. No se puede obligar a nadie a querer.

—Haces lo correcto. Que no estéis juntos no tiene nada que ver; puede hacer de padre igualmente —dijo mi hermano y yo asentí.

—No sé si mi hija tendrá un padre, aunque estoy casi convencida de que no querrá saber nada. Pero sí que tendrá una tía, sé que Lara se alegrará mucho con la noticia, después de poner el grito en el cielo por ocultárselo, claro —le dije riéndome por esto último para rebajar el ambiente, porque pensar en la reacción de Alex me tenía de los nervios.

—¿Has quedado con Lara? Tendrá unas ganas locas de verte —me preguntó Óscar.

Laura y mi hermano sabían que había arreglado las cosas con Lara tiempo atrás y la buena relación que teníamos.

—No sabe que estoy en Valencia. No he querido decírselo, prefiero darle una sorpresa. Esta tarde le mandaré un mensaje a ver qué hace y decidiré —le

contesté a mi hermano, que asintió con una sonrisa.

El resto del día lo pasamos todos juntos en casa. Neizan no se separó de mi lado ni un momento. Quería enseñarme todos los dibujos que había hecho en el cole y los puzles terminados que yo le había mandado desde Londres.

Por la tarde, después de la merienda, sobre las cinco, decidí mandarle un mensaje a Lara para tantearla, a ver dónde estaba, y así poder ir a verla sin que se lo esperara.

Taly: *Hola, guapa. ¿Qué tal va el domingo?*

Lara: *Hola, mi niña. Hoy toca relax en casa con mi abuela y Celia, estamos las tres haciendo tarde de cine. No me apetecía salir.*

Taly: *¿Dónde andan los tres mosqueteros? Ja, ja, ja.*

Lo de los tres mosqueteros era una broma entre nosotras, así era como llamábamos a sus tres hermanos. Me pareció raro que ninguno estuviera en casa. Sabía por Lara que Mateo era muy casero y no solía salir mucho por ahí. Alonso era el que más vida social tenía y Alex antes también era así. Pero por lo que me había contado ella, desde que pasó lo que pasó, se tiraba las horas muertas en el despacho de casa trabajando y ni con agua caliente conseguían sacarle de casa si no era para ir a trabajar y poco más.

Me había contado que Alex había cambiado mucho, que se había encerrado en sí mismo y que les costaba un mundo sacarle una sonrisa. Cuando empezaba a contarme algo de su hermano solía cambiar de conversación; hablar o saber de él me hacía daño y Lara solía disculparse cuando se daba cuenta de que me hablaba de él sin querer.

Lara: *Mateo y Alonso han conseguido sacar a Alex de casa, aunque les ha costado un montón, pero mi abuela le ha echado una buena regañina y al final ha tenido que ceder. Se han ido al estadio a ver el partido de fútbol que hay hoy, así tardarán bastante en volver.*

Estupendo, ahí estaba mi oportunidad de contarle a Lara lo que estaba pasando sin que Alex estuviera presente y, ya de paso, a Carmen y a Celia.

Total, lo que había no se podría ocultar por mucho más tiempo e iban a enterarse igual.

Taly: *Me alegro mucho. Una tarde de hermanos fuera de casa les vendrá muy bien.*

Lara: *¿Y tú qué andas haciendo? No me digas que trabajando. Porque te mando una colleja por Bizum.*

Taly: *Ja, ja, ja. Nooo, hoy estoy de relax igual que tú. Ahora mismo me estaba preparando un baño relajante y después pediré algo de cena y veré una película.*

Lara: *Un plan estupendo. Entonces te dejo, no quiero que el agua se te quede fría. A la noche te llamo y hablamos un rato.*

Taly: *Perfecto, en un rato hablamos.*

No me lo pensé más, porque si lo hacía, me echaría para atrás. Cogí mi chaqueta y el bolso. Me despedí de mi familia después de contarles mis planes y me marché a casa de la familia Ripoll.

Veinte minutos después, con los nervios a flor de piel, llamé a la puerta, a una que no pensé que volvería a llamar en la vida, pero el caprichoso destino así lo había querido. Celia abrió la puerta y al verme, se llevó las manos a la boca y abrió los ojos de par en par.

—Buenas tardes, Celia, ¿puedo pasar? —le pregunté retorciéndome las manos por los nervios.

No me contestó, pero su gesto lo hizo por ella. Tiró de mi mano con cuidado y me envolvió entre sus brazos, besándome por toda la cara y la cabeza, demostrando el cariño que seguía sintiendo por mí, y eso hizo que me emocionara muchísimo. Dos minutos después se separó y, agarrándome de la mano, me llevó con ella hasta el salón, donde supuse que estarían Carmen y Lara.

—Carmen, Lara, mirad qué maravillosa sorpresa nos ha traído el viento de Londres… y viene rellena como un bombón —les dijo a las dos cuando

entramos en el salón.

Las dos tuvieron la misma reacción que había tenido Celia en la puerta. Se acercaron corriendo hacia mí para abrazarme. Cuando se separaron, Carmen tenía las mejillas llenas de lágrimas y a Lara le faltaban dos segundos para estar igual.

—La madre que te parió. ¿Cómo no me has dicho nada antes? Joder, que voy a ser tía —dijo Lara dando saltitos de felicidad. Que no dudara de que el bebé fuera de su hermano era un completo alivio para mí; solo esperaba que el padre de mi niña no dudara tampoco.

—Estás preciosa, cariño. Ni te imaginas lo feliz que me has hecho. ¡Diosss mío, que voy a ser bisabuela! —añadió Carmen gritando de alegría y no saltó igual que su nieta por la edad que tenía, pero ganas no le faltaron.

—Siéntate y cuéntanoslo todo —me pidió Lara, cogiendo mi mano y llevándome hasta el sofá.

Durante las siguientes dos horas les estuve contando cómo me había enterado de la noticia porque me desmayé en el trabajo, cómo había llevado la noticia y lo mucho que me había costado asimilarla, vamos, que les hice un resumen completo de los últimos meses. Estábamos riéndonos cuando una voz que no había podido olvidar nos hizo callar en el acto a todas.

—Ya estamos en casa. —Oír a Alex me hizo estremecer de pies a cabeza.

Capítulo 31



Alex

Seis meses desde que la vi por última vez, al menos en persona, porque su imagen seguía presente en mi cabeza día y noche desde entonces. Esos ojos grises que un día me enamoraron me acompañaban a todas horas. Había veces que los recordaba cuando me miraban con ese brillo que me encantaba cuando la hacía reír, o con sus pupilas dilatadas cuando la hacía llegar al éxtasis tras el orgasmo compartido. Pero de todos, el que más se repetía una y otra vez y no dejaba de atormentarme eran sus ojos llenos de tristeza y reflejando un dolor profundo, ese que yo le provoqué.

Había intentado que su hermano y su cuñada me dijeran dónde se había marchado, había insistido hasta el agotamiento, pero todos mis intentos habían sido en vano. Ellos no quisieron decirme dónde estaba, pero sí que me habían transmitido un mensaje de su parte: que necesitaba tiempo.

Lara había recuperado la relación con Taly, después de pedirle perdón de mil maneras y ella, como la buena persona que era, se lo había dado apenas unos días después de todo lo que pasó. Me alegraba mucho por las dos, de verdad que sí, pero también envidiaba a mi hermana por tener algo que yo nunca tendría: tenerla de nuevo en su vida. Lara tampoco me había dicho dónde estaba o qué era lo que hacía, supuse que no quería volver a fallarle traicionando su confianza y lo entendí por mucho que me jodiera.

Mis días se volvieron pura rutina: de casa al trabajo y del trabajo a casa. No tenía ganas de relacionarme con nadie que no fuera mi familia e incluso

con ellos apenas hacía gran cosa, y no sería por la falta de insistencia por parte de todos. Pero la apatía que me acompañaba desde que la perdí y el dolor que seguía sintiendo por lo mal que lo hice me acompañaban a diario, dejándome sin ganas de nada.

Ese día era domingo y mi plan era meterme en el despacho todo el día y no salir para nada más que para alimentarme, vamos, lo mismo que llevaba haciendo los últimos meses todos los domingos. Pero la insistencia de mis hermanos y la posterior regañina de mi abuela, con el mismo rollo de todos los días diciéndome que así no podía seguir, me hicieron aceptar para no preocuparles más de lo que ya estaban viéndome en ese estado de melancolía. Mateo y Alonso propusieron una tarde de chicos y me llevaron al estadio a ver un partido de fútbol; seguramente después querrían ir a tomar algo, pero yo pasaba, cuando terminara me iría a casa.

Mis hermanos no consiguieron que aceptara ir a tomar unas copas, pero como habían conseguido que fuera con ellos a ver el fútbol, no insistieron más, así que nos fuimos a casa. Entramos los tres y al llegar al recibidor, se oían las risas en el salón, seguramente no nos habían oído entrar, así que les anuncié nuestra llegada.

—Ya estamos en casa —dije levantando la voz para que se enteraran. Fue decir eso y las risas se cortaron de golpe, dando paso al silencio más absoluto. Miré a mis hermanos, extrañado, y los dos se alzaron de hombros sin comprender tampoco qué estaba pasando.

Dejamos las chaquetas que traíamos puestas en el perchero que teníamos en el recibidor y nos encaminamos los tres hacia el salón. Alonso y Mateo entraron delante de mí y noté cómo se quedaron clavados en el sitio de repente. No sabía el motivo de su comportamiento, pero cuando aparté un poco a Mateo para poder ver qué estaba pasando allí dentro, me quedé igual que ellos o peor.

Delante de nosotros estaban Celia, mi abuela y Lara rodeando a Taly, que lucía una barriga de embarazada enorme. Joder, siempre había sido preciosa, pero en ese estado estaba deslumbrante. Busqué sus ojos con mi mirada y cuando estos se encontraron, el mundo pareció detenerse y el suelo tembló bajo mis pies. Su mirada me dijo muchas cosas; en ella había miedo,

nerviosismo y ¿esperanza? Mis pensamientos fueron interrumpidos por la voz de mi hermano Alonso, que al parecer había recobrado el habla antes que yo.

—¡Hostias, Taly! Estás… estás preciosa y enorme —dijo abriendo sus manos—. Ven a darme un abrazo, joder, ni te imaginas lo que te he echado de menos. —Ella corrió a sus brazos con lágrimas en los ojos y no pude soportarlo más, porque era a mis brazos a los que me gustaría que corriera, pero ni siquiera un hola me había dicho y la entendí. Por supuesto que la entendí porque no me merecía ni que me mirara ni que me hablara.

Salí del salón y en el recibidor apoyé las manos en la pared, empezando a hiperventilar. Sabía de sobra lo que me estaba pasando, estaba teniendo una crisis de ansiedad. Nadie, aparte de Alonso, sabía que esos episodios se habían producido con regularidad en los últimos meses y aunque mi médico me había puesto medicación para poder controlarlo, no siempre que me daban era capaz de hacerlo, como me estaba pasando en ese momento.

Sentí unas manos agarrarme los hombros para intentar ayudarme a que me calmara mientras me decía:

—Alex, respira hondo, venga, inténtalo. Cierra los ojos e intenta calmarte o sabes que acabarás desmayándote. Venga, cuenta conmigo como hacemos otras veces: uno, inspira; dos, espira. —Mi hermano Alonso ya me había ayudado más veces a recuperarme ayudándome con el ritmo de la respiración y siempre funcionaba, pero en esa ocasión me estaba costando bastante coger el ritmo.

Por el rabillo del ojo vi que todos los demás me rodeaban por detrás, a un paso, separados de nosotros. Podía imaginar lo preocupados que debían estar al verme así y eso no me ayudó a que la respiración volviera a su ritmo.

—Creo que será mejor que me vaya. —Oí que le decía Taly a alguien con mucha preocupación en su voz. Seguramente se sentía mal al ver cómo estaba por su presencia en mi casa, pensando que era porque no la quería allí, como le había dicho la última vez que nos vimos, pero nada más lejos de la realidad; era justo lo contrario.

—No… no de… dejes que se vaya —le dije a Alonso con la voz entrecortada, intentando con todas mis fuerzas recuperarme para poder hablar

con ella.

Sabía que todos me habían oído, pero aun así Alonso se volvió sin soltarme y se lo pidió a ella directamente.

—Taly, no te vayas, por favor, dale unos minutos para que se calme.

Su reacción a la petición de mi hermano sí que no me la hubiera imaginado por nada del mundo. Se acercó hasta mí y se coló por debajo de mis manos, que seguían extendidas apoyadas en la pared. Su olor llegó hasta mí y también su tacto cuando agarró mi cara con las dos manos, haciéndome levantar la cabeza para que la mirara a los ojos.

—Mírame y respira conmigo —me dijo sin apartar sus ojos de los míos mientras me dedicó una sonrisa preciosa.

—Taly, yo… yo… —Intenté decir jadeando, pero ella posó un dedo en mis labios antes de decirme:

—No hables —me pidió susurrando—. Dame tus manos, Alex. —El mundo entero le hubiera dado en ese momento si me lo hubiera pedido.

Separé mis manos de la pared y se las ofrecí. No sabía qué quería hacer con ellas, pero enseguida salí de dudas. Me cogió una y la puso sobre su pecho, con la suya encima, y la otra me la guio hasta mi pecho poniendo la suya primero, para que yo colocara la mía encima, y así lo hice.

—Ahora no dejes de mirarme y respira conmigo, no pienses, solo siente mis latidos como yo siento los tuyos. —Joder, cómo la amaba. Después de todo lo que le hice, no había dudado en ayudarme. Mis ojos se llenaron de lágrimas, dejando caer algunas por mis mejillas. Ella, con la mano que tenía encima de la mía en su pecho, la acercó a mi cara y limpió mis lágrimas con una delicadeza y un cariño que me hicieron sentir una paz que no me merecía.

Sintiendo su corazón como ella sentía el mío y sin dejar de mirarla a los ojos, como me había pedido, en pocos minutos conseguí calmarme del todo. Apoyé mi frente en la suya y le susurré bajito contra sus labios:

—Gracias.

Oí a mi familia soltar el aire que estaban conteniendo, y me giré para mirarlos y que vieran que estaba bien, pero sin soltar a Taly de la mano. Si solo iba a poder disfrutar de su tacto una vez más lo aprovecharía hasta que ella me dejara.

—¿Estás mejor? —me preguntó mi abuela aún con preocupación en su voz.

—Sí, quedaos tranquilos —le respondí con una sonrisa.

—Joder, qué susto. Pensé que me daba a mí un chungo viéndote así —me dijo Lara.

—Es que el impacto ha sido grande. Enterarse así de repente que vas a ser padre en breve, a cualquiera le hubiera pasado lo mismo —dijo Alonso riéndose.

Aunque no tenía dudas de que el hijo que tenía Taly en su interior era mío, busqué su mirada para que me lo confirmara, pero no hizo falta, el rubor en sus mejillas me lo confirmó. Joder, iba a ser padre. Cuando mi cerebro procesó las palabras, sonreí como un tonto por la felicidad que me causó la noticia.

—Necesito hablar contigo y aclarar unas cuantas cosas, pero creo que necesitas descansar después de lo que ha pasado. Vendré otro día y… —No la dejé terminar de hablar, por nada del mundo dejaría que se fuera sin decirle todo lo que llevaba dentro.

—No —no dije más, agarré su mano y tiré de ella para que me siguiera.

Capítulo 32



Taly

Me había imaginado muchas reacciones por parte de Alex cuando me viera, pero desde luego no me esperaba para nada que le diera una crisis de ansiedad. Verle en ese estado me impactó muchísimo, no estaba segura si su reacción fue porque le agradó mi presencia o por todo lo contrario.

Mis dudas quedaron resueltas cuando, al ver que no conseguía calmarse, actué por impulso, haciendo lo que el corazón me pidió en ese momento. Le ayudé a recuperarse haciéndole sentir cómo nuestros corazones latían a compás.

Ahí, estando tan cerca de él, notando su respiración agitada en mi rostro, pude ver, cuando nos miramos fijamente a los ojos, todo lo que sentía. Su mirada me mostró el arrepentimiento que sentía, el dolor que llevaba dentro por haberme hecho daño, el anhelo de la separación que era el mismo que el mío. Pero lo que más me gustó ver era todo el amor que sentía por mí; como suelen decir, los ojos son el espejo del alma y ahí no había mentira posible, eso es algo que no se puede manipular. Alex me amaba igual que yo a él.

Le vi tan afectado que quise marcharme y volver otro día para poder hablar con más calma, y así se lo hice saber.

—Necesito hablar contigo y aclarar unas cuantas cosas, pero creo que necesitas descansar después de lo que ha pasado. Vendré otro día y… —No

me dejó terminar de hablar; solo con la mirada me transmitió que por nada del mundo me dejaría marchar, y yo sonreí para mí.

—No —me dijo tajante mientras cogía mi mano y tiraba de mí para que lo siguiera.

Me llevó hasta su habitación para que tuviéramos privacidad para hablar. Me dejó pasar primero, invitándome a entrar, poniendo una mano en la parte baja de la espalda que me hizo estremecer al sentir su contacto, y cerró la puerta tras entrar él.

—Siéntate en la cama o en el sofá, por favor. Te he traído aquí para que estuvieras más cómoda. —Me ofreció moviendo la mano; se le notaba el nerviosismo porque no dejaba de pasarse la mano por el pelo.

—Me sentaré en la cama; si me siento en el sofá luego me costará mucho levantarme, estoy como un tonel —le dije soltando una risilla para aligerar un poco el ambiente tenso que se había creado entre nosotros.

—Nada de tonel, estás preciosa. Bueno, siempre lo has sido, pero ahora lo estás mucho más; el embarazo te sienta de maravilla. —Sus palabras me calaron hondo, haciendo que me ruborizara.

—Gracias, pero tu hija viene demasiado grande y de verdad que me siento todo el rato como si fuera a explotar —lo dije sin darme cuenta y aguanté la respiración esperando que su respuesta no fuera negativa o de rechazo.

—¿Es una niña? —me preguntó acercándose a mí y extendiendo las manos para tocarme la barriga, pero en el último momento se frenó y me miró antes, pidiéndome permiso con la mirada. Asentí y me sonrió dándome las gracias. Se sentó a mi lado para poder tocarme mejor.

—Es una niña fuerte y sana —le contesté, agarrando su mano y poniéndola en el sitio donde nuestra hija estaba dando patadas en ese momento, para que la notara.

Al hacerlo, vi cómo se le abría la boca por el asombro y después soltó una risita, maravillado por la sensación.

—Alex, no quiero que te sientas obligado a nada. Solo creí que tenías derecho a saber que vas a ser padre. Si no quieres saber nada o no ejercer como tal, lo entiendo perfectamente.

»Sé que no querías saber nada de mí ni volver a verme, pero si decides que quieres ver crecer a tu hija, te lo pondré fácil y no tendrás que verme más si no quieres. —Estaba segura de que no era lo que quería, pero necesitaba oírselo decir.

—Nunca en la vida rechazaría a un hijo mío. Quiero verle crecer y ser partícipe de todo lo que pase en su vida. No hace ni media hora que sé de su existencia y ya le amo con todo mi corazón, al igual que amo a su madre —me dijo con mucha seriedad.

»Sé que lo hice todo mal, soy consciente del daño que te hice. Al igual que sé que no merezco tu perdón. ¿Cómo podría esperar que me perdonaras si ni yo mismo soy capaz de hacerlo? —me dijo con mucha tristeza, y vi cuánto le atormentaba haber hecho lo que hizo.

Durante los meses pasados tuve mucho tiempo para pensar en lo que pasó y analizarlo todo. Llegué a la conclusión de que no toda la culpa fue suya; si el día que Arnau me abordó en la cafetería se lo hubiera dicho en cuanto volví al despacho, nos hubiéramos ahorrado mucho sufrimiento los dos.

Ya habíamos perdido demasiado tiempo separados, ya habíamos sufrido los dos para toda una vida. Así que ya era hora de que las cosas se pusieran en su sitio de una vez por todas.

Me levanté de la cama bajo su atenta mirada, esa que se ensombreció pensando que me marcharía, pero hice algo que no se esperaba, por la cara de sorpresa que puso. Me coloqué entre sus piernas y, cogiendo su cara entre mis manos, me lancé a sus labios.

En el primer momento se quedó tan paralizado que no me respondió, pero unos segundos después su cuerpo y su cerebro hicieron clic y empezó a devolverme el beso, primero de manera lenta, casi con cautela, pero poco a poco la intensidad fue subiendo, dando paso a la pasión que teníamos contenida dentro de nosotros y que tanto necesitábamos demostrarnos. Solo nos separamos jadeantes cuando empezó a faltarnos el aire.

—Taly… ¿esto? —Noté cómo sus palabras se quedaron atravesadas en su garganta por miedo a que mi respuesta no fuera la que él quería.

—Esto es porque te amo con todo mi corazón —le dije dándole un beso corto—. Esto es porque ya hemos perdido demasiado tiempo. —Otro beso—. Esto es porque quiero formar una familia contigo si tú también lo quieres. —Otro beso—. Y esto es porque fuiste, eres y siempre serás mi todo.

—Te amo, Taly. Te amo tanto que duele. Gracias por aparecer en mi vida, gracias por quererme, gracias por perdonarme y gracias por dejarme ser tu todo. Tú también fuiste, eres y serás el mío. —A sus palabras las acompañaron las muchas lágrimas que caían de sus ojos y que yo limpié con mis besos.

Volvimos a besarnos y la pasión nos envolvió a los dos; no pudimos parar de besarnos ni de tocarnos. Alex me desabrochó el peto y me sacó la camiseta por la cabeza; cuando su mirada se posó en mis pechos, que estaban enormes, la lujuria se apoderó de él y se lanzó a ellos bajándome el sujetador. En nada de tiempo los dos estábamos completamente desnudos en su cama, adorando nuestros cuerpos el uno al otro.

—Alex, te necesito, hazme tuya —le pedí entre jadeos.

—No más de lo que yo te necesito a ti.

Epílogo



Diez años más tarde…

Alex

Me apoyé en el marco de la puerta con los brazos cruzados, observando la escena que había en el interior del salón de nuestra casa. Un calor en el pecho de pura felicidad se instaló en mi interior, agradeciendo al cielo por la bonita familia que tenía.

Era el día de Navidad y la casa estaba llena de risas y gritos, sobre todo de los niños, pero también de los adultos que ese día volvían a ser niños, disfrutando del momento igual que los pequeños.

Mi mujer, sí, habéis leído bien, mi mujer, porque lo era desde hacía nueve años y medio. Después de nuestra reconciliación, esa que se produjo el mismo día que me enteré de que iba a ser padre por primera vez, solo esperé a que nuestra hija Marta llegara al mundo para pedirle que se casara conmigo, y solo dos meses después nos dimos el «sí, quiero» rodeados de toda nuestra familia y amigos.

Taly estaba sentada en el suelo al lado del árbol de Navidad, rodeada por nuestros hijos. Como he dicho antes, Marta fue la primera en nacer y ya tenía diez años; era igual que Taly, tanto por fuera como por dentro. Le seguía nuestro hijo Sergio, que tenía siete años y era una completa fotocopia mía; hasta en lo borde que se ponía a veces se parecía a mí. Y, por último, en sus brazos mi mujer tenía a la pequeña Ángela, de cuatro años, aunque le quedaba

poco para ser la hermana pequeña, porque Taly estaba otra vez embarazada y dentro de tres meses el pequeño Daniel se uniría a nosotros para completar la familia.

Cerca de Taly, también sentada en el suelo, estaba mi hermana Lara, apoyada en el pecho de su marido John. ¿Recordáis cuando mi mujer pasó seis meses en Londres ayudando a un CEO a poner su empresa en orden y se hicieron amigos? Pues él vino a nuestra boda y, tachán… dicen que de una boda sale otra boda, y en ese caso así fue, porque mi hermana y él tuvieron un flechazo tan grande que un año después que nosotros pasaron por el altar. John trasladó su empresa a Valencia para que mi hermana siguiera cerca de nosotros. Ellos tenían dos hijos mellizos de siete años, que eran como dos huracanes; se llamaban Celia y Alex.

Mi hermano Mateo observaba a su mujer Elisa, la que compartía con él su vida y también su trabajo, siendo su ayudante en el departamento de informática de nuestra empresa; así fue como se conocieron. Aunque lo suyo fue un amor que se coció a fuego lento, todos supimos desde el principio que acabarían juntos; las miradas que se dedicaban el uno al otro cuando pensaban que nadie los veía fueron más que evidentes para lo que acabó pasando. Se casaron hacía ya cinco años y tenían una niña a la que pusieron Natalia, de tres años, y otro más que venía en camino, que nacería casi al mismo tiempo que el nuestro.

Mi hermano Alonso, que siempre había sido el más chistoso de la familia, en ese momento cantaba villancicos con su hija en brazos mientras bailaba con ella por todo el salón, bajo la atenta mirada llena de amor que le dedicaba mi cuñada Rebeca. Ellos se conocieron cuatro años atrás en un viaje que mi hermano hizo a Las Vegas; viajaban en el mismo avión y allí, en el aire, tuvieron una conexión increíble que les hizo pasar todas las vacaciones juntos. Como buen liante que era, de allí vino casado con ella. Lo que empezó como una tontería para hacerse los graciosos acabó siendo real y un año más tarde se casaron de verdad en Valencia. Mi sobrina Lucía nació nueve meses después de esa boda y, por lo que nos habían dicho, no tardarían en aumentar la familia.

Fabiola y su mujer Aitana recogían todos los papeles de regalo que se habían amontonado en el suelo después de que todos los niños abrieran sus

regalos, entre risas, besos y miradas de amor que se dedicaban la una a la otra siempre que estaban juntas. Ellas no tenían hijos, pero estaban a la espera de que les concedieran en adopción a dos hermanos a primeros de año.

Como habréis supuesto al ver que Fabiola estaba en nuestra casa, la relación que teníamos con ella y con su padre, esa que con el paso de los años fue aumentando, se convirtió en imprescindible en nuestra familia, no solo en las fiestas, sino también en el día a día.

Mi cuñado Óscar, su mujer Laura y sus dos hijos, Neizan, que ya era un adolescente y el mayor de los primos, y su hermano Carlos, que tenía diez años como mi hija, estaban sentados en la enorme mesa que teníamos en el salón, mientras el pequeño les hacía fotos con la cámara que le había traído Papá Noel.

Mi mirada se fue a las tres personas que me faltaban. Arnau, mi abuela y Celia estaban sentados en el sofá con una taza de chocolate en la mano y unas sonrisas enormes, pasando sus miradas de unos a otros, sintiéndose muy orgullosos de la gran familia que tenían delante.

Me acerqué lentamente hasta donde estaba Taly y, sin que se diera cuenta, porque mi hija captaba toda su atención contándole algo que le hacía reír, esa risa que me seguía haciendo vibrar el corazón cada vez que la oía, me senté a su espalda y la atraje hacia mí para que se apoyara en mi pecho. Volvió la cabeza para mirarme cuando notó mis manos en su vientre, para mirarme con esos ojos grises que me tenían igual de enamorado que desde la primera vez que los vi.

—Hola, amor —me dijo antes de darme un beso en los labios.

—Hola, mi vida. —Le devolví el saludo y el beso.

—¿Nos has estado haciendo un escaneo a todos desde la puerta? —me preguntó riendo.

—¿Me has visto? —le pregunté asombrado, porque pensé que no se había dado cuenta de que había estado un rato apoyado en la puerta, no de que había entrado en el salón.

—Alex, yo siempre te veo, incluso cuando no estás presente —me dijo mirándome con todo el amor que sentía por mí, que era el mismo que yo sentía por ella.

—Yo también te veo —le dije besando su frente.

Me agarró la mano y me dedicó las palabras que siempre nos decíamos, unas que solo eran nuestras.

—Fuiste, eres y siempre serás mi todo.
